

BOLETIN
DEL
INSTITUTO DUARTIANO



Año I

Octubre-Diciembre 1969

No. 2

SANTO DOMINGO
REPUBLICA DOMINICANA

B O L E T I N DEL INSTITUTO DUARTIANO

Director: Pedro Troncoso Sánchez

Redactor: Enrique Patín Veloz

Año I	Octubre-Diciembre 1969	No. 2
-------	------------------------	-------

S u m a r i o :	Pág.
Notas preliminares	5
V.A.D., La "Filoria", flor simbólica de los Trinitarios	9
La estada de Duarte en Hamburgo	16
<i>Emilio Rodríguez Demorizi</i> : Investigación de Duarte	27
<i>Mariano Lebrón Saviñón</i> : La Vida de Duarte, una tragedia de Es- quilo	37
<i>Emilio Rodríguez Demorizi</i> : Duarte y el Teatro de los Trinitarios	61
<i>Eugenio de Ochoa</i> : Un Día del Año 1823	64
Proclama del Alcalde de Nueva York en el 156º aniver- sario del natalicio de Duarte ...	103
<i>José Aug. Puig Ortiz</i> : Discurso de instalación del Centro Duarteño de Puerto Plata	110
Acta de fundación del Centro Duarteño de La Vega	116
<i>Dr. Gilberto Concepción Lara</i> : Discurso de instalación del Centro Duarteño de La Vega	119
<i>Aristides Estrada Torres</i> : Discurso de instalación del Centro Duarteño de Azua	121
Omisión....	127

*Las opiniones emitidas en este Boletín no son necesariamente
las del Instituto Duarteño.*

NOTAS PRELIMINARES

Ya son seis los Centros Duartianos adscritos al Instituto. Los de San Cristóbal, Baní, Moca, Puerto Plata, Azua y La Vega, en el orden de su creación. No han sido establecidos con prisa sino con sentido de maduración.

Al promover la formación de los Centros Duartianos previstos en el Reglamento del Instituto, a éste no lo anima el afán del número ni de la rapidez. Prefiere comprobar ambiente y selección, para que el estudio, la difusión y el ejemplo duartianos sean una realidad vivida en cada comunidad. Ha puesto énfasis en la importancia de las aulas escolares para esta tarea. La preparación y el fervor de los profesores y profesoras, en la cotidiana labor, es lo primero. Lo demás "vendrá por añadidura".

La existencia del Instituto ha dado lugar a que cobren mayor relieve las fechas de significación duartiana, especialmente el 26 de enero, natalicio del patriota, y el 16 de julio, aniversario de la fundación de la sociedad La Trinitaria, que el Instituto ha celebrado, este año y el pasado, con actos y publicaciones evocativos.

Muchos miembros y allegados del Instituto se han señalado por su devota dedicación a los fines del mismo. Entre ellos el Dr. Héctor B. de Castro Noboa, nuestro Cónsul General en Hamburgo, realizó las investigaciones de que se da cuenta en este número, y la Dra. Flérida de Nolasco, el Dr. Carlos Federico Pérez, el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, el Dr. Mariano Lebrón Saviñón, el Dr. Vetilio Alfau Durán y el Dr. Armando Cordero han contribuido con escritos y conferencias

a la mejor presentación del Fundador en diversos aspectos de su biografía y de las proyecciones de su misión patriótica.

El Gobierno ha dispuesto la compra de la casa No. 84 de la calle Isabel la Católica, contigua a la Casa de Duarte. En el nuevo local instalará su sede el Instituto, con salón de actos, secretaría, archivo y biblioteca.

Mientras tanto, en la Casa de Duarte celebra sus reuniones y organiza una colección de retratos de los Trinitarios y otros patriotas eminentes, y reúne cuantos objetos a su alcance tengan algún valor histórico, moral o artístico y puedan servir al conocimiento y culto del héroe. La adquisición más importante ha sido hasta ahora el óleo del celebrado pintor dominicano Luis Desangles que representa a Duarte en el destierro con la visión del grito del Conde ante sus ojos.

El dibujo que se exhibe en la portada de este Boletín, obra de Ada Balcácer, es la representación esquemática de la "filoria" (jasmín de Malabar), la flor adoptada como insignia por los devotos del ideal duartiano de independencia pura frente al partido de los protectoralistas. Jóvenes y muchachas adictos a los Trinitarios la lucían en sus trajes y cabelleras en días candentes de 1844 desafiando la ira de los santanistas, según lo relata Vetilio Alfau Durán en artículo inserto en este número.

En memoria de aquel hermoso hecho histórico, el Instituto la ha elegido como su emblema.

Entre los trabajos del Instituto figuran consultas del Poder Ejecutivo y otras entidades, y está actualmente la colaboración solicitada por la Fundación de Crédito Educativo y por el ilustre autor de "El Cristo de la Libertad", Dr. Joaquín Balaguer, para una nueva edición revisada de esta obra biográfica, cuyo producto se destinará a fines educativos.

Dos volúmenes lleva publicados el Instituto, además de los dos primeros números de su Boletín. Uno recoge el estudio "Duarte, Ideal y Realidad" del Dr. Carlos Federico Pérez, y corresponde al No. 2, y el otro contiene el discurso de ingreso del Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, intitulado "Duarte Romántico", y la contestación del Presidente del Instituto, marcado con el No. 3. El N° 4 será una nueva edición del Ideario de Duarte, compilado, clasificado y anotado por Vetilio Alfau

Durán. El No. 1 está reservado para el volumen que reproducirá, nuevamente revisados y anotados, los Apuntes de Rosa Duarte, el Archivo y las poesías de Duarte, con notas, respectivamente, de Emilio Rodríguez Demorizi, Carlos Larrazabal Blanco y Vetilio Alfau Durán.

El Instituto ha mantenido desde su fundación provechosas relaciones con el Club Juan Pablo Duarte, de Nueva York, presidido por el Sr. Juan A. Paulino. Al entusiasmo patriótico y fervor duartiano de esta asociación se debe que el Alcalde de aquella ciudad haya proclamado Día de Duarte el 26 de enero. También el que se haya destinado ya oficialmente un sitio en el Parque Central de la misma urbe, cerca de la Avenida de las Américas, para la erección de una estatua del Fundador de la República.

LA "FILORIA" FLOR SIMBOLICA DE LOS TRINITARIOS

Por V. A. D.

Como una manifestación del romanticismo, cuya introducción en nuestra patria se le atribuye a Juan Pablo Duarte (1), se recuerda el hecho de que los trinitarios y sus "comunicados" solían usar como simbólico distintivo, una blanca flor en el ojal de la solapa izquierda de la pieza superior del traje, o sea del gabán o "saco". También fueron los trinitarios los primeros que introdujeron la moda de los chalecos de colores vistosos. "Cuando Duarte regresó de Europa le trajo como obsequio a sus amigos unos muy finos que estaban de moda en París" (2).

La mencionada flor es una gardenia y por su procedencia oriental se conoce con el nombre botánico de **jazmin del Malabar**. (3)

Por su blancura irreprochable, aterciopelada, disputa a la azucena su pureza simbólica. Como símbolo del ideal duartista la adoptaron los jóvenes trinitarios en los días de sus afanes patrióticos.

Se trata de un arbusto de flores terminales y solitarias, de pétalos gruesos, blancos y olorosos; de hojas de un color verde sumo. Pero dejemos la descripción científica de esta planta histórica a nuestros entendidos botánicos.

El evangelista de los nueve jóvenes que "el 16 de Julio de 1838 vio nacer LA TRINITARIA, grupo de após-

toles que debían propagar las doctrinas del Maestro y mantener siempre encendida la antorcha del patriotismo" y que como escribe don Emiliano Tejera, "firmaron con su sangre el juramento de morir o hacer libre la tierra de sus antepasados" (4), evoca con dolor aquellos días precursores. En efecto, don José María Serra y de Castro refiere: "La juventud se instruía y preciso es decirlo: hubo quienes nos censuraban y nos ridiculizaban; nos llamaban filorios por irrisión. Esta palabra no tiene significación en el idioma; fue inventada por un truhán para llamarnos por ironía filósofos". (5).

Fué ciertamente inventada esta palabra "para ridiculizar a los Trinitarios; con ella quería expresarse algo así como mentecatos, pisaverdes, retóricos o filósofos incapaces de hacer nada en serio. Aún la usa en la actualidad y con igual sentido, señala el licenciado don Cayetano Armando Rodríguez, la gente de armas contra los intelectuales que se dedican a los estudios científicos y literarios". (6)

Conocida la bella flor como símbolo del ideal duartista, "sugirióle a conservadores y afrancesados el derivado de acepción despectiva con que rebajan a ruin sarcasmo la ironía sin altura ni gentileza". (7)

Como es muy bien sabido, tan pronto como la bandera trinitaria flotó libre a los vientos, el monstruo infame de la discordia civil surgió como una bíblica maldición caída en nuestro suelo. A poco se entró de lleno, como dice un historiador, "en la vía funesta de los pronunciamientos contra las autoridades legítimas. La fuerza se sustituía al derecho y el soldado al ciudadano". (8)

El 13 de Julio de 1844 tuvo lugar el segundo pronunciamiento contra la autoridad de la Junta Central Gubernativa. Las tropas colecticias que habían retornado victoriosas de los campos del Sur y que en la ciudad de Azua, escenario de su primer triunfo, habían retenido a su primer jefe a la cabeza, al "invicto capitán que nos redimió del yugo haitiano" como escribe el doctor Américo Lugo (9), hicieron acto de presencia en la antigua Plaza

de Armas, cuyo recinto se vio colmado por la parte del pueblo que siempre acude a esos actos. Fue en aquel histórico lugar, frente a la Santa Iglesia Catedral Primada, sobre una informe basamenta de mampostería que había sido bautizado por sus constructores los haitianos con el nombre de **Altar de la Patria**, donde el jefe victorioso y rebelde levantó su palabra airada para manifestar que, agobiado por el duelo ocasionado por la muerte misteriosa de su hermano gemelo, y empujado por la intriga desbordada de los partidos en pugna, renunciaba a toda autoridad y se retiraba a sus predios rurales del Prado, en los confines de las comarcas orientales de Hicayagua.

Cuando el disgustado militar hablaba de tal suerte, fue interrumpido por la voz de su adicto compañero y amigo Antonio Abad Alfau, quien dijo:

—No, general Santana! Usted no puede irse, porque si se va lo perdemos todo! (10). Terminando con este grito proclamador:

—Viva el general Santana, Jefe Supremo!

Como escribe la noble y angustiada Rosa Duarte "el pueblo temblaba bajo el imperio del sable". (11)

Cuando se extinguió el eco del viva proclamador, otro militar vociferó a todo pulmón:

—Abajo los filorios!

Es de suponer que este destemplado grito produjo en la compacta multitud efectos diferentes; en algunos provocó indignación y en no pocos regocijadas carcajadas, pues indudablemente tuvo algo de humorismo.

Pero lo cierto, lo que afirma un honrado ciudadano cuyas virtudes fueron enaltecidas por el Señor Hostos "como ejemplo de moral de cada día", es que "desde entonces, las señoritas partidarias de Duarte, se colocaban en sus cabelleras una flor blanca que denominaban **FI-LORIA**, la misma que importó del extranjero doña Filomena Gómez de Cova". (12)

Verdaderamente, se enciende el ánimo y la esperanza se acrecienta, cuando se llega, con el historiador Rodríguez Demorizi, a la consoladora certidumbre de que con

el fino y desafiante alarde de la mujer dominicana de aquellos días aurorales de la patria, se respondió a ese grito "como jamás se ha respondido a una infamia" (13).

II

Don Lucas de la Cova y Herrera otorgó su Testamento en Caracas y el 8 de enero de 1843, encontrándose enfermo atacado de una fuerte parálisis que apenas le permitía hablar y lo ratificó ante el escribano don Leonardo del Monte, en esta ciudad. Este Codicilo fue firmado como testigos por los señores doctor Simón de Portes, Antonio Madrigal, José Patín y Francisco Javier Machado. Este es el único documento que conocemos en el cual consta que el fiel discípulo del doctor José Núñez de Cáceres, cuya oración fúnebre pronunció a su muerte ocurrida el 12 de septiembre de 1846 en Ciudad Victoria, capital del Estado mexicano de Tamaulipas, y abuelo del licenciado Emilio Portes Gil, Presidente que fue de la República azteca, se encontrara en su tierra nativa en la vigilia de su Independencia.

Acerca del doctor Simón de Portes, véase el interesante artículo del licenciado Emilio Rodríguez Demorizi titulado UN DOMINICANO EN CUBA Y EN MEXICO, en el diario La Nación, núm. 1459, S.D. 25 febrero 1944.

NOTA CURIOSA.—En el Libro tercero de Obitos de la Parroquia de Santa Cruz del Seibo, que se conserva en el Archivo Eclesiástico del Arzobispado Metropolitano, se encuentra el siguiente asiento: "En la villa de Sta. Cruz del Seibo en catorce de Enero de mil ochocientos veinte y dos as. y segundo de la Independencia. Yo el info. Cura Rector y Vic. foráneo de dha. villa de su jurisdicción, celebró exq. con vigilia Misa y dobles de esquila dos acompañados, tres cuerpos de tumba, por el alma del ciudno. Franco. Marcano, natl. de la capt. ge. naufragó... viniendo de la Habana, espo. de la ciuda. Filomena Gómez, vecina de dha. ciudad; y pa. consta. lo firmo, fha. ut supra. Josef Anto. Lemos y León". (Archivo Ecco. Est. B, Cajón 261).

"Segundo de la Independencia", dice, y se refiere, como en los otros libros parroquiales del Seibo, en las actas de matrimonio, bautismo y defunción de aquellos días, a la llamada **Independencia Efímera** que proclamó Núñez de Cáceres el primero de diciembre de 1821.

Doña Filomena Gómez de Cova fue una dama distinguida y culta dotada de una belleza deslumbradora que, como dice el doctor Alcides García Lluberes, "acompañando a su segundo marido viajó mucho". (14).

Procedía de una familia lusitana por su abuelo don Francisco Gómez, que fue autoridad en San Rafael de la Atalaya, en Baní y en Santiago de los Caballeros y a quien el rey Carlos Tercero, por despacho expedido en el Real Sitio del Prado el 9 de febrero de 1786 había nombrado Capitán de Caballería. (15). Era hija de don Joaquín Gómez Márquez y de doña Juana Clara Gratereaux, nacida en la antigua ciudad de Santo Domingo, como su hermano Juan Bautista, en el año 1800. Sus otros hermanos nacieron en la Habana, de donde regresaron cuando resonaron los ecos gloriosos de Palo Hincado. (16)

Doña Filomena celebró dos veces fiestas de bodas, pero en ninguno de sus matrimonios tuvo prole. El 29 de abril de 1820 casó con don José Marcano y Guerrero, quien a fines del siguiente año, en la vigilia de la Independencia Efímera, de regreso de Cuba a donde había ido a recibirse de Abogado por ante la Real Audiencia de Santo Domingo que tenía su sede en Camagüey, pereció en naufragio ocurrido frente a las costas haitianas. Su segundo matrimonio se efectuó por poder, pues don Lucas de la Cova y Herrera se encontraba en la antilla danesa de Santhomas, siendo instrumentado por el oficial civil de esta ciudad el 23 de marzo de 1829. Desde entonces se iniciaron sus viajes por América y Europa y por algunas temporadas los esposos residieron en Caracas, donde don Lucas no solamente tuvo atenciones para compatriotas desterrados sino que en 1844, en unión de otros dominicanos, remitió su óbolo monetario a la Junta Central Gubernativa para las primeras erogaciones de

la patria (17). Había nacido en esta ciudad el 17 de octubre de 1791, hijo de don Juan de la Cova, natural de la isla Margarita, y de doña María Luisa de Herrera, y falleció el 7 de agosto de 1854, recibiendo cristiana sepultura en la bóveda de Santa Lucía de la Catedral, en la misma en que, el día 9 de mayo de 1893, fue depositado el cadáver de la que había sido su amante esposa.

Con motivo de la consulta que se le hizo en 1937 a la Academia Dominicana de la Historia en relación con el Arbol Nacional, el Maestro expuso: "Para coincidencia! Filoria y Filomena, flor y dama, tienen un mismo ritmo: el del amor. Filomena Gómez, trajo de Caracas la blanca flor adoptada, por su pureza, como símbolo del ideal trinitario. La flor lucía sobre el corazón amante o en la cabeza soñadora de las jóvenes ansiosas de libertad y patria. Fue un emblema nacionalista magüer la burla de los vendimiadores a costa de la legión trinitaria". (18).

Notas

(1).—Emilio Rodríguez Demorizi: DUARTE ROMANTICO. Editora del Caribe, C. por A. S. D. 1969. ("Romanticismo y revolución eran sinónimo en su época, dice Rodríguez Demorizi, y la actividad de los trinitarios que culminó en la creación de la República, fué una auténtica actividad romántica").

(2).—Luis Emilio Gómez Alfau: AYER. Imprenta de Pol Hermano. S. D. 1944, pág. 37.

(3).—Rafael M. Moscoso: CATALOGUS FLORAE DOMINGENSIS. (Catálogo de la Flora Dominicana). Printed by L. & S. Printing Co. Inc. New York, U. S. A. 1943, pág. 613.

(4).—MONUMENTO A DUARTE. Imprenta García Hermanos S. D., 1894, pág. 9.

(5).—APUNTES PARA LA HISTORIA DE LOS TRINITARIOS, FUNDADORES DE LA REPUBLICA DOMINICANA. Imprenta de García Hermanos. S. D. 1837, pág. 18. (Hay reimpresión de esta obra, hecha en 1915).

(6).—LA FRONTERA DOMINICO-HAITIANA. Imp. de J. R. García, Sucesores. S. D. 1929, pág. 482.

(7).—Revista CLIO núm. 14, marzo-abril de 1935, pág. 60.

(8).—Tejera: Obra citada, pág. 22.

(9).—Dr. Américo Lugo: ATENTADO INUTIL, en el núm. 38 de su semanario PATRIA, S. D. 1 de mayo 1926.

(10).—Doctor Manuel de J. Troncoso de la Concha: NARRACIONES DOMINICANAS. Editorial El Diario, Santiago. 1946, pág. 231.

(11).—DIARIO, en el núm. 62 de Clio, enero-junio 1944, pág. 65.

(12).—Alejandro Bonilla: CONTESTACION AL OPUSCULO

DEL SEÑOR DON JOSE MARIA SERRA. Tipogr. Comercial S. D. 1889, pág. 6. El juicio de Hostos a que hemos aludido se encuentra en el Vol. XIII de sus OBRAS COMPLETAS. Cultural, S. A. La Habana, 1939, págs. 215-217.

(13).—JUAN ISIDRO PEREZ. EL ILUSTRE LOCO. Editora Montalvo, S. D. 1944, pág. 85.

(14).—DUARTE Y SUS DISCIPULOS O AMIGOS, en el núm. 1268 del diario La Opinión, S. D. 24 de febrero 1931. El doctor García Llubes tuvo como amable informadora a la memoriosa doña Carlota Moreno, informes cuya veracidad nos fue dable comprobar documentalmente, como puede verse en MUJERES DE LA INDEPENDENCIA. Imp. La Opinión. S. D. 1945, pág. 61.

La familia Gómez que pertenecía la introductora de la histórica flor, es distinta de la de Gómez el Máximo, como puede comprobarse en el estudio genealógico de Fray Cipriano de Utrara que lleva por título LA FAMILIA DE MAXIMO GOMEZ. Tipografía "Dios y Patria". S. D. 1929. 111 p.

(15).—Archivo del Lic. Manuel Ubaldo Gómez. Véase RESEÑA HISTORICA DE BANI, por Joaquín S. Incháustegui. Edit. Guerri. Valencia, España, 1930, pág. 11.

(16).—RECTIFICACION, por Un Pariente (Lic. Manuel Ubaldo Gómez Moya), en el Listín Diario núm. 1200, S. D. 10 febrero 1896.

(17).—Lic. Emilio Rodríguez Demorizi: DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA REPUBLICA DOMINICANA. Ed. Montalvo, S. D. tomo I, pág. 23.

(18).—Revista CLIO núm. 27, S. D. mayo-junio 1937, pág. 102. Por cierto que en esta breve nota se incurre en la inexactitud de decir que doña Filomena fue "esposa de un venezolano", señalando como tal a don Lucar de la Cova. Es conveniente advertir que en las notas que bajo el rubro de "Académicas" solían aparecer como de la redacción de la revista, abundan inexactitudes debido al hecho, según parece, de ser redactadas perfunctoriamente.

LA ESTADA DE DUARTE EN HAMBURGO

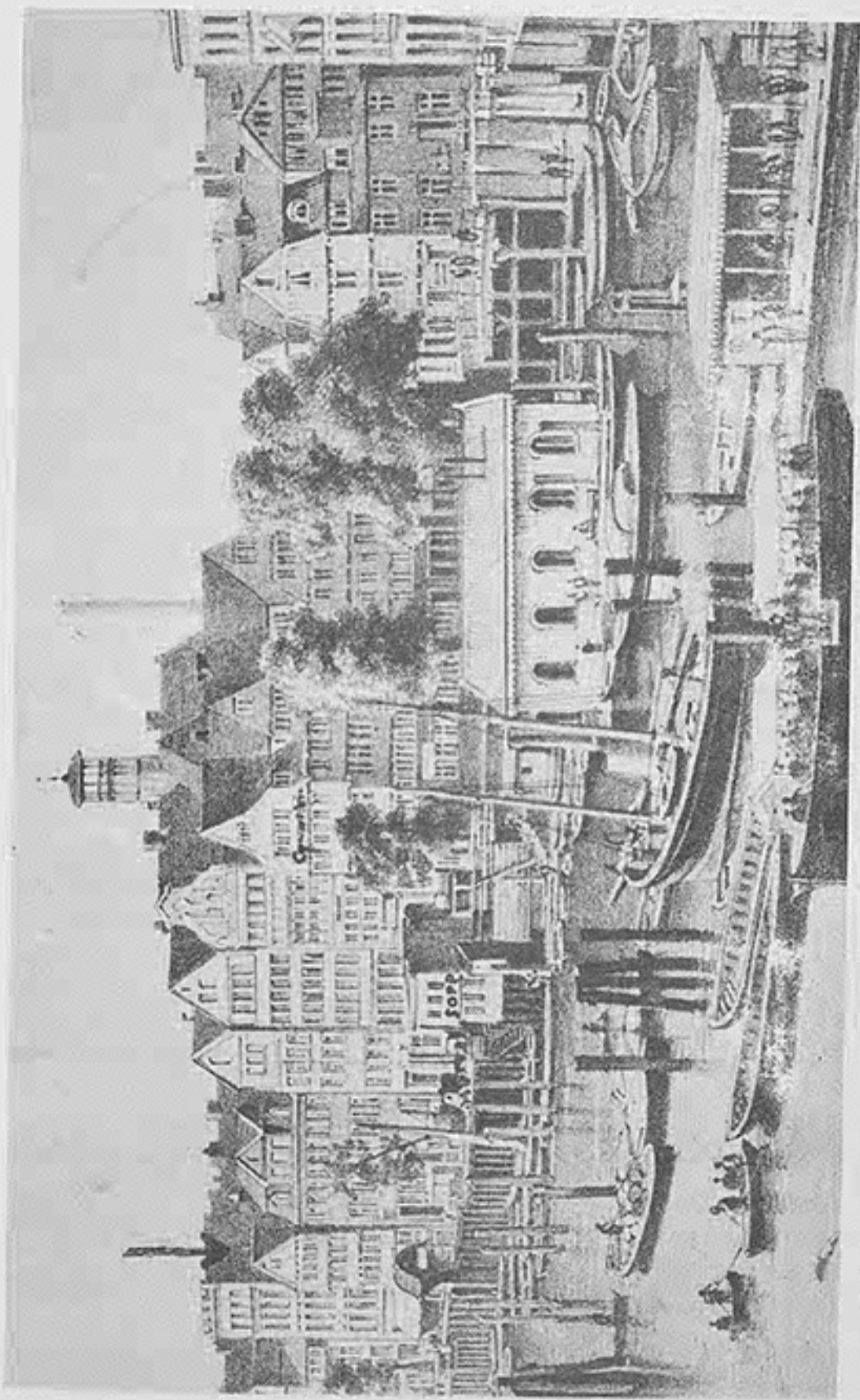
En el 1937, en el No. 26 de la revista "Clío", órgano de la Academia Dominicana de la Historia, se publicó la carta que le enviara al presidente de ésta, Dr. Fed. Henríquez y Carvajal, el Dr. Roberto Kück, ex-ministro dominicano en Alemania, relativa a las investigaciones realizadas por éste con respecto a la estada de Duarte en Hamburgo, cuyo texto reproducimos a continuación:

Hamburgo, Febrero 23 de 1937.

Al Honorable Señor Presidente de la Academia
Dominicana de la Historia.
Doctor Fed. Henríquez i Carvajal

Honorable Señor Presidente y respetable
Maestro:

Me apresuro a corresponder a sus atentas líneas del 21 y 25 de enero ppdo. y llevado por los deseos, que nos animan a ambos, de adquirir el mayor número de datos posibles sobre la permanencia del insigne Don Juan Pablo Duarte, Fundador de la Patria Dominicana, he visitado repetidas veces el Archivo del Estado Hamburgués, así como también la Biblioteca Universitaria donde por desgracia hasta hoy no he hallado mucho, pero sí algunos datos que vienen a aclarar el tiempo que permaneció en esta ciudad y con ello el significado de los números 6412



Grabado antiguo que incluye (flecha) la casa en donde se hospedó Duarte en Hamburgo en noviembre de 1844, tal como lucía en la propia época de la estancia del prócer.

dados en el pasaporte publicado en su Revista "Clío" No. XXIII, página 134.

En el Protocolo de Registro de permanencia en el año de 1844 se lee bajo la fecha 30 de noviembre lo siguiente:

"Duarte J. P. (residencia) Erste Vorsetzen, Schuitz, (número de la cédula de permanencia) 6412 (extendido) 31 okt. (observaciones) nach St. Thomas.

Esto demuestra que Don Juan Pablo Duarte llegó a esta hacia el 31 de octubre y permaneció a lo menos hasta el 30 de noviembre y partió declarando en la oficina del Estado rumbo a San Thomas.

La calle "Erste Vorsetzen" existe todavía en Hamburgo frente al puerto, pero por desgracia la casa n° 12 indicada fué entretanto derribada como he podido convencerme personalmente.

Schultz, Georg Friedrich, es según el Directorio de aquel año el propietario de una fonda que llevaba el nombre Shifferhaus que significa "Casa de marineros". Por ello se ve que Don Juan se hospedó modestamente, puesto que ya en aquel tiempo había en esta ciudad numerosos hoteles de lujo.

La única nota hallada durante el curso del mes de noviembre en el periódico "taats-und Gelehrten Zeitung des Hamburvischen Unparteiischen Correspondenten" n° 272 de fecha 15 de noviembre 1844 dice:

'Aus Sto. Domingo (Hayti) erfährt man, dass dasebst der Gedanke an ein französisches Protektorat gänzlich aufgegeben und Samaná, der Punkt, von dessen Besitznahme durch Frankreich früher die Rede gewesen durch Truppen der jungen Republik besetzt war. Die constituierende Versammlung hatte bereits wichtige Berchlüsse gefasst; so war die frühere Bertimmung der haytischen Verfassung, welche jede Einwanderung von Colonisten untersagt, aufgehoben worden, und auf Veranlassung einer spanischen Reclamation von aus Puerto Rico gef-

lúchteten Sklaven der Grundsatz aufgestellt, dass jeder Sclave mit dem Betreten des Bodens der Republik ein freier Mann werde".

Traducido al castellano:

"Oimos de Santo Domingo (Hayti) que se ha abandonado por completo la idea de un Protectorado francés y que Samaná cuya ocupación por parte de Francia había sido antes tema de conversación había sido ocupada por tropas de la joven República. La Asamblea Constituyente había ya tomado importantes resoluciones; así fué levantada la antigua prescripción de la Constitución Haitiana que prohíbe cualquiera inmigración de colonos y a causa de una reclamación española presentada por esclavos escapados de Puerto Rico fué pasado el fundamento de que todo esclavo era hombre libre al pisar el suelo de la República".

Naturalmente estas líneas no van firmadas por nadie; pero la corta relación de este párrafo parece indicar la procedencia de una persona conocedora de la política del país en aquel tiempo.

Por más que todo esto no me satisface enteramente, tocante a la importancia de hechos históricos relativos al insigne Don Juan Pablo Duarte, quizás sean de algún interés para V., no obstante, continuaré mis investigaciones con lectura de otros periódicos hamborgueses de aquella época y, si tuviera la suerte de encontrar algo más personal, no dejaré de transmitírselo a Vd.

Muy cordiales saludos de

su afmo. admirador y fiel amigo

Dr. Roberto Kück y Deetjen.

Posteriormente, en el 1968, deseando el Instituto Duartiano realizar nuevas investigaciones en Hamburgo

acerca de la vida de Duarte en esa ciudad, se dirigió al Lic. Héctor B. de Castro Noboa, Cónsul General de la República en Hamburgo, en solicitud de una información en el sentido anteriormente expuesto. He aquí, a continuación, la carta que le dirigiera el Dr. Troncoso:

Septiembre 19, 1968

Sr. Lic. Héctor B. de Castro Noboa
Cónsul General de la República Dominicana
Heilwigstrasse 125
Hamburgo 20, Alemania

Señor Cónsul y apreciado amigo:

Por encargo del Instituto Duarteano tengo el agrado de dirigirme a usted en solicitud de una información relativa a la estada de Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez y los hermanos Richiez en Hamburgo en octubre y noviembre de 1844.

Según pudo determinar el Dr. Robert Kück, ministro de la República en Alemania en los primeros lustros de este siglo, la schifferhaus en que se hospedaron los patriotas estaba en el No. 12 de la calle Erste Vorsetzen y pertenecía a Friedrich Schultz. Así lo comunicó a la Academia Dominicana de la Historia en 1937. El Dr. Kück se refirió a una publicación sobre la República Dominicana salida en la edición No. 272 del periódico hamburgués "taats-und Gelehrten Zeitung des Hamburvischen Unparteiischen Correspondenten" que él vió en lo que él llama la Biblioteca Universitaria.

Como en 1944 el sector portuario de Hamburgo fué destruido por los bombardeos, y luego se han operado grandes transformaciones en la ciudad de Hamburgo, es posible que no exista ya la calle Erste Vorsetzen, pero de todos modos este Instituto desearía saber si es posible localizar el sitio en que estaba o está para diligenciar la colocación de una placa conmemorativa en el lugar correspondiente a la antigua casa No. 12 de dicha calle.

El Instituto Duarteano agradecería que usted se sirviera hacer una verificación del lugar y enviar fotografías, de ser posible, de la calle Erste Vorsetzen y de la probable ubicación de la antigua casa No. 12 de la misma calle. Ojalá que su reconocido fervor duartiano lo lleve a hacer, con la finalidad apuntada, una confrontación del actual sector portuario hamburgués con planos o estampas antiguas. Le agradecerá también le plazca localizar en la Biblioteca Universitaria el referido periódico hamburgués y enviar copia fotostática del suelto o reportaje.

Con gracias anticipadas le saluda muy deferentemente,

Pedro Troncoso Sánchez
Presidente

Luego, el Lic. Héctor B. de Castro Noboa, realizó las investigaciones solicitadas y dió cuenta de las mismas en la carta que reproducimos a continuación:

20 de Febrero de 1969.

102/69.

Señor
Doctor Pedro Troncoso Sánchez,

Presidente del Instituto Duarteano,
Santo Domingo, D. N.

Distinguido Señor Presidente y Amigo:

Me es singularmente grato referirme a su atenta comunicación fechada a 19 de septiembre de 1968, enviada vía Cancillería dominicana, así como a su apreciada del 20 de enero último que dió respuesta a mi carta del 22 de noviembre del recién pasado año, y junto a la cual, en atención a mi solicitud, me remitiera Ud. copia fotostática de la página de la Revista CLIO, núm. XXVI,

que inserta el informe del Dr. Roberto Kück a la Academia Dominicana de la Historia, sobre una publicación acerca de la República Dominicana aparecida en un periódico hamburgués del año 1844.

En relación con el importante y honroso encargo que me confiara el Instituto Duarteano de su digna presidencia mediante la primera comunicación arriba citada, tendiente a obtener una información acerca de la estada en Hamburgo de Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez y los hermanos Richiez en octubre y noviembre de 1844, cúmpleme rendirle el presente Informe correspondiente al resultado de las investigaciones realizadas al respecto.

Como primer paso consideré conveniente ponerme en contacto con mi grande amigo, el distinguido hispanista alemán Dr. Hans-Karl Schneider, Profesor de la Universidad de Hamburgo y Miembro del Instituto Iberoamericano de Investigaciones de la mencionada Alta Casa de Estudios, quien, de muy buen grado, me brindó su más entusiasta y efectiva cooperación a los fines perseguidos y cuya asistencia y orientación me han sido muy útiles y valiosas. Juntos, pues, trazamos el plan de trabajo que llevamos al cabo y cuyo resultado es el siguiente:

A) Después de una larga y minuciosa búsqueda en el Archivo del Estado sito en la Casa del Ayuntamiento de esta Ciudad Libre y Hanseática (la Casa de Gobierno), en la Sección de fotografías e historia de las calles de Hamburgo, fueron encontradas varias fotos antiguas y una litografía de la calle "1. Vorsetzen", que corresponden, más o menos, a la época en que estuvo en Hamburgo el Fundador de la República. Adjunto al presente Informe nos complacemos en remitir una colección de doce (12) fotos, de las cuales las cinco (5) primeras corresponden a los años 1845, 1865 y 1870, y en las mismas se señala con una flecha la casa núm. 12 de la calle "1. Vorsetzen" donde estuvo hospedado Juan Pablo Duarte. Las fotos restantes, a partir de la núm. 6, corresponden a nuestra personal visita de confrontación realizada el 20 de no-

viembre del pasado año 1968 con la asistencia del Dr. Schneider y la compañía de dos apreciados colegas y amigos latinoamericanos, los Sres. Don Pedro A. Iraheta y Don Aurelio Benítez Ortiz, Cónsules Generales de El Salvador y El Paraguay, respectivamente, quienes son los más antiguos Jefes de Misión Consular acreditados en Hamburgo. En hojas separadas ofrecemos una nota explicativa de las fotos que forman dicha colección, y copia de la misma aparece también en el dorso de cada una de ellas.

B) En la primera búsqueda realizada en el Archivo del Estado para localizar la publicación acerca de la República Dominicana a que se refiere el Dr. Kück y la cual fuera inserta en el periódico hamburgués "Staats Gelehrte Zeitung des Hamburgischen, Unparteiischen Correspondenten", no fué posible encontrarla apesar de que se nos señalaba con precisión la edición núm. 272. Esto fué debido a que la investigación dirigía su interés principalmente a encontrar el nombre de Duarte, el cual no aparecía en la publicación. Una segunda búsqueda después de que Ud. tuviera la cortesía de deferir a nuestra petición remitiéndonos copia fotostática del texto completo del informe del Dr. Kück, facilitó, gracias a su amable envío, el hallazgo de la mencionada publicación sobre Santo Domingo, la cual aparece inserta en la tercera columna de la primera página y termina en la primera columna de la segunda página, según se comprueba por la copia fotostática que anexamos, enmarcando con líneas rojas la noticia referente a nuestro país. Se omite el envío de la traducción al español, en consideración de que ya fué hecha por el Dr. Kück cuando rindió su informe a la Academia Dominicana de la Historia en 1937.

C) La información relacionada con el hospedaje del Fundador de la República durante su estada en Hamburgo, en la casa núm. 12 de la calle "1. Vorsetzen", queda comprobada documentalmente por la fotocopia que anexamos, de la página 394 del Registro de la Policía del 30

de noviembre de 1844, en la cual aparece la inscripción de Juan Pablo Duarte. Según se desprende de dicho Registro, Juan Pablo Duarte obtuvo Permiso de Residencia para Hamburgo con fecha 31 de octubre de 1844, figurando como domiciliado en la calle "1. Vorsetzen", casa de Schultz. Y de acuerdo con una comunicación del Primer Consejero de Archivo, Dr. Ewald, del Archivo Estatal de la Ciudad Libre y Hanseática de Hamburgo, en aquella época el Señor Schultz (Georg Friedrich) era el propietario de la casa Núm. 12 de la calle "1. Vorsetzen", donde tenía establecida una casa de huéspedes. Como se comprueba por la misma fotocopia de la página 394 arriba mencionada (de la cual enviamos también un microfilm), en el Registro de Permisos de Residencia se encuentra una inscripción del 30 de noviembre de 1844, según la cual Juan Pablo Duarte se ausentó de Hamburgo para dirigirse a St. Thomas. El núm. 6412 que aparece en la tercera columna del documento de la Policía corresponde al número del registro del permiso de residencia que le fué extendido.

D) En la búsqueda realizada en el Archivo del Estado no se han encontrado inscripciones relativas a los compañeros de Duarte, (Juan Isidro Pérez y los hermanos Richiez), circunstancia que puede ser atribuída a la brevedad de la estada de los mismos en Hamburgo.

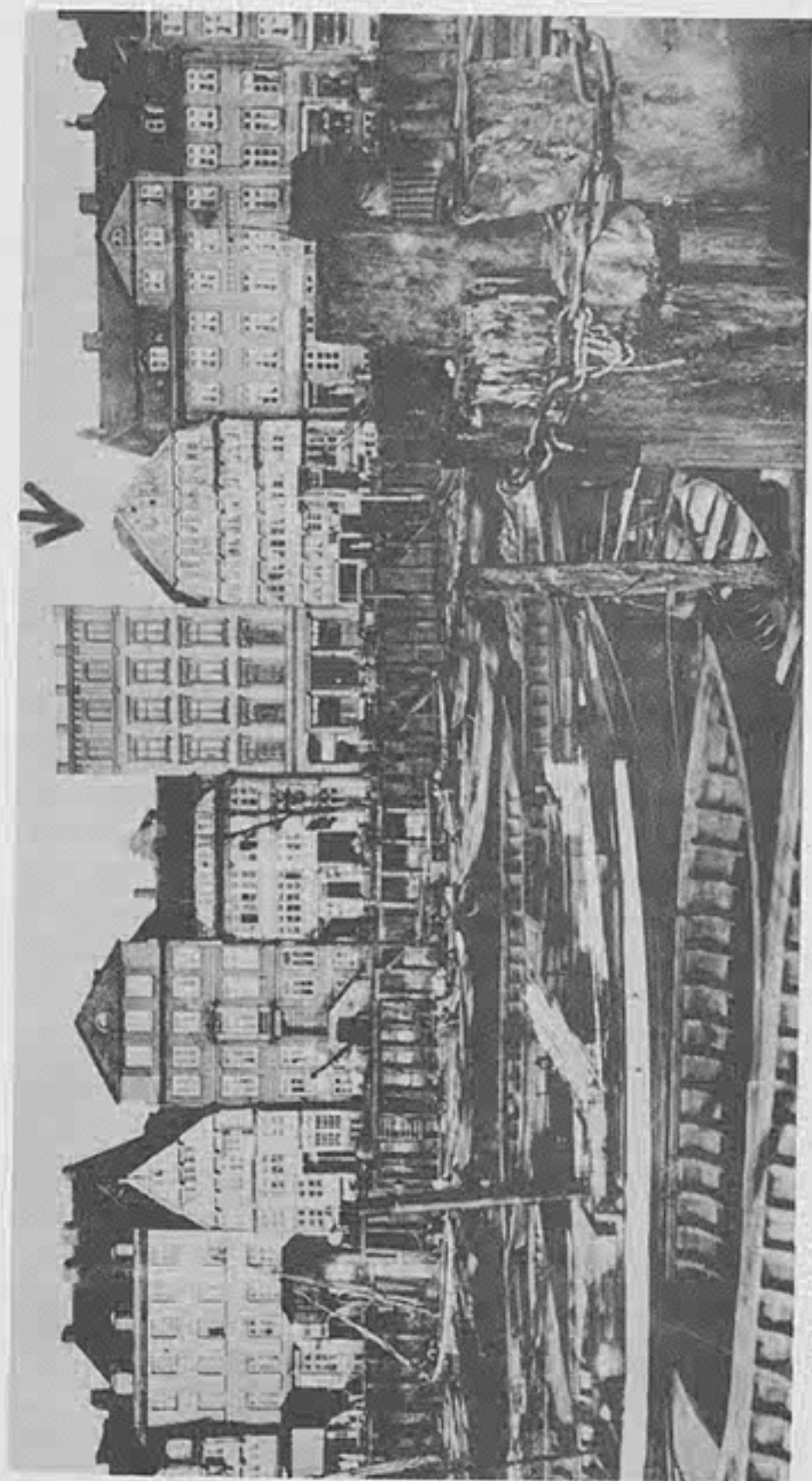
E) En posesión de las fotos y litografías antiguas que nos fueron proporcionadas por el Dr. Schneider, así como de los datos a que hemos hecho referencia según comprobación en las copias fotoscópicas que se acompañan procedimos entonces a hacer una personal verificación y confrontación del sitio que nos interesa en el sector portuario de Hamburgo, donde estaba ubicada la casa núm. 12 que sirvió de hospedaje al Padre de nuestra Patria. Las fotos, de la número 6 a la número 12, que forman parte de la colección adjunta, constituyen la mejor prueba gráfica de nuestra comprobación realizada el 20 de noviembre del recién pasado año 1968. Tal como lo informara el Dr. Kück en su comunicación del 23 de febrero

de 1937 dirigida desde Hamburgo a la Academia Dominicana de la Historia, desgraciadamente la casa núm. 12 de la calle "Vorsetzen" ya no existe y en la actualidad en ese sitio lo que hay es una calle empedrada, la calle "Wetkenstrasse", que hace esquina con la "Vorsetzen" y que da frente al Puerto. En torno a ese sitio, de un lado y otro, como se advierte en las fotos recientemente tomadas durante nuestra visita a dicha calle, lo que existe es una serie de barracas y construcciones detartaladas que por su feo aspecto están llamadas a desaparecer en el proceso de transformación que se está efectuando por ese sector. Hay que tener en cuenta que los sitios aledaños al Puerto de Hamburgo, fueron de los que sufrieron mayores destrozos por los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial, y por ello, sin duda, las barracas y construcciones paupérrimas que aún existen por dicho sector tienen necesariamente un carácter de provisionalidad.

Comentario final.

Quien tiene el honor de rendir el presente Informe alentó, desde su llegada a Hamburgo, la misma noble idea que alienta y se ha propuesto realizar el Instituto Duarte; esto es, localizar la casa o el solar donde estuvo ubicada la residencia temporal de Duarte en esta Ciudad Hanseática, con fines de gestionar la colocación de una placa conmemorativa en dicho sitio. Así tuvimos a bien llevarlo a conocimiento del autor de "El Cristo de la Libertad", el Excmo. Señor Presidente de la República, Dr. Joaquín Balaguer, por intermedio del Secretario Técnico de la Presidencia, Dr. Eudoro Sánchez y Sánchez, cuando éste visitara a Hamburgo a principios del 1967. Pero ha sido ahora, después de recibir el honroso encargo del Instituto Duarte, cuando, en puridad de verdad, hemos consagrado con tesonero empeño mayor tiempo y actividad en realizar una investigación lo más exhaustiva posible para lograr la común aspiración patriótica.

Hasta el presente momento no ha sido posible averi-



Vista de la zona portuaria de Hamburgo con la calle 1. Vorsetzen junto al muelle, tal como lucía en 1865. La flecha señala el hotel para marineros en que se hospedó Duarte en noviembre de 1844.

guar más datos relativos a la permanencia de Duarte en Hamburgo.

Invitamos, muy cortésmente, al Señor Presidente y demás Miembros directivos del Instituto Duarteano, a considerar detenidamente las pruebas gráficas y documentales que acompañamos con notas explicativas al presente informe, y de manera muy especial —frente al aspecto actual que puede apreciarse por las fotografías más recientes que se envían, a considerar la existencia de barracones que no tardarán sin duda en desaparecer para ser substituídos por edificios modernos, lo cual hace inadecuada, por el momento, la colocación de una placa conmemorativa en un sitio donde la transformación que tendrá que operarse haría también desaparecer la placa que se coloque en las actuales circunstancias.

Por las razones que nos permitimos dejar expuestas y que estimamos atendibles, así como por el decoro de la acción que proyectamos realizar en honra a la esclarecida figura del Fundador de la Nacionalidad Dominicana, cumplimos con el deber de dejar aquí expresa nuestra opinión en el sentido de esperar a que los barracones que rodean a ambos lados el sitio donde estaba la casa núm. 12 de la calle "Vorsetzen", sean reemplazados —como no tardará seguramente en serlo, a juzgar por el acelerado ritmo de progreso que vive esta Ciudad—, por nuevas edificaciones, en una de las cuales, hechas previamente las gestiones necesarias, se podría colocar, ya con carácter permanente, una placa que conmemore la presencia del Padre de la Patria en la Ciudad de Hamburgo.

Mucho agradeceríamos darnos a conocer si el Instituto de su digna presidencia, comparte con nosotros la opinión que hemos dejado fijada en el párrafo precedente, o en caso contrario, si es del criterio de que realicemos gestiones para colocar la placa conmemorativa aún en las condiciones de provisionalidad en que actualmente se encuentra la parte del sector portuario donde estuvo la casa que dió albergue a Juan Pablo Duarte en 1844.

En la esperanza de haber dejado cumplida la enaltecedora misión que nos fuera encomendada y que realizáramos con patriótico interés y profundo fervor duartiano, hacemos provecho de la oportunidad para saludar a Ud. y demás Miembros del Instituto con sentimientos de mi más alta consideración.

Deferentemente,

H. B. de Castro Noboa
Cónsul General

INVESTIGACION DE DUARTE

Por Emilio Rodríguez Demorizi,
del Instituto Duartiano.

No cabrían, es claro, en nuestro estudio Duarte romántico, adiciones impropias de un discurso. Por ello, para utilidad de quienes quieran estudiar el riquísimo tema, recogemos aquí las presentes notas, en las que sólo se aspira a señalar un mayor contenido espiritual en la obra de Duarte y de sus seguidores, tanto en la gloriosa labor política que realizaron como en la faena intelectual —faena romántica— que hizo posibles sus esperanzas y sus sueños.

La investigación de Duarte es afán bien largo. Entre otros puntos dignos de estudio anotamos los siguientes:

—Examinar el origen y significación, en Duarte, de la expresión final de varias de sus cartas: "Al pie de la Montaña, en el Valle de la Perseverancia".

—Duarte y Mazzini, afinidades.

—Duarte visto por los extranjeros (El Cónsul Freeman, el Cónsul Saint Denys, 1844; Vizcarrondo, 1876; etc.)

—Noticias de su viaje a Barcelona, vía Norte América, Inglaterra y Francia. Sus estudios.

—Duarte y el teatro romántico.

—Religiosidad de Duarte; su humanismo.

—Duarte y el amor; su soltería.

—Duarte en Baní.

—Duarte en La Vega.

—Duarte en Santiago.

—Duarte en Puerto Plata.

—Duarte en Hamburgo.

—Duarte en Venezuela.

—Recoger la palabra de Duarte a través de sus amigos, de los que le conocieron, en cuyos escritos hay alguna expresión suya: José María Serra, Alejandro Bonilla, José Gabriel García, Juan Isidro Pérez, Pedro A. Pina, el Padre Regalado, Félix María del Monte, Monseñor Meriño, Emiliano Tejera, y en primer término Rosa Duarte, ya que en sus *Apuntes* hay diversas frases de Duarte.

—El estudio de Duarte romántico ha de empezarse ubicándolo en Barcelona. Obras básicas: Guillermo Díaz Plaja, *Introducción al estudio del romanticismo español*. Madrid, 1942, y E. Allison Peers, *Historia del movimiento romántico español*, Madrid, 1954.

—Duarte fue uno de los primeros jóvenes hispanoamericanos que fueron a España a estudiar. ¿En qué consistieron sus estudios?

—Examinar lo relativo a la actividad romántica de Venezuela durante las diversas estadas de Duarte en Caracas, en 1841-1842, en 1845-1864, y finalmente en 1864-1876.

—La prosa y la poesía de Duarte están salpicadas de expresiones románticas y particularmente de simbolismos, dignos de explicación.

—Sus repetidas alusiones bíblicas. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia", dice en su carta del 2 de mayo de 1865, a Félix María del Monte.

—Importa, pues, señalar que Barcelona fue la ciudad española, después de Cádiz, en que se profesara con mayor vehemencia el credo romántico. El romanticismo fue introducido en España por la revista barcelonesa *El Europeo*, órgano del grupo intelectual que se daba a sí mismo el título de Escuela romántico-espiritualista, en 1823-

1824, en tiempos de la llegada de Duarte a Barcelona. (Lo dice Menéndez y Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas*).

—En la actividad romántica de Duarte, conocida, se contó la de traer libros del exterior, para él y para sus amigos. Porque él había oído la voz de Hugo: "Hay que transformar a la multitud en pueblo, por medio del libro". Lo mismo hicieron los románticos de la Argentina. El libro era un instrumento del movimiento romántico.

La de Espronceda fue la vida española de mayores resonancias en Duarte. Fue el tipo representativo del romanticismo español. "Es, indudablemente —dice García Mercadal— la más grande figura del romanticismo español".

En 1823 fundó Espronceda la Sociedad secreta revolucionaria Los Numantinos. Preso en 1825. Desterrado en 1827 en Inglaterra y en Francia en 1829-1833. Al promulgarse el Estatuto, Espronceda se hizo periodista.

—Es por demás evidente la reminiscencia del Duque de Rivas en la poesía de Duarte. Al Don Alvaro de Rivas, le llamaron "el Hernani español" y, al poeta "el Víctor Hugo español".

—El acento de la poesía civil de Duarte es el mismo de la poesía del Duque. La siguiente estrofa es del mismo aliento de los versos de Duarte contra Santana:

Tiranos, invasores
y pueblos degradados
no existan: sepultados
se miren en la mar,
y en ella se confunda
el mísero terreno
de iniquidades lleno
de reptiles vivir.

Toda la poesía de Duarte, conocida, es del mismo carácter, poesía civil en que preside la angustia romántica.

Apenas en ella una estrofa erótica. La Patria es el leit motiv de su poesía.

El tema de la cruz, que tanto abunda en los escritos de Duarte, tiene antecedentes en la poesía de Rivas. En *La azucena milagrosa*, dice:

Los pensadores, triunfantes
de la cruz soberana...

—Los temas románticos, las situaciones románticas, coinciden, se repiten, se calcan. El cruzado, de la poesía de Duarte, está en el drama romántico de José Mármol, *El Cruzado*. En 1839 se publicó en La Habana el drama caballeresco en verso *El Templario*, representado allí en la noche del 25 de diciembre de 1838. Su autor fue el dominicano Francisco Xavier de Foxá.

—Ya Croce se refirió al romanticismo manifestado en "memorias o epistolarios en los que un alma enferma vierte los llantos de su íntimo dolor y en revolucionarias lucubraciones en pugna franca con las doctrinas tradicionales". En los *Apuntes* de Rosa Duarte —en parte del *Patricio*— y en su conmovedor epistolario, está patente su romanticismo.

—El romanticismo de Manuel María Valencia, apenas circunscrito al sentimentalismo, podría decirse rudimentario e intuitivo, está bien lejos del romanticismo de Duarte, europeizado, como el de Echavarría en la Argentina, extravertido en el nacionalismo y en la acción política.

—En Duarte hay el ardiente nacionalismo "característico del romanticismo alemán de los tiempos de *Uhl-land*".

—Quizás será pueril la observación de que *Hernani* tendría alguna personal simpatía para Duarte; uno de sus personajes llevaba su mismo apellido: Josefa Duarte. Ante el diálogo entre Carlos V y *Hernani* habían de acrecentarse sus sueños románticos de libertad y de grandeza ya transmutados en dominicanidad.

—Melián Lafinur (*Romanticismo literario*, B.A., 1954), señala las influencias de Edward Young —famoso por sus *Nights thoughts*—, aún fuera de su país, en el romanticismo español, según lo evidencia la imitación que hizo de su obra el poeta hispano José Cadalso, en sus célebres *Noches lúgubres*. Como está dicho, Young es el único poeta romántico citado por Duarte. A qué escrito de Young corresponde la cita de Duarte? Véase.

—El ejemplo, el magisterio romántico de Duarte, fue el más vivo, el de mayor influencia en su Patria.

—Su soltería es una actitud romántica, una renuncia vital por una máxima aspiración del espíritu, como lo es la creación de una Patria.

—El viaje juvenil de Duarte —y un viaje era aún una verdadera aventura romántica— está pleno de nebulosas y de incógnitas indescifrables. De su paso por Francia, donde el romanticismo tuvo más grande resonancia, no hay otras noticias que las que sugiere su obsequio a Felipe Alfau del chaleco rojo de los románticos franceses.

—De Francia, el liberalismo, el romanticismo político; de España, marcadamente, el romanticismo literario.

—Entre nosotros podrían señalarse dos generaciones románticas: la de Duarte, la separatista, la de los trinitarios; y la de los discípulos de Duarte, los jóvenes poetas de 1856, los liberales adversos a Santana, introductora del color local en nuestra poesía. El romanticismo de Duarte también podría dividirse en dos etapas: la del romántico de la acción y la del solitario de la poesía romántica.

—La autenticidad del romanticismo de Duarte, que arranca de los días de su angustiosa infancia, ensombrecida por el invasor haitiano, está en la autenticidad de ese drama íntimo, desbordado en drama colectivo. Desde antes de contemplar en Europa el espectáculo romántico, ya él lo era, porque ya llevaba desde aquí, en su alma juvenil, el dolor de su pueblo esclavo; el dolor viril, que es sentimiento romántico. Así el romanticismo constituyó en Duarte la chispa que encendió en él el fuego necesario para su empresa.

—Los que llevamos a España en nuestra sangre, después de poner el pie en su suelo tenemos dentro un nuevo ímpetu para amar con más fuerza la tierra en que nacimos. Así Duarte a su regreso a la tierra natal.

—La primera noticia del chaleco rojo traído por Duarte a su amigo el trinitario Felipe Alfau, consta en la obra de Luis E. Gómez Alfau, *El Santo Domingo de hace 50 años*, S.D., 1944, p. 37.

—En la *Gaceta de Santo Domingo*, del 1858, se le daba a la villa el nombre de Ciudad romántica.

—Como José Mármol, en la Argentina, Duarte fué el poeta romántico de su generación. Ni Valencia, ni ningún otro de los poetas dominicanos anteriores a 1844, trascendió de lo puramente literario, salvo en las sátiras políticas de 1843. En Valencia no hay propiamente poesía civil, contrariamente a Duarte, cuya poesía permanece enmarcada en el ámbito civil.

—En los venideros textos de historia de la literatura dominicana habrá de consignarse el hecho, por demás glorioso para Juan Pablo Duarte, de haber sido el introductor del romanticismo en Santo Domingo, hasta ahora atribuido solo a Manuel María Valencia, poeta romántico, aunque sus versos sean anteriores a los de Duarte. Compruébese.

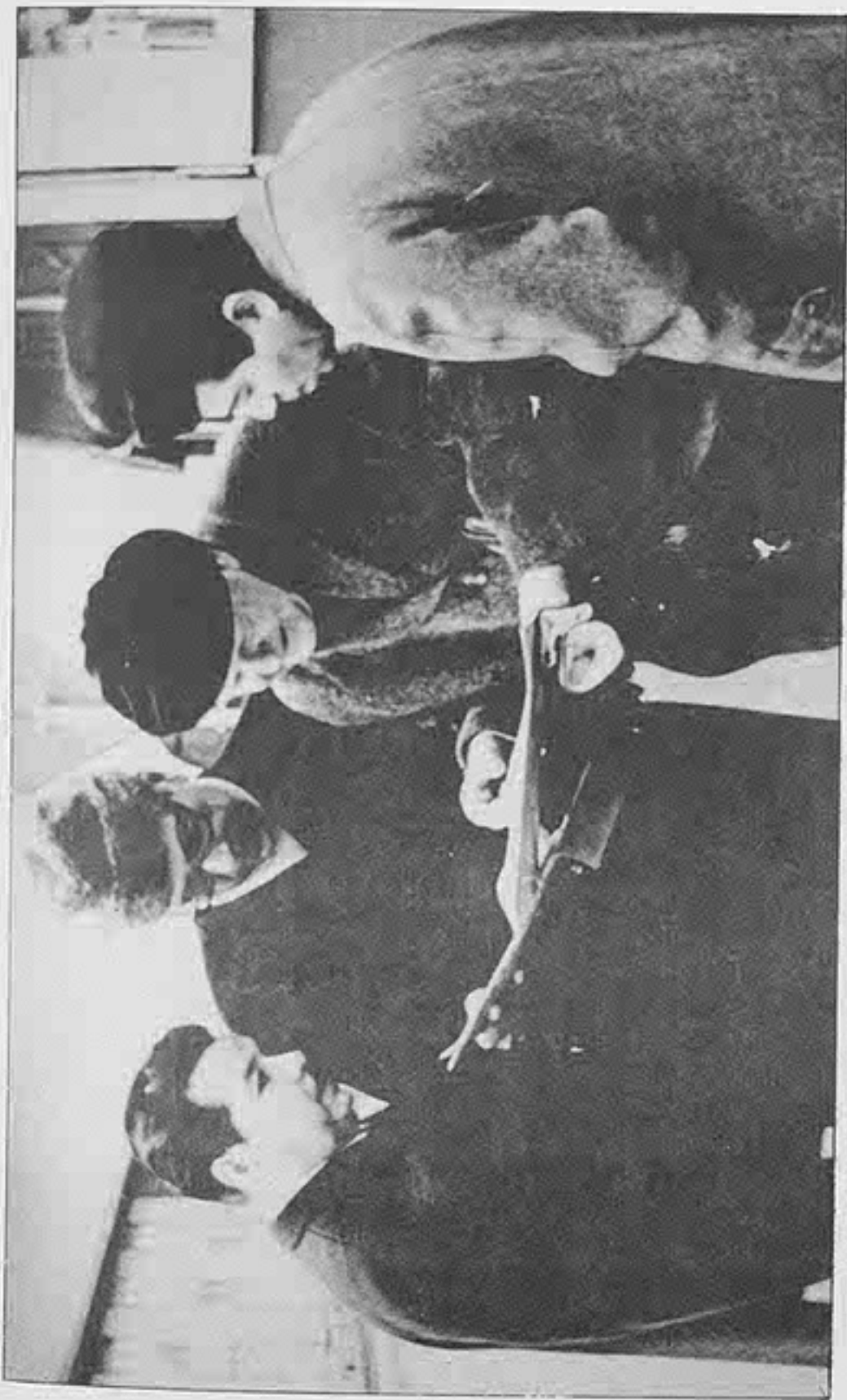
—El conocimiento del Duarte romántico ilumina lo más oscuro de su vida, lo menos documentado, no obstante ser en su vida lo más decisivo e iluminante.

Verdad indeneable es que Duarte romántico adquiere una mayor categoría política; es un prócer de mayor jerarquía.

Juan Pablo Duarte, el Padre de la Patria, la más alta figura civil de la República, su primer patricio, es ahora su primer romántico.

“Quién que es no es romántico?”, decía Darío.

—El proceso de nuestra emancipación había de operarse de acuerdo con las leyes universales y eternas. Aquí ocurrió, gracias a Duarte, lo mismo que en todos los pueblos civilizados. Los grandes movimientos populares han



El Cónsul General de la República Dominicana, Lic. H. B. de Castro Noboa, y el Dr. Hans-Karl Schneider, Profesor de la Universidad de Hamburgo y miembro del Instituto Iberoamericano de Investigaciones Científicas (centro), acompañado del Sr. Pedro Iraheta, Cónsul General de El Salvador (izquierda), y del Sr. Aurelio Benítez Ortiz, Cónsul General del Paraguay (derecha), realizan una confrontación del actual sector portuario hamburgués con estampas antiguas de la calle Vorstzen en donde estuvo Duarte hospedado.

tenido siempre por motores la intervención directa de los intelectuales. "Como en Grecia y en Rusia, en la revolución inglesa del siglo XVI y en la francesa del siglo XVIII, en la caída de la monarquía de Isabel II y el nacimiento de la España liberal y democrática y en el nacimiento de la unidad italiana, y en la historia de la independencia de ambas Américas; en todas esas transformaciones político sociales, han desempeñado siempre lo intelectuales papel preponderante".

—Leopardi, al decir de Walzel, "es un estoico que clama el dolor de la vida y expresa el sufrimiento de un pueblo sojuzgado". Duarte es —en la medida de su ámbito— nuestro Leopardi. O mejor dicho, algo hay en él de Leopardi.

En los versos de Duarte hay el lamento personal y apasionado característico del romanticismo, de las Noches lúgubres, del poeta Cadalso, en boga en sus fecundos días de Barcelona. Tienen sus versos el acento casi siempre melancólico y quejumbroso de la poesía romántica.

—Aunque el mayor impacto romántico lo recibiría Duarte a su paso por Francia, su romanticismo no fue de extracción francesa, sino española, como lo evidencia la presencia del Duque de Rivas y de Espronceda en su poesía.

La estada de Duarte en Europa ocurre en la época romántica, en los años cantados por Bainville en su *Alba romántica*:

Dinos, mil ochocientos treinta,
época fulgurante,
tus sueños, tus ardores
y tus esplendores.

Mil ochocientos treinta, aurora
que me deslumbra todavía,
promesa de destino,
risueña mañana.

En el ocaso del romanticismo, por el 1848, ya Duarte había realizado su destino. Siguió siendo un romántico hasta el fin.

—El destierro aumentó en Duarte el acento romántico de su laúd, de su palabra, de su vida toda. He aquí un bello tema para un libro romántico: *Poesía dominicana de la amistad y del destierro*. En ese libro Duarte ocupará muy sugestivas páginas. (Véase la obra de Vossler, *La soledad en la poesía española*).

—El tema de Duarte y sus discípulos o amigos, esbozado por el Dr. Alcides García Ll., (en *La Opinión*, S.D., 26 feb. 1931), es digno de ser ampliado (véase Pedro Laín Entralgo, *La amistad en el mundo griego*. Conferencia, Madrid, 1868).

¡Qué bellas páginas inspirarían las apasionantes manifestaciones de fraternal afecto entre Duarte y sus amigos, entre los que sobresaldría Juan Isidro Pérez, de todos el más vehemente y más sensible!

—En Duarte hay "la tristeza que con tanta frecuencia —como dice Vossler— se encuentra en los espíritus que sienten la belleza". Su poesía es poesía de la soledad, del patriotismo, de la amistad, no sensual sino varonil. La soledad obliga a una vida interior intensa, cuyo escape es la poesía. También dice Vossler que el amor a la soledad a veces nace "de un disgusto y desazón espirituales".

—Desde su refugio en Venezuela, tras el breve exilio de Hamburgo, Duarte es un ser errante, ensimismado, que ha dejado de existir para la sociedad, para su propia familia, quizás para sí mismo. Así iría por todas partes, por los más oscuros y remotos parajes de las selvas venezolanas, como en su propio inacabable entierro. Así el encanto de su poesía está en el dolor real que destila, como persistente gota de hiel.

En Duarte la poesía es testimonio de patriotismo y de dolor.

—Prenda de los conocimientos retóricos de Duarte es su uso de diversos metros en su poesía. No se limitó a una sola medida, como un novicio cualquiera, sino que empleó diversas medidas en su poesía; versos de 6, 8 y 11 sílabas, predominando el octosílabo, más del gusto romántico. (Véase Dr. Alcides García Lluberes, *Duarte y*

las bellas letras. S.D., 1954, separata de Clío, No. 101, 1954).

—Fué Juan Isidro Pérez, justamente llamado el Ilustre Loco, el más apasionado de los discípulos y amigos de Duarte. Es el prototipo, dominicano, del romántico que no escribió versos, aunque se complacía tanto en recitarlos, aún en los tiempos de su demencia. El encarna, más que todos sus contemporáneos, la sensibilidad de su época. Es, sin llegar al suicidio, el Werther del patriotismo dominicano. Como Werther es incapaz de resistencia y así sucumbe "al peso de su pasión", de su pasión de Patria, sin fuerzas para ahogarla ni posibilidades para satisfacerla. Su vida culmina, pues, en algo más dramático que el suicidio de Werther: la demencia. Porque la enagenación de Juan Isidro Pérez no provino de ninguna lesión fisiológica, sino del derrumbamiento en el hondo abismo a que su espíritu fue precipitado. ¡Qué figura romántica de primer orden, tan adicta a Duarte! Todo el drama de Duarte se reflejó en él, su más vivo espejo. Dios le negó el don de la poesía para darle a su vida todo el acento poético de un drama de Esquilo. Fue un romántico exaltado que sufrió el *delirium tremens* del patriotismo.

Para el conocimiento del origen de la Sociedad secreta La Trinitaria, matriz de la República, véanse las diversas obras consagradas a las numerosas sociedades del mismo género creadas en las antiguas colonias españolas —como la de los Soles y Rayos de Bolívar— y en cuanto a España véanse entre otras, las siguientes:

Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*, y especialmente la Franc-Masonería. Lugo, 1870-1871, 3 vols.; Santiago Valentí Camp y Enrique Massaguer, *Las sectas y las sociedades a través de la historia...*, Barcelona, 193..., 2 vols. y Pedro Zaccone, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas*. Traducida al español, ampliada y anotada por D. Esteban Fernández y Fernández. Madrid, 1879-1880. 2 vols. (Incluye Los Templarios, Los Carbonarios, etc.)

—Para el estudio de la formación romántica de Duarte —de su compenetración con el movimiento ideológico que tendía a ensanchar las fronteras del cosmos humano— véase José Pemartin, *Formación clásica y formación romántica. Ideas sobre la enseñanza*. Madrid, 1924, 236 p.

—Para el conocimiento del ámbito cultural de Barcelona —ámbito de Duarte— véase Guillermo Díaz Plaja, Rubén Darío y Cataluña, en *La Torre*, revista de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, P.R., No. 55-56, enero 1967, p. 181-193. Dice: "Es verdad meridiana que, a lo largo de la historia de la cultura española, Cataluña asume, en plurales circunstancias, una misión captadora de las inquietudes europeas". Duarte, en sus escritos, apenas menciona a Barcelona, sólo una vez —una sola vez que vale por muchas— pero a lo largo de sus escritos y de su vida se advierten los hilos que le atan a la vida catalana.

No hemos visto aún la siguiente obra, cuya consulta arrojará alguna luz sobre la conocida frase de Duarte:

Coroleu (José) y Pella y Forgas (José), *Los Fueros de Cataluña. Descripción comentada de la Constitución Histórica del Principado: sus instituciones Políticas y Administrativas y su libertades tradicionales, con la relación de muchas Revoluciones, Escenas y Anécdotas curiosas. Palabras y hechos notables de catalanes ilustres y el estudio comparativo de esta Constitución parangonada con las Forales de Navarra y las Provincias Vascongadas. Escrita con la ayuda de las colecciones legales, crónicas, documento inéditos de varios archivos y los mejores tratados de los jurisconsultos y publicistas de Cataluña*. Barcelona. 1878; fol. frontis 2h., 770 p., 1 h., 21 láms.

—La investigación de Duarte, hoy en renovada marcha gracias al benemérito Instituto Duartiano, conducirá sin duda con el tiempo a superar los interrogantes formulados a lo largo de estas notas, que ojalá sirvan de incitación y estímulo a otros para que continúen ahondando en el devoto trabajo y descubran filones quizás ahora insospechados.

MARIANO LEBRON SAVINON

LA VIDA DE DUARTE, UNA TRAGEDIA DE ESQUILO

- 1º Una Mansión de dolores.
- 2º Estatura de un héroe.
- 3º La Salud de Duarte.
- 4º Una Tragedia Esquiliana.
- 5º El Cristo de la Libertad.

1.—UNA MANSION DE DOLORES

Carlos Larrazábal Blanco afirma con vehemencia profunda: "No hay en América héroe más puro que Juan Pablo Duarte". Yo, no lo encuentro en la Historia. Fué toda su vida un alto apostolado que lo obligó a arrastrar, con dulzura infinita, con mansedumbre nazarena, los azares de una tragedia digna de Esquilo.

"Mansión de dolores", llamó Emiliano Tejera al desolado hogar de Duarte en Caracas.

Fué su vida toda un gesto de mágico estoicismo, de honda resignación, ante las ingratitudes y el odio insensato que le tocaban con sus ráfagas tremendas.

"Una mansión de dolores" fué el hogar de los Duarte en Santo Domingo.

Su ideal de patria no fué usufructo de su alma; su

corazón fué el cantero donde se cultivó el sentimiento de patria, el sentido de nacionalidad. Pero su casa fué cuna de héroes: lo fué Rosa Duarte, heroína sin par, heredera de las virtudes cívicas de su maravilloso hermano; lo fué su hermana Francisca; lo fué su hermano Vicente Celestino, héroe esquiliano también; lo fué su hermano Manuel, a quien las desgracias abatieron tanto, que hundió su mente en la niebla de la locura. En carta que las hermanas Rosa y Francisca Duarte dirigieran desde Caracas a don Emiliano Tejera, el 10 de febrero de 1885, le dicen:

“Nosotros en todo somos las herederas de todas las contrariedades que a cada instante, como una rémora, Juan Pablo encontraba en su camino, y no exagero ¿usted no lo está mirando?”

Y el 22 de de abril del mismo año, al Maestro, Federico Henríquez y Carvajal:

“.....cubra este papel la gota de hiel que, a nues-nuestro pesar, en lugar de tinta humedeció la pluma”.

2.—ESTATURA DE UN HEROE

La vida de Duarte es un suceder de hechos heroicos y grandes sacrificios. Su padre gozaba de una holgada posición; lo suficiente para labrarle una educación esmerada y forjarle una regalada vida. Pero los Duarte estaban hechos de pasta heroica. En 1828 —apenas contaba quince años—, al cuidado del comerciante hispano Pablo Pujol Chancet, sale rumbo a Europa. Lleva en su mente los rudimentos de una cultura que clamaba por más luz. Santo Domingo gime bajo la bota humillante del haitiano, pero él no ha escuchado aún el grito gemebundo de la patria. Al pasar por París, durante su estada en España, debió empapar su alma con la fragancia de una nueva concepción de la vida; algo que era más que el recato y rezago del ambiente, casi pardal, que le tocara vivir en

el parvo ámbito de su patria esclavizada; esta odoración que le inundó todos los palpos del alma es el romanticismo, que bulle y palpita en el atuendo de la vida europea y que se hinche de pasión. Duarte era un romántico también, no de exaltadas vehemencias como un Lamar-tine o un Espronceda, sino de honda vida interior, como Vigny, melancólico más bien, como si viviera desde el fondo del alma, como decía Larreta de su personaje ideal, el padre Orozco.

A su regreso del extranjero en 1833 (había visitado los Estados Unidos, donde perfeccionó su inglés; Inglaterra, Francia, donde perfeccionó su francés, y España, meta de su educación), y al preguntarle el Dr. Manuel María Valverde qué era lo que más le había llamado la atención y agradado en sus viajes, contestó: "Los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos nosotros un día a nuestra patria". El Dr. Valverde respondió: "En tan magna empresa cuenta con mi cooperación".

Es tal la personalidad que irradia de este joven idealista, que el Dr. Valverde, pese a lo joven que era Duarte, no vacila en ofrecérsele como colaborador. Y es que Juan Pablo Duarte, cuya mansedumbre nazarena destaca el prócer Francisco del Rosario Sánchez, cuando dice que era nuestro Jesús Nazareno, tenía también la fuerza persuasiva de los conductores, el irradiante esplendor del idealista puro.

El 16 de julio, en unión de Juan Isidro Pérez de la Paz, Pedro Alejandrino Pina García, Jacinto de la Concha López, Juan Nepomuceno Ravelo Peña, Félix María Ruiz del Rosario, José María Serra Castro, Benito González Jiménez y Felipe Alfau Bustamante, funda en casa de doña Josefa Antonia Pérez de la Paz (doña Chepita), frente a la iglesia del Carmen, la Sociedad Secreta LA TRINITARIA, cuna de la República. Esta sociedad comienza a trabajar en pro de la magna empresa de la libertad. Crear una República Dominicana libre es su misión. Y cada uno de los trinitarios jura con la propia sangre de su corazón,

fidelidad sempiterna a este ideal, que es el ideal duartiano.

Por boca de los Iscariotes el haitiano atisba la conspiración. Duarte sufre persecuciones y a la hora solemne del grito de independencia él no se encuentra en el país.

Desde entonces la intriga se mueve en torno de su figura limpia. En aquel tiempo cuatro partidos se disputaban la supremacía:

1º Los afrancesados: que no tenían fe en la patria y propugaban el protectorado francés, y a cuya cabeza estaban Buenaventura Báez y José María Caminero.

2º Los haitianizados: serviles y mezquinos que buscaron el aprecio de Boyer y le lamieron la mano al amo, encabezados por Manuel Joaquín del Monte y Tomás Bobadilla.

3º Los españolizados, que pensaban que la República no conservaría su libertad si no se ponía bajo la protección de una potencia Europea, España esta vez.

4º Y los separatistas o duartistas, los cuales luchaban por la independencia total. Su fervor patrio concitaba odios y éstos se reflejaban en su Presidente, cuyo sentido del patriotismo era sólido valladar para sus ambiciosos, cuán ruines proyectos.

Hay un momento triunfal en la vida de este trágico héroe del ideal y de las abnegaciones. Su regreso a la Patria redimida el 15 de marzo de 1844. El relato de Rosa Duarte es asaz conmovedor. Escuchémoslo:

"Serían las siete de la mañana cuando una Comisión de la Junta Central bajó al muelle a recibirlo con la orden de desembarco. Con la Comisión bajaron las tropas, los empleados, el Sr. Arzobispo que fué el primero que al llegar a tierra lo abrazó diciéndole: ¡Salve, Padre de la Patria! Con el Sr. Arzobispo estaban los sacerdotes que tanto lo querían, y, en fin, el pueblo en masa vitoreando al benemérito que había llevado al cabo su magna obra. Al poner pie en tierra el cañón de la Fortaleza lo saludaba con los tiros de ordenanza; todo es conmoción y alegría. Al llegar a la Plaza de Armas, el pueblo y el Ejército lo



En este sitio de la Hamburgo actual se encontraba la casa en donde se hospedó Duarte. En el fondo la iglesia de San Miguel.

proclaman General en Jefe de los Ejércitos de la República y en medio del triunfo más espléndido llega al Palacio del Gobierno. Sabiendo que una palabra sola le bastaba para aniquilar los proyectos ambiciosos de los noveles... republicanos, llega el inexperto joven y ofrece su espada a la Junta que sólo aguardaba sus órdenes. y, en recompensa de su gran desprendimiento, le da el título de General de Brigada; él lo recibe sin hacer alto en nada y todo lo renuncia en favor de sus conciudadanos, cuya unión deseaba para bien de la Patria. Del Palacio de Gobierno se dirigió a su casa: el pueblo y el Ejército lo acompañaban con la Banda Marcial. Su anciana madre, sus hermanas le reciben anegadas en lágrimas, pues su deseada presencia hacía más dolorosa la pérdida del esposo y padre tan querido. Lamentándose su madre de que su padre no presenciara la llegada del más querido de sus hijos, el Pbro. Dr. de Bobadilla entre otras palabras de consuelo le dijo: "Los goces no pueden ser completos en la tierra, y si su esposo viviera sería para Ud. hoy un día de júbilo que sólo se puede disfrutar en el cielo. Dichosa la madre que ha podido dar a la patria un hijo que tanto la honra".

"Ese día tan caramamente pagado no se cerró en su casa la puerta de la calle, pues a más de los que llenaban la casa y la calle en que vivía, en la ciudad, que no se cansaban de abrazarle, verle y oírle, los que vivían en las cercanías, y que la voz del cañón les anunciaba su llegada, acudían en tropel y hasta que no le abrazaban o estrechaban la mano, no se retiraban del medio del concurso, para dar paso a los nuevamente llegados. A las dos de la tarde notó el General Sánchez que las ventanas de Duarte no tenían banderas; pidió unos velos blancos y él mismo formó con ellos unas banderas que colocó en las ventanas con aplausos de todos, diciendo: "Hoy no hay luto en esta casa, no puede haberlo; la Patria está de pláceme, viste de gala, y Don Juan mismo desde el cielo bendice y se goza con tan fausto día".

El 25 de junio La Vega le hace una gran demostración de afecto y el 29 se le recibe en Santiago triunfal-

mente, casi como lo había hecho la Capital. El 10 de julio le pasa lo mismo en Puerto Plata. Es aquí donde el 11 de julio Ramón Mella, en medio de las aclamaciones del pueblo, lo proclama Presidente de la República. A esta manifestación el Apóstol responde con palabras de alta moralidad y ponderación:

“Me habeis dado una prueba inequívoca de vuestro amor y mi corazón agradecido debe dároslo de gratitud. Ella es ardiente como los votos que formo por vuestra felicidad. Sed felices, hijos de Puerto Plata, y mi corazón estará satisfecho aún exonerado del mando que quereis que obtenga; pero sed justos, lo primero, si quereis ser felices. Este es el primer deber del hombre; y sed unidos, y así apagareis la tea de la discordia y vencereis a vuestros enemigos, y la patria será libre y salva. Yo obtendré la mejor recompensa, la única a que aspiro, al veros libres, felices, independientes y tranquilos”.

La ambición se enseñorea y empieza el Via-crucis para el Apóstol y para la legión de héroes que le siguen con fidelidad asombrosa. Santana, inconciente y férreo, de reciedumbre acerina y pedernalicia crueldad, desoye la voz de la obediencia y del deber, abandona su puesto de avanzada en el Sur, y corre a la Capital, iza la bandera de la ambición, raída ya y pisoteada la del ideal; viene con sus feroces e ignorantes hateros, torrado él mismo por el fuego de la cólera insensata, y estremece, con pávidos estertores de angustias, la patria recién nacida. “Se reúnen —dice Rosa Duarte— las tropas en la plaza de Armas y después de una arenga, el primero Abad Alfau, y en seguida otros y otros, gritan: ¡Abajo la Junta! ¡Viva el Gral. Santana, Jefe Supremo del pueblo! La población corría en masa silenciosa a informarse de lo que pasaba. El Presidente de la Junta, Francisco del Rosario Sánchez, y los miembros, Pedro Alejandrino Pina, Juan Isidro Pérez de la Paz (hacía un año que Riviere lo persi-

guiera a muerte; faltaba el que más tarde se le reunió, Duarte), salieron con otros del Palacio Nacional, en medio del tropel de los galos que asaltaban el Capitolio. La ciudad con las amenazas estaba aterrada y todo era confusión, espanto. El pueblo temblaba bajo el imperio del sable". Era el 13 de junio de 1844. Se inician las persecuciones. El hombre fuerte sentaba su férreo poder cesáreo, que se abatía con trágica fuerza inexorable, contra los hombres de la patria. Empieza a funcionar la negra maquinaria del crimen. Clío se ponía, una vez más, la máscara de Melpómene. Duarte, el hombre altivo del Ideal, empezaba, de nuevo, a apurar la cicuta socrática; el rejalgar de la miseria no dará, más nunca, paz a su corazón. "Tan pronto como se recibió la Comisión de Santiago, se reunieron las tropas en la plaza de Armas y se leyó el Manifiesto en que se declaraban traidores a los generales Duarte, Sánchez, Pina y Pérez (que en unión de ellos justamente un año Riviere allanara sus casas, porque eran los que no transigían con la opresión, la mengua, el oprobio, vergüenza y baldón de la Patria "y porque consideraban eran los que podían acaudillar el pueblo y proclamarle Independiente")" (R. Duarte). De ahí en adelante, el ostracismo duro y despiadado. Juan Pablo Duarte es declarado "traidor a la Patria", y, como tal, desterrado a perpetuidad.

El 2 de septiembre llega Duarte a la Capital. Por todas las calles dispersa el tirano tropas para amedrentar a los que osen levantar su voz en defensa del héroe. El Pbro. Dr. José Antonio de Bonilla le ha dicho a la sufrida anciana madre: "Señora, la mano de Dios está sobre vuestra cabeza y sobre vuestra familia; implore su misericordia: Juan Pablo está preso y desembarcará esta tarde. ¡Bienaventurados los que lloran!" Pero el Apóstol, en aquellos momentos, no estaba solo. Contaba con la fe y el amor de sus discípulos. Juan Isidro Pérez viene a morir con él. Es un rasgo de patética hermosura que Rodríguez Demorizi recoge en su libro "Juan Isidro Pérez: el Ilustre Loco", haciéndose eco de su conmovedora su-

blimidad. Por decreto del 22 de agosto, Juan Isidro había sido condenado a exilio y embarcado a St. Thomas en frágil embarcación, y con amenaza de muerte si regresaba al país. En alta mar se enteró de la prisión de Duarte; en su hondo fervor, ese fervor duartiano que florecía en el corazón de todo trinitario, decide retornar a tierra dominicana. El capitán del barco sabe que la vuelta del héroe a su país significa la muerte. Juan Isidro no entiende razones: si Duarte va a morir, él no puede seguir viviendo; así se lo prometió al Maestro, en desgarrante juramento de fidelísima abnegación. Ante la amenaza de tirarse al mar si la nave no torna a puerto dominicano, el capitán lo trae a Puerto Plata. Y allí tiene lugar el encuentro de los dos colosos. Juan Isidro Pérez corre a los brazos de Juan Pablo Duarte y le dice con voz firme: "Sé que vas a morir, y cumpliendo mi juramento, vengo para ir a morir contigo".

Días después salían expulsos para el extranjero los dos patriotas a quienes la protervia acusaba de traidores. En un sencillito Romance el Padre de la Patria recoge la dolorosa impresión de aquel instante:

Era la noche sombría
y de silencio y de calma,
era una noche de oprobio
para la gente de Ozama;
noche de mengua y quebranto
para la patria adorada,
y el recordarla tan sólo
el corazón apesara.
Ocho los míseros eran
que mano aviesa lanzaba
en pos de sus compañeros
hacia la extranjera playa.
Ellos que al nombre de Dios,
Patria y Libertad, se alzarán;
ellos que al pueblo le dieron
la independencia anhelada,

lanzados fueron del suelo
por cuya dicha lucharán;
proscriptos, sí, por traidores
los que de lealtad sobran;
se les miró descender
a la ribera callada,
se les oyó despedirse
y de su voz apagada
yo recogí los acentos
que por el aire vagaban.

Duarte, sin embargo, no tenía odios, ni desprecios. No lo tenía ni siquiera para el haitiano. Sus propias palabras lo demuestran. Cuando le comunica a José María Serra su decisión de libertar la patria de la opresión haitiana, entre otras cosas dice: "Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encuentro luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores, y veo cómo los vence y cómo sale de la triste condición de esclavo para constituirse en nación libre e independiente. Lo reconozco poseedor de dos virtudes eminentes, el amor a la libertad y el valor....."

Estudioso y culto, sacaba ventajas de sus propias desgracias, y en Hamburgo se dedicó a aprender el alemán, idioma que dominó muy pronto. El mismo lo dice:

"Para hacerme comprender se me hizo indispensable aprender el idioma del país y me puse a aprender el alemán con Mr. Chatt, facilitando su aprendizaje la lengua latina que yo poseía. El corto tiempo que pasé en Hamburgo lo empleé bien, pues a más de haber aprendido un idioma que se está haciendo una lengua viva, concluí mi estudio de Geografía Universal".

Además del alemán Duarte hablaba el inglés, el francés y el portugués que aprendió en Venezuela con el Pbro. San Gerví.

“Al fin —dice el propio Duarte— por afecto al virtuoso San Gerví, sacerdote muy ilustrado y que me demostró muy sincera amistad, con él estudié Historia Sagrada y aprendí el portugués”.

Al enterarse en Caracas de que el país estaba en poder de los españoles —vendida su soberanía por los mismos que le llamaron traidor—, su único pensamiento fue regresar a la lucha. Duarte regresa a la patria porque su pobre corazón intranquilo siente en la hondura de su pavor, la secular tragedia de la anexión; pero no obstante sus angustias, sus miserias, sus dolores, el peso de su propia tragedia, es el dolor de los otros lo que conmueve su alma. El mismo lo dice en su carta al poeta Félix María del Monte:

“Ya sabrás cómo fui a Santo Domingo. No podía hacer otra cosa. El grito de agonía del Mártir del Cercado y sus ilustres compañeros fué a herir mis oídos al fondo del Apure, y estaba en mi poder protestar con las armas en la mano contra eso que han llamado Anexión, y vengar a mis compañeros”.

Ya en territorio dominicano, con su habitual humildad, en carta que envía al Gobierno Provisorio de Santiago, desde Guayubín, el 28 de marzo de 1864, ofrece sus servicios, no como líder, mentor o generalísimo, sino como un soldado más, el más oscuro en las filas de los ejércitos libertadores. He aquí párrafos de esa carta:

“Arrojado de mi suelo natal por ese bando parri-cida que, empezando por proscribir a perpetuidad a los fundadores de la República, ha concluido por vender al extranjero la patria, cuya independencia jurara defender, a todo trance; he arrastrado durante veinte años la vida nómada del proscrito sin que la Providencia tuviese a bien realizar la esperanza que siempre se albergó en mi alma, de volver un día al seno de mis conciudadanos, a

consagrar a la defensa de sus derechos políticos, cuanto aún me restase de fuerza y vida.

"Pero sonó la hora de la gran traición en que el Iscariote creyó consumada su obra y sonó también para mí la hora de la vuelta a la Patria.

"El Señor allanó mis caminos y a pesar de cuantas dificultades y riesgos se presentaron a mi marcha, heme aquí con cuatro compañeros más, en este heroico pueblo de Guayubín, dispuesto a correr con vosotros, del modo que lo tengais a bien, todos los azares y viscisitudes que Dios tenga aún reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana, que con tanto denuedo como honra y gloria habeis emprendido".

Todo lo que dice Duarte en esta carta es la expresión del más sincero desprendimiento heroico. En los Apuntes de Rosa Duarte hay pensamientos del Apóstol que muestran con qué pertinacia se aferraba al ideal de Patria, que fué el grande y casi único motivo de su vida. Léase:

"...pues mi pensamiento, mi alma, yo todo, no me pertenecía; mi carísima patria absorbía mi mente, llenaba mi corazón y sólo viviría para ella..."

Duarte estaba fatigado y enfermo. El Gobierno Provisorio decide utilizarlo en una misión diplomática cerca del Gobierno de Venezuela. Renuente al principio, acepta al fin la misión, cuando el periódico cubano "El Diario de la Marina", levanta el infundio de que sólo la ambición desmedida lo llevó a regresar a su patria. El 21 de abril le envía la siguiente carta a Ulises Espaillat, a la sazón al frente del Gobierno Revolucionario:

"...estoy dispuesto a recibir vuestras órdenes si aún me juzgais apto para la consabida comisión, pues si he vuelto a mi patria después de tantos años de ausencia ha sido para servirla con alma, vida

y corazón, siendo cual siempre fui motivo de amor entre los dominicanos, y jamás piedra de escándalo, ni manzana de la discordia”.

Y partió del país para no volver más.

3.—LA SALUD DE DUARTE

No voy a pretender una patografía del Padre de la Patria, pero es fuerza que consignemos que físicamente Duarte era un ser enfermizo, y solamente su recia voluntad prometeica y un muy arraigado ideal, le permitieron su obra gloriosa.

Emilio Rodríguez Demorizi hace una magnífica descripción de la calavera de Duarte que quiero traer aquí:

“El día 11 de noviembre de 1943, 4 pm., tuve la fortuna y el dolor de asistir a uno de los actos más dramáticos que he presenciado: la apertura del nicho en que reposan los restos de Duarte desde 1884, así como de la urna de metal que los guardaba, con el objeto de ser colocados en la urna de plomo en que yacen, desde el 27 de febrero (de 1944) en la Puerta del Conde. Todas las miradas de los allí presentes, en la Capilla de los Inmortales, se concentraron en el cráneo en que fué concebida la idea separatista: algo ennegrecido por la humedad, desprendida la mandíbula inferior, amplia la frente, sobre los parietales se adherían aún algunos mechones de cabello, lacio, encanecido, mustio. La misma oscura pátina envolvía los demás, ya desarticulados por el tiempo. En el mismo acto fué abierta la urna que guardaba los restos de Mella, fallecido en 1864, antes que Duarte, 1876. Sin embargo, los restos de Mella se conservaron mejor: limpios, como recién despojados de la carne. El cráneo, mucho más grande que el de Duarte, casi intacto. Firme la mandíbula, la dentadura completa y sana, hasta los últimos molares, daban la

impresión del hombre vigoroso que fué el héroe de la Puerta de la Misericordia. Allí estaban también los restos de Sánchez, cuya caja permaneció cerrada".

Rosa Duarte apunta que siempre demostró menos edad de la que tenía debido a su débil constitución, y que por esta condición, y por la extrema juventud de los que en 1844 le seguían, le llamaron, a manera de fisga, "revolución de los muchachos", a la que estos propugnaban. Por otra parte, parece que en su primer exilio Duarte hizo un paludismo grave, ya que es fama el que cuando supo en Curazao la muerte de su padre, no pudo hacer el viaje a St. Thomas, donde se encontraban sus amigos y hermanos, porque le atacó "una fiebre cerebral". Siendo muy vago el diagnóstico de "fiebre cerebral" que apunta Rosa Duarte y no habiendo indicio que nos haga deducir lesión meníngea o cerebral, presumiblemente se trataba de una perniciosa palúdica, tesis que se vigoriza por la pertinacia con que le repetían las susodichas fiebres.

En Hamburgo le volvieron a dar las fiebres, las cuales le impidieron embarcarse para St. Thomas con sus compañeros de ostracismo. Incluso cuando salía hacia Hamburgo llevaba las fiebres. "Yo iba enfermo con las calenturas que había traído de Puerto Plata —dice el propio Duarte—. Me apoyaba para poder andar en los brazos de mi hermano Vicente Celestino y su hijo Enrique, desterrado el mismo día a bordo del Ponce, rumbo a la América del Norte, a donde arribaron el 7 de octubre en el puerto de Nueva York. Al ocupar el bote que debía conducirnos al buque, nos hicieron separar, pues los opresores de la patria, para hacer más dolorosa la situación, nos confinaron a distintos puntos". Así enfermo estuvo Duarte zarandeado por el viento y las olas.

De nuevo en 1864 encontramos enfermo de las fiebres al Padre de la Patria. El 25 de marzo de dicho año, ya consumada la Anexión, llega Duarte a Monte Cristi, donde fué recibido con alborozo por uno de los grandes paladines de las huestes restauradoras: el Gral. Benito

Monción. Seguida se dirige a Santiago, asiento del Gobierno Provisorio. El 2 de abril de 1864, sale de Guayubín, a pesar de que está de nuevo enfermo con las fiebres que tanto lo han torturado, e hizo el trayecto abatido por su enfermedad. Este itinerario es demarcado con rigurosa cronología por el poeta y patriota Manuel Rodríguez Objío.

Sus últimos años los pasa errabundo y solo por las selvas de Venezuela, olvidándolo todo, con terribles crisis de arrebatadas nostalgias, enfermo, no ya del cuerpo, sino del alma, y añorando la patria que tanto amó.

4.—UNA TRAGEDIA ESQUILIANA

Duarte fué un Prometeo, sereno y resignado, que por el solo delito de robar el fuego de la libertad para entregárselo a los dominicanos, fué condenado por los jueces del Destino, a que los buitres de la ingratitud le devoraran la entraña del amor. En su tragedia arrebató a todos los que le amaban. Estos sufrieron resignadamente con él, sin quejas acerbadas, sin reproches airados. Ningún creador de conciencias vió más de cerca la ingratitud maltratarle con impávida inconciencia. Crudelísimamente la malevolencia le acosó de continuo. Pero ningún Maestro se sintió tan rodeado de lealtad y cariño como él. Cuando está destinado a muerte, su amigo Juan Isidro Pérez viene a morir con él, y más tarde, el 25 de mayo de 1845, le escribe una carta, llena de angustias por las posibles miserias de su Maestro:

“Vive, Juan Pablo, —le dice— y gloriáte en tu ostracismo y que se gloríe tu santa madre y toda tu honorable familia... Mándame a decir, por Dios, que no se morirán Uds. de inanición: mándamelo a asegurar, porque esta idea me destruye. Nada es sufrir todo género de privaciones, cuando se padece por la patria y con una conciencia tranquila: mándame a asegurar, en tu primera carta, que no perecerán de hambre!...”

Félix María del Monte siente atisbo de dicha cuando tiene noticia del Maestro y amigo ausente:

"Tu carta me consuela; es un bálsamo para mi corazón lacerado. Veo en ella destacarse de relieve la gran figura del amigo y compañero de mis primeros años. Me revelas en ella la magnífica generosidad del verdadero patriota, la abnegación del héroe, la fe del mártir..."

Del amor de Francisco del Rosario Sánchez no cabe la menor duda. Del Monte le dice a Duarte:

"Nuestro digno amigo y compañero Sánchez, que tan cordial y entusiásticamente te amaba, murió con la esperanza de reunirse a tí en la eternidad, y yo tengo la dicha de volver a hallarte en el tiempo: aquél terminó ya su gloriosa misión; la nuestra está incompleta".

Y añade, refiriéndose a Juan F. Soler:

"El virtuoso paisano Soler vertió lágrimas al ver tu carta; nunca ha cesado de recordarte con afecto".

El sabía del amor que inspiraba a aquellos a quienes había abierto su corazón. Sabía que, aunque víctima de los sicarios, de los abyectos fariseos de la política ambiciosa, él estaba en el corazón de su pueblo, del pueblo al que le dió libertades y una altísima lección de civismo.

"Por eso os amo —le dice a los dominicanos que lo son de veras, en un instante de mayor tribulación—, por eso os he amado siempre, porque vosotros no tan sólo me acompañasteis en la Calle de la Amargura, sino que también sufristeis conmigo hasta llegar al Calvario".

No hubo bajezas en su vida ni miseriosas claudicaciones. Alguien le ha reprochado el haber aceptado prematura-

mente la presidencia de la República, cuando el decidido inmortal Ramón Mella la proclama en Santiago. Ni ese reproche es justo. Duarte está absorto en aquel momento de triunfo —el único de su vida— y no sabe qué hacer. La carta que envía desde Santiago a los patriotas de Puerto Plata disipa toda duda. "Sed felices, hijos de Puerto Plata —les dice— y mi corazón estará satisfecho aún exonerado del mando que quereis que obtenga; pero sed justos, lo primero, si quereis ser felices". Sed justos: he aquí el escrúpulo de su conciencia. ¡Qué poca cosa le reprochan! Carlos Larrazábal Blanco apunta al respecto:

"No es el momento de discutir la conveniencia de este movimiento y si fué o no imprudente, pero es bueno advertir que en la Historia las imprudencias y los imprudentes tienen su lugar, son necesarios, y que si el fracaso llega, al menos quedan los conceptos. Bajo el manto de prudencia suelen esconderse juntos cobardías e indiferencia, conformismo y acomodo personal, y mientras tanto... sigue en marcha la procesión. El 4 de julio debía ser fecha de gran júbilo cívico en el Cibao, que demostró ese día y con el hecho de la proclamación, estar dispuesto a seguir al Padre de la Patria en sus ideales, contrario a lo que aconteció en la Capital..."

Joaquín Balaguer, el ensayista de péñola dorada, llamó a Duarte "El Cristo de la Libertad", pero ya antes Francisco del Rosario Sánchez, que, para culminar su vida de glorias, tuvo su Gólgota, había dicho: "Duarte para nosotros se lo merece todo. Es nuestro Jesús Nazareno".

Como el manso Rabí de Nazareth vivió acorralado. La crueldad de Santana y la protervia de Bobadilla, a quien alguien llamó Fouché dominicano y Patín Veloz, con más justeza, "un poderoso hermano terrible" para el Apóstol, sobre él volcaron odios y amarguras. Su arresto en Puerto Plata no provocó en él ningún denuesto, ninguna violenta reacción. "La resignación —dice Balaguer— con

que el Apóstol soportaba aquella prueba, traía maravillado al Capitán y a la tripulación del pequeño barco de guerra. Durante la travesía, mientras el bergantín bordea la línea de la costa, el prisionero contempla el mar y compara el vaivén de las olas con los altibajos de la vida humana". En aquel momento, con un fatalismo doloroso, como Cristo ante el mandato celeste, se entregó a la triste gloria de su destino de amarguras. El ananké batía sus olas polvosas sobre la enhiesta cabeza del héroe. No opuso ninguna resistencia a su arresto. Su actitud fué "pasiva y resignada", como el Mesías en el monte de los Olivos, cuando detuvo los ímpetus agresivos de su discípulo primero, la Piedra. En el destierro es amargo el pan, salobre el agua, agrio el vino. Y el Apóstol de la resignación canta amargado:

Triste es la noche, muy triste
para el pobre marinero
a quien en el Ponto fiero
acosa la tempestad.

Triste es la noche, muy triste
para el infeliz viajero
que en el ignoto sendero
descarrió la oscuridad.

Triste es la noche, muy triste
para el mísero mendigo
que sin pan, tal vez, ni abrigo
maldice la sociedad.

Triste es la noche, muy triste
para el bueno y leal patricio
a quien aguarda el suplicio
que le alzó la iniquidad.

.....

Pero más que la tristeza del simple viajero (él lo ha dicho en su amargo poema), es la de estar lejos de la patria amada, de la patria que casi ha nacido, como macolla

de amor, del cantero del propio corazón atormentado. Por eso dice en su otra canción:

¡Cuán triste, largo y cansado,
cuán angustioso camino
señala el Ente divino
al infeliz desterrado!

Ir por el mundo perdido
a merecer su piedad,
en profunda oscuridad
el horizonte sumido.

Qué triste el verle pasar
tan apacible y sereno,
y saber que allí en su seno
es la mansión del pesar!

El suelo dejar querido
de nuestra infancia testigo,
sin vislumbrar un amigo
de quien decir: "me despido".

Pues cuando en la tempestad
se ve garrear la esperanza
estréllase la mudanza
la nave de la amistad.

Sin andar, ir errabundo
sin encontrar del camino
el triste fin que el destino
le depara aquí en el mundo.

Y recordar y gemir
por no mirar a su lado
algún objeto adorado
a quien: "¿Te acuerdas?", decir,

Llegar a tierra extranjera
sin idea alguna ilusoria,
sin porvenir y sin gloria
sin penates ni bandera.

El Déspota, llevando aún más lejos su encono, decreta la expulsión de la atribulada familia del Mártir: la madre, doña Manuela, anciana y fatigada; las desgraciadas hermanas, Francisca y Rosa, y su hermano Manuel, ya enloquecido. Aquello era monstruoso. El Arzobispo Don Tomás de Portes e Infante, el Pbro. José Antonio Bonilla y Don Francisco Pou, solicitan del Gobierno, revocar orden tan inhumana. La respuesta de Tomás Bobadilla cae pálida y horrisona sobre aquellos generosos: "La orden —dice— no puede ser revocada, porque al Gobierno le consta que las hermanas de Duarte fabricaron balas para la independencia de la patria, y quienes entonces fueron capaces de tal empresa, con más razón no dejarán de arbitrar medios para la vuelta del hermano que lloran ausente".

Duarte pasa de Curazao a Caracas para abrazar a su familia. El cáliz de su amargura rebosa de acíbar implacable. "Perdonadme —dice—, perdonadme —y se le quiebra la voz en el tremar de todas las angustias—, perdonadme el haberos privado de la felicidad que gozábais para sumergiros en un mar de lágrimas". Era tanta su angustia, de tal manera la escarcha del dolor se embozaba en sus ojos, que Rosa Duarte le repuso en un murmullo que era una oración desesperada: "No fuiste tú; fué la negra envidia". Es cuando decide entonces hundirse en el boscoso rumor de la soledad, rumbo al Apure, por las selvas umbrías, donde por luengos doce años deambula solitario, triste, inmerso en el oscuro mar de los dolores, como un Edipo vidente, absorto ante la estrella de su destino. Allí conoció a San Gerví, el sacerdote portugués que le abrió la puerta de la consoladora mansión de la Filosofía. Por él ancló su vida nómada en el Apure, frente a la dulce luz de la consolación. Allí supo la venta de la patria y abandonando el sosiego, se entregó de nuevo a la empresa de su redención. Vino a servirla, no a servirse de ella. Por eso volvió a la selva por veinte años errabundo:

"Una vejez prematura había convertido sus negros

cabellos en escasos mechones grises, en el que asomaban algunos hilos argenteos e impreso en el conjunto de sus facciones el sello de una acentuada decadencia. Parecía encorvado, como si se viese constreñido a vivir soportando un mundo de desencantos y dolores. Amortiguando el brillo de sus ojos de rara expresión; pálidas y hundidas las mejillas; lacios y caídos los mostachos, todo en su rostro denunciaba una intensa expresión de cansancio, de intenso desaliento... Hablaba con lentitud, como si las palabras se desprendieran lentamente de sus labios, fijándose poco en su interlocutor; como si su pensamiento vagase por mundos lejanos, conversando con seres invisibles o buscando en un punto del espacio, cosas ajenas al momento presente... Parecía un alma amenazada de inminente extinción, que, por un instante, se rejuvenecía, cobraba vida y calor al contacto con las cosas exteriores..."

La miseria acababa con su vida, minaba su salud. Su casa era "mansión de dolores". Al fin cayó enfermo con impiadoso padecimiento de un año. Su agonía era larga: noches desoladas con los ojos insomnes esperando de la patria que él creara, un gesto de amor o de conmiseración; días de dilatadas angustias, de delirios informes; días de duro pan y de hambre. Hasta que alguien en la lejana patria se acordó de él. El entonces presidente de la nación, el ciudadano Ulises Espaillat, héroe cívico con levadura de apóstol, le escribe a las hermanas del Padre de la Patria:

"Uno de mis primeros pensamientos al llegar a la presidencia, fué el de llamar la atención nacional sobre la suerte del mártir del patriotismo".

Pero ya era tarde. La piedad del Destino puso fin a aquella vida de tribulaciones. El sábado 15 de julio de 1876, cerró los ojos para siempre, tras su postrer suspiro,

lejos de su patria (en la ciudad de Santiago de León de Caracas), el Fundador de la República Dominicana, hijo del dolor, poniendo fin a una tragedia que Esquilo no llegó a escribir.

5.—EL CRISTO DE LA LIBERTAD

Eso fué Juan Pablo Duarte. Si me fuera dable envolver su figura bellísima en un manto de nieblas místicas, perdería lo que tiene de hombre su recuerdo, y pasaría raudo, como ser de leyenda, por la estancia serena de la santidad. Pero fué más que todo hombre, valentísimo, y aunque lo urgió la fe en el porvenir —escultor de su vida— la hizo manantial purísimo de ideales y hontanar de amor, y ante el espectáculo asolador de la patria esclavizada, la apretó y la hizo viviente en el ancho recinto de su alma, poniéndola a palpar con afán de libertades, a la generosa refacción de su palabra apostólica. Por eso si lo queremos encontrar ahora, a tal distancia de su vida mortal, eterno ya, hemos de buscarlo en los Campos Elíseos, en diálogo estupendo con José Martí, su hermano en el ideal de libertad.

Generosamente, con gálibo genial, entregó a la patria la rosa enhiesta de su alma perfumada, cual el pequeño insecto que el díptero entrega galantemente a su hembra, como regalo de boda, envuelto a veces en el pétalo de una flor.

Entregó el sacrificio de su vida, de su fortuna, de sus amores, sin exigir nada, sin esperar nada, como holocausto total de todo un ser a una obra magnífica, dando un ejemplo impar, que no ha de repetirse. ¡Y luego dirán que no hay Cristos en la tierra! Ejemplo igual no se encuentra en la Historia a no ser el desprendido gesto de San Martín, quien para acallar las voces de la discordia y las vociferaciones de la ambición, dejó atrás la tierra de sus amores, y fué a terminar sus días, casi olvidado, en el solitario refugio de Boulogne-sur-Mer.

Duarte no impuso su personalidad avasallante sobre los escombros de la demagogia, no hizo de sus prédicas

un montón de vanas parlerías; porque henchía su palabra de fe y la encendía con la luz de la prédica alentadora, pudo también llenar de ideales a los trinitarios, que le seguían, como apóstoles nuevos de un nuevo Cristo. No veremos en la Historia, a menos que nos remontemos a algunos de los sagrados clanes bíblicos, un conglomerado de hombres como estos febreristas, aglutinados de igual manera por el ideal y el amor. Cuando la historia de los trinitarios se escriba con exhaustiva prolijidad, miríadas de lectores absortos se deleitarán ante el espectáculo de las crecientes marejadas de un credo, casi místico, de patria, prendido en tantos corazones generosos. Entre esos titanes formidables que forjaron la República Dominicana, en la fragua tormentosa de febrero, fué Juan Pablo Duarte —el hombre de mirada serena y mélica expresión—, como un dios. El Cristo de la Libertad.

Quiso ser en su patria lo que Matatías en Israel. No un Isaías, tronante como Zeus, a cuya voz se incendiaban las zarzas, estremecían los montes y crujían las arenas del desierto; porque si hubo un milagro que su empeño taumaturgo pudo alumbrar, fué el de provocar, con su sólo presencia, sed de patria, como la mancha roja de la gaviota estimula el hambre de sus polluelos.

Y como no quiso ser entre los suyos piedra de escándalo, ni vivero de ambiciones mal nacidas, se hizo un expatriado sempiterno, hundiendo en el anonimato de una selva venezolana su desgarrante nostalgia.

Y así murió, lejos de la cuna de sus glorias, contemplando en su postrera hora, al par que su bandera, el lacrimario ilusorio de la saudade.

Grande entre los grandes; puro entre los puros, su Ideario político es un Catecismo. No buscó prebendas ni las dió. Ni se contaminó en el fangal de las pasiones políticas, ni le cobró a la patria su fortuna empeñada en la lucha. Le dió la espalda al oro corruptor cuando su mancillado amarillo brilló en la merca de la nacionalidad; como el cielo cayó hecho girón de luz en la tranquilidad del iris de sus ojos, volvió sus ojos al cielo, en un tímido

adiós desesperado, cuando la falacia taladró sus carnes en el enmalezado otero de la calumnia. Fué la misma patria estremecida quien le envolvió en su beso cuando cubrió el regazo de la gleba sus sagrados restos. Porque él pudo decir en el dintel de su sueño de vida: "Mientras tuve un aliento de existencia, nunca en mis manos se empañó la aurora de la Patria, ni profané su bandera, ni hice sucumbir la Libertad."

Septiembre de 1968.

B I B L I O G R A F I A

- ALFAU DURAN, Vetilio.—"Ideario de Duarte". Imp. San Francisco. 1953.
- BALAGUER, Joaquín.—"El Cristo de la Libertad". Ed. Americalee. 1950. Buenos Aires.
- DUARTE, Rosa.—"Apuntes para la Historia de la Isla de Santo Domingo y para la Biografía del General Dominicano Juan Pablo Duarte". Rev. Clío. Año XII. Enero-Junio. No. 62-64. 1944. Santo Domingo.
- GARCIA LLUBERES, Alcides.—"Duarte y las Bellas Letras". Rev. Clío. No. 101. Octubre-Diciembre. 1954. Santo Domingo.
- LARRAZABAL BLANCO, Carlos.—"Archivo de Duarte". Rev. Clío. Año XII. Enero-Julio No. 62-64. 1944. Santo Domingo.
- LOPEZ, José Ramón. — "Juan Pablo Duarte". Ensayo Biográfico. Rev. de Educación. Tercera Epoca. Marzo 30 de 1919. Año I. No. 2. Santo Domingo.
- LUGO LOVATON, Ramón.—"Sánchez". 2 Vol. Biblioteca Dominicana. Ed. Montalvo. 1948. Santo Domingo.
- PATIN VELOZ, Enrique.—"El Sentido Masónico de la Vida y la Obra de Duarte" Colecc. Renacimiento. Lib. Dominicana. 1956. Santo Domingo.
- RODRIGUEZ DEMORIZI, Emilio. — "Apuntes de Rosa Duarte". Rev. Clío. Año XII. Enero-Junio. No. 62-64. 1944. Santo Domingo.
- RODRIGUEZ DEMORIZI, Emilio. — "Juan Isidro Pérez.

El Ilustre Loco" (2ª Ed.) Ed. Montalvo. 1964. Santo Domingo.

RODRIGUEZ OBJIO, Manuel.—"Relaciones". Archivo General de la Nación. Cita de E. Rodríguez Demorizi.

TEJERA, Emiliano.—"Monumento a Duarte" Exposición al Congreso.

TRONCOSO SANCHEZ, Pedro.—"Facetas Dinámicas de la Vida de Duarte".—Imp. de la Junta Central Electoral. Santo Domingo. 1967.

VERGES VIDAL, Pedro L.—"Duarte. Vida y Obra del Fundador de la República Dominicana". Ed. El Caribe. 1966. Santo Domingo.

DUARTE Y EL TEATRO DE LOS TRINITARIOS

Por Emilio Rodríguez Demorizi
(del Instituto Duartiano)

En nuestro libro **Juan Isidro Pérez, el ilustre loco**, le dedicamos un capítulo al célebre teatro de los trinitarios, fundadores de la República, basado en las referencias de José María Serra, de García, de Penson y de Félix María Del Monte.

Allí aludimos a las piezas de teatro representadas por los jóvenes duartistas, seguramente traídas por Duarte de Barcelona, donde las vería representar: **Bruto o Roma libre**, de Alfieri; **La Viuda de Padilla**, de Martínez de la Rosa, y **Un día del año 23 en Cádiz**, de Eugenio de Ochoa. Refiriéndonos a ésta decíamos:

“En la última escena de **Un día del año 23 en Cádiz**, el Edecán del Capitán General se presenta de orden superior al Director de la Sociedad y le intima la presentación de la pieza dramática, a fin de cerciorarse de si constaba en ella un tendencioso concepto estrepitosamente aplaudido por el público dominicano:

“¡Me quiere llevar el diablo cuando me piden pan y me lo piden en francés!

“Atacar lo francés, lo que no es español, es un modo de atacar lo haitiano. En pugna las dos lenguas, la francesa, que es la del dominador, es símbolo del oscuro y

odiado predominio; la española, la de los trinitarios, signo y distintivo de libertad. Así despierta el amor patrio en el aletargado espíritu de los dominicanos”.

Al escribir esa página no conocíamos la pieza de Ochoa, en la que realmente existe la frase conservada por la tradición, aunque modificada por la dilatada transmisión oral, de 1843 a fines del siglo, en que escribieron Serra y Del Monte, miembros de la Benemérita Sociedad La Filantrópica, continuación de La Trinitaria.

La frase de Ochoa, según el texto que tenemos a la vista, de 1835, es la siguiente:

“A nadie le puede gustar ver su pueblo lleno de gentes que arman un quirigai y las echan de amos y... yo mismo, sin ir más lejos, cuando veo tantas bocas que piden pan y no lo piden en español, me da un gusto como si me escaldaran”.

La obra de Ochoa, no obstante su pobreza literaria, contribuyó a estimular el patriotismo dominicano en los gloriosos días de las actividades trinitarias que culminaron en la proclamación de la República. Ello basta para justificar su reproducción. Con patriótica satisfacción la realizamos, no sin el pesar de que este apunte preliminar sea tan breve y rápido. Pero ya trataremos el tema con mayor amplitud en nuestro libro *El teatro en Santo Domingo*, pronto quizás camino de la imprenta.

Entre los principales actores de la Filantrópica se contaron Luis Betances, Pedro Antonio Bobea y Félix María Del Monte. En unas notas manuscritas de C. N. Pen-son, que conservamos, hay estas curiosas noticias del Teatro de los Trinitarios:

“Las representaciones teatrales se verificaban en el edificio conocido con el nombre de la Cárcel Vieja, en la plaza principal, a fin de levantar el espíritu público y reunir recursos para comprar municiones y pagar emisarios etc. Los papeles se repartían autoritariamente y se decía a cada uno cómo era el traje de cada representación

para que lo costease. Si sobraban boletinos, se repartían a los asociados, quienes tenían que pagarlos para que llevarsen a sus familias: cuando no sobraban tenían que conformarse con no llevar a nadie. Duarte, por el defecto de la inclinación de su nariz, no podía representar pero decía que debía hacer algo, y se ponía a servir de apuntador, a fin de ahorrar los ocho pesos que costaba el apunte. Una vez debía representar una pieza en que aparecía una fuente, y después de mucho mirarlo y remirarlo, no tuvieron más remedio que disponer una pipa adentro y recoger el agua que caía, rellenando con ella la pipa. Dos de ellos... se encargaron de la pesada tarea (el patriotismo no vacilaba ni en esto), y durante toda la representación estuvieron trasegando agua. Mientras tanto, Duarte, que apuntaba, salió de su concha diciendo que estaba mojado de sudor y del agua que se echaba en la pipa (*).

A continuación se reproduce, pues, el drama de Eugenio de Ochoa, representado por los trinitarios hacia 1843, siendo Juan Pablo Duarte, seguramente, como lo era habitualmente, el apuntador:

(*) Como se sabe, el Teatro de los Trinitarios tenía por asiento el vetusto edificio conocido por la Cárcel Vieja, —junto a la Casa de Borgella, frente a la Plaza de Armas, hoy Parque de Colón—, luego local de la Sociedad Amigos del País, tribuna de José Martí en 1892; más tarde Comisaría Municipal; asiento de la Cámara de Diputados; y hoy oficina pública. Fué Cuartel en tiempos de Boyer. "Las representaciones teatrales eran de la Sociedad Filantrópica: bajo ese nombre ocultaban sus fines patrióticos", según referencia de don Félix M. Del Monte que nos transmitió su amigo don Federico Henríquez y Carvajal, en una de nuestras frecuentes conversaciones. (Apuntes del 12 de agosto de 1936).

En la Filantrópica "se daban comedias en francés, a veces. En una comedia Pedro Antonio Bobea repitió varias veces la frase Liberté, liberté; Sans liberté, on'est pas vif! El Comisario haitiano hizo interrumpir la representación. Se le mostró el libreto y efectivamente había allí la frase. El Comisario permitió continuar diciendo que tomaría sus medidas para que eso no se repitiera. Causó alarma y sensación". (Referencia de F. M. Del Monte a don Federico).

UN DIA DEL AÑO 1823

Drama original en dos actos, por Don Eugenio de Ochoa
(1815-1823)

.....“Pero el campo del liberalismo y del patriotismo es anchuroso, y no somos nosotros de los que desean reducir sus límites. Fuera de ellos debe de ser considerado en verdad quien aboga doctrinas de persecución y despotismo... Ni aún a los que están fuera de dichos límites miramos como criminales si pelean a buena ley y con armas no prohibidas”.

Don Antonio Alcalá Galiano.

(19 de julio 1835.—Revista Española)

Hace un mes, poco más o menos, leyó el autor de este drama en la Revista Española estas pocas palabras: cuatro días después, estaba compuesto y dado al teatro “UN DIA DEL AÑO 1823”. Porque en efecto, en estas filosóficas y nobles palabras se encierra, para todo el que sepa entenderlas, una gran verdad moral tan aplicable a los efectos dramáticos, como a la situación presente de nuestra desgraciada patria. Creyó el autor de este drama, que, mientras en todas partes sólo resuenan gritos de rencor y de venganza, era acción digna de un buen español derramar algún bálsamo de paz en medio de tanta exasperación; y acción digna de un poeta que sabe comprender la independencia del arte, presentar en la escena un asunto de circunstancias en que ni se adulase a los vencedores ni se insultase cobardemente a los vencidos.

Tal ha sido su objeto con toda franqueza lo declara; y sea cual fuere el desempeño de su obra (cosa que no le toca discutir), el que escribe estas líneas tiene motivos para creer que el público de Madrid ha comprendido su idea y simpatizado tal vez con sus sentimientos. Muy dulce es para él esta recompensa de sus fatigas; pero lo es mucho más la aprobación íntima de su conciencia de ciudadano y de poeta.

PERSONAJES

EDUARDO D. J. Romea
RICARDO D. D. Fabiani
CARLOS D. F. Romea

sus hijos

LEONOR D^a V. Martín
UN OFICIAL D. N. Lombia
SOLDADOS

La escena es en Cádiz, en casa de D. Ricardo

ACTO PRIMERO

Habitación decentemente amueblada. — En el foro una puerta, y otra a la derecha del espectador. — Un balcón a la izquierda. — Es de día

ESCENA PRIMERA

DON RICARDO con una carta en la mano. — LEONOR bordando.

Ric.—Ya lo has oído Leonor: el miércoles salió de Sevilla agregado a un regimiento francés; con que es muy probable que hoy llegue a Cádiz.

Leon.—¡Ojalá!

Ric.—¡Qué gusto! ¡Si vieras que ganas tengo de verle. ¡Pobre Carlos! Dos años hace que se fue, y para un padre ausente de su hijo, dos años son una eternidad. ¡Vendrá hecho un mocetón! Ya se ve... las fatigas... las marchas... las contramarchas... las acciones... ¡Qué! Si ay me parece que le veo llegar hecho un Cid, con más bigotes que un veterano, y con más...

Leon.—Seguramente: estará muy guapo: siempre lo fué.

Ric.—Y sobre todo, en su pecho cubierto de nobles cic-

trices, en su pecho de veinte años, brillará tal vez la insignia de los leales.

Leon.—Sí: puede que los franceses le hayan hecho merced de la flor de Lis. (Con ironía).

Ric.—¡Qué más quisiera él! ¡La flor de Lis! ¡Es toda una flor y toda una cruz la flor de Lis! Si yo la tuviera, ni para dormir me la quitaría.

Leon.—¡Qué! no se atrevería V. a ponérsela.

Ric.—¡Cómo qué... ¿Y por qué? ¿No me pongo otras?

Leon.—Que valen más, ¿no es verdad?

Ric.—¡Pues ya se vé!

Leon.—Lo creo; lo mismo le sucede a todas.

Ric.—Mira, si no moderas tu lenguaje sedicioso, a todos nos perjudicas; a todos, ¿lo entiendes? Es decir, que no sólo a tí, y a mí y a tu hermano... sino a todos.

Leon.—¿Qué quiere V. decir con eso, papá?

Ric.—Nada, nada; excusas hacerte la tonta, porque sé que me has entendido.

Leon.—Sí; ahora entiendo. (Con tristeza) lo que V. ha querido decir; pero ¿merecía yo de V. semejante sospecha? ¿Puede interesarme nadie en el mundo más que mi padre y mi hermano?

Ric.—Ya sé yo muy bien que tú no eres capaz... Yo se lo perdonaría a tus pocos años. Hoy es el día de la victoria; hoy debe ser el día del perdón.

Leon.—Sí, esas son sus ideas de V., papá.

Ric.—Ideas dignas de todo buen español, de todo amante de su Rey y Religión.

Leon.—Si así fuera, ellas solas bastarían para curar en poco tiempo las llagas de nuestra pobre España. Pero, de buena fé, papá, ¿cree V. que esas ideas sean las de los vencedores del día? ¿Cree V. que la indulgencia, el perdón, serán la divisa del nuevo gobierno? (Se levanta).

Ric.—Tal vez... a mí no me toca matarme...

Leon.—No: V. no lo cree; V. no puede creerlo. Conoce V. demasiado el carácter reconroso, cruel, de nuestros vencedores.

Ric.—De nuestros libertadores.

Leon.—Libertadores, vencedores, ¿qué más dá? pues han tenido que vencernos, para libertarnos. Pero sea V. franco ¿cree V. en efecto que esas sean sus ideas? ¿Le parece a V. posible que lo sean?

Ric.—¿Y por qué no?

Leon.—Pues si eso fuera así, como V. dice que cree, ¿tendrían que abandonar su patria millares de españoles? ¿Veríamos cubierto el suelo de nuestra nación de soldados extranjeros?... De libertadores, como V. dice? Y en fin ¿tendría que andar errante, proscrito, condenado a una muerte ignominiosa, digna sólo de los traidores a su patria, quien?... V. sabe muy bien de quien hablo.

Ric.—Pues... como si lo viera... de Eduardo.

Leon.—Sí, digámoslo de una vez: hablo de Eduardo, de ese joven tan desgraciado como poco digno de serlo; de ese joven valiente, generoso, que, en recompensa de haberlo sacrificado todo por la patria, de haber derramado por ella hasta la última gota de su sangre, se halla condenado a muerte... ¡por nuestros libertadores! De Eduardo, a quien V. mismo, a pesar de ser su enemigo en opiniones públicas, vencido por una gratitud, que debe ser eterna... ¡eterna, sí!... porque le debe V. la vida de su hijo; por el ascendiente de sus virtudes, por su generosidad, por su patriotismo, tiene oculto en su casa para libertarle de la cuchilla de... ¡de nuestros libertadores!

Ric.—¡Calla, imprudente!

Leon.—Esta es la verdad, padre mío, esta es la verdad.

Ric.—No señor, no es la verdad.

Leon.—V. sabe muy bien que sí.

Ric.—Pues aunque lo sea, tú no debes decirlo.

Leon.—Tiene V. razón: no están los tiempos para decir verdades.

Ric.—Pues sería bueno que cualquiera pelagatos tuviera derecho para decir...

Leon.—¿La verdad?

Ric.—¡Muchacha!... (Es el mismo diablo esta muchacha... ¡tiene un carácter más firme!... como yo).

Leon.—¿Pero no tengo razón en eso que decía?

Ric.—¿Qué?...

Leon.—¿De Eduardo?

Ric.—Un tarambana, un alborota-pueblos, un botarate, que me ha dado más disgustos con sus calaveradas...

Leon.—Que salvó la vida a nuestro hijo aún no hace un año; a mi hermano, que de rebelde ha ascendido a libertador.

Ric.—¡Ya se vé!... un muchacho de algún talento... abandonado a sí mismo... sin tener quien le dé buenos consejos... No es extraño que al pobre le hayan infatuado con esas ideas tontas... Y luego... su padre... otro calavera como él, otro alborotador, sin pizca de religión. ¿Qué había de resultar? El padre va caminando hacia Inglaterra por esos mares de Dios, sin una peseta en el bolsillo, y con lo puesto. El hijo... ¡Pobre muchacho!

Leon.—¿Pues no quiso don Félix tomar nada de Ud.?

Ric.—¿Qué! si tiene más vanidad que don Rodrigo en la horca. ¡Pobre amigo mío! Hasta creo que me aborrece, porque no soy un tragalista como él. (Enternecido).

Leon.—¿Se oyó V. alguna vez cantar el trágala?

Ric.—No: pero todos ellos son unos tragalistas. Cuando vino a Cádiz, se lo dije. "Mira, Félix, que esto va a acabar mal para vosotros: ponte bien con los que tanto has ofendido". No quiso. "Pues vete fuera de España antes de comprometerte más. Si no tienes dinero, yo te lo daré... ¿no somos amigos antiguos, verdaderos? Toma, toma". —Nada, a la otra puerta. Pues, señor, ¿tengo yo la culpa? ¿Podía yo hacer más? Pues el ingrato... llega a Gibraltar y ni aun me pone dos letras. Sé por un amigo que se embarca para Inglaterra, y ni siquiera es para decirme: —"A Dios, Ricardo, a Dios: tuyo hasta la muerte, Félix". (Lloriqueando.—Un breve rato de silencio). Pues como te lo digo... Estoy seguro, de que va enfadado con-

migo. Por eso... lo he dicho mil veces ¡malditas sean las guerras civiles, las guerras entre hermanos! ¡Malditas sean las ideas!...

Leon.—Pues yo me acuerdo que el día que salió don Félix para Gibraltar, se abrazaron ustedes con tanta ternura!...

Ric.—Sí; yo también me acuerdo. ¡Pobre Félix! Toda mi vida tendré presente el momento que nos separamos: las últimas palabras que me dijo, estarán eternamente grabadas en mi corazón.

Leon.—Sus últimas palabras fueron para recomendaros su pobre hijo Eduardo.

Ric.—Y tú has visto, Leonor, si he cumplido su recomendación. Ese muchacho, después de haberse hecho famoso en toda España con sus calaveradas liberalescas, llega a Cádiz, resuelto como él dice, a defender hasta en sus últimas trincheras, eso que los de su partido, llaman derecho del pueblo. Continúa aquí haciendo de las suyas; batiéndose contra el gobierno legítimo como un león, porque lo que es eso, sí; el muchacho es pundonoroso y valiente si los hay; en lo bueno y en lo malo, todo a su padre.

Leon.—¡Y en lo malo!

Ric.—Pues como digo: llega a Cádiz; hace tales cosas, que... ya se vé... era preciso... y luego... su padre fué diputado... ¡y de los que votaron!... ¿Qué había de resultar? Entra el ejército libertador, como debía de suceder naturalmente: buscan a los cabecillas, y el primerito a quien toman en boca, ¿a quién había de ser? a Eduardo. Le propongo que siga el ejemplo de su padre, y se vaya bendito de Dios: le proporciono los medios para hacerlo; pero el chico dice que no; porque espera ¡buenas esperanzas! Cuando ELLA vuelva, que me la claven en la frente. El muchacho se obstina; le doy un asilo en mi casa; pues, señor, ¿qué más podía yo hacer?

León.—Sí, papá: su corazón de usted es excelente.

Ric.—Pues ya se vé que lo es. Nadie, nadie,... es que nadie ha sabido que le tengo en casa, ni lo sabrá.

Leon.—Puede que todavía tuvieran corazón para prenderle... ¡enfermo, débil, cubierto de honrosas heridas!

Ric.—¿Pero qué quieres, mujer? Tú no reflexionas. Un chico que ha alborotado a Madrid y a Cádiz y a... que todavía se las está jurando a todo el mundo... y sobre todo lo que te digo... hijo de un diputado... ¡y de los que votaron!

Leon.—¿Y han de pagar los hijos las culpas de los padres?

Ric.—No señor; pero las tuyas propias, sí; eso es de todo buen gobierno.

Leon.—¿Cuáles son sus culpas? ¿Haber sido fiel a todos sus juramentos? ¿Haber defendido con las armas en la mano la libertad de su nación? ¿Haberse negado a rendir la espada a un general extranjero? porque al fin, nuestros libertadores serán... todo lo que usted quiera... pero no son españoles.

Ric.—¡Jesús y qué entusiasmo por un trasto! Dí que le quieres, y que el amor...

Leon.—¡El amor!... no, eso no; no es el amor, sino la justicia.

Ric.—El amor... sí, el amor. (Reclamando).

Leon.—Pues bien; será lo que usted quiera.

Ric.—Tú te has imaginado que porque soy amigo de su padre, porque quiero al chico y porque soy así... naturalmente bonachón... ¿vas a hacer de mí lo que quieras? Pues no... no... Para amigo, santo y bueno; pero jamás entrará en mi familia un rebelde.

Leon.—Bien.

Ric.—Es que ya te he dicho que no... ¿estás?... y que es menester que renuncies a esa idea enteramente.

Leon.—Bien, papá: haré lo que usted quiera. (Enjugándose las lágrimas con su pañuelo).

Ric.—¿Lloras? ¡Pobre muchacha! Pero no, no: firmeza, valor; al fin es un rebelde). ¡Ojalá! (Haciendo el enfadado). Todavía sigue llorando, y yo que no puedo verla triste, sin ponerme así... hecho un marica...

Nada, nada: en estos casos, lo mejor es irme; porque si no, hacen de mí lo que quieren). (Da la una). ¡La una! —Pues, señor, vamos por ahí a dar una vueltecilla... a recoger noticias. Chica, sácame el sombrero y el bastón. (Váse Leonor). ¡Esta muchacha... me temo que nos ha de dar un disgusto.

ESCENA SEGUNDA

DON RICARDO. — EDUARDO, por la puerta de la izquierda, descolorido y enfermizo. — Luego Leonor.

Eduar.—Al fin, ¿recibió usted carta de Carlos?

Ric. Hace un rato.

Eduar.—¿cuándo llega?

Ric.—Hoy probablemente, y ahora voy a saber la hora.

Eduar.—¡Hoy llega!... A lo menos tendré el consuelo de estrecharle entre mis brazos antes de morir.

Ric.—¿Y por qué te has de morir? Un muchacho más alto que un jayan y más robusto...

Eduar.—Lo fuí. Pero he derramado tanta sangre, don Ricardo, que ya apenas tengo fuerzas para sostenerme. Puede que mi vida no alcance siquiera hasta la resurrección de nuestra libertad.

Ric.—¡Oh! lo que es eso, ni aun la de tus nietos; porque sólo los dioses resucitan.

Eduar.—Y la libertad, ¿no lo ve?

Ric.—¡Bah! ¡Botaratadas! ¡Eh! (A Leonor que sale). Trae, trae. (Se pone el sombrero y toma el bastón). Vamos a ver qué novedades corren. Tú, Eduardo, prudencia, discreción: ya sabes que te va el pellejo nada menos. Y tú, Leonor, no olvides lo que tengo dicho. Ningún rebelde. Adiós.

ESCENA TERCERA

LEONOR — EDUARDO

Eduar.—¿También usted se va, Leonor? ¿Huye V. de mí, por ventura?

Leon.—No: me quedaré si V. lo desea.

Eduar.—Es que soy tan desgraciado, amiga mía, que la menor señal de indiferencia en las pocas personas que aun me conservan algún cariño, me despedaza el corazón. No lo extrañe V. Leonor, no lo atribuya V. a un orgullo mal entendido, pero me parece una injusticia que estas personas no me remuneren con su afecto del odio injusto que pesa sobre mí. ¡Son tantos los que me aborrecen!

Leon.—Sí; ya lo sé. ¡Pobre Eduardo!

Eduar.—(Se sienta en un confidente que habrá a la derecha del espectador: Leonor le escucha apoyada en el respaldo) ¡Oh! vivimos en unos tiempos bien aciagos, amiga mía; en una época de lágrimas y de desesperación. Los nombres de patria libertad, honor nacional, tan dulces para el corazón de todos los buenos, están proscritos como palabras infames. Sobre ellos, sobre todos los que osen pronunciarlos, pesa un horrible anatema.

Leon.—¡Sí; es verdad!

Eduar.—Por todas partes renacen los antiguos abusos: las prisiones resuenan con hondos quejidos por bocas españolas: los campos, las ciudades, los cadalsos humean con sangre española. Los rencores, las persecuciones, todas las plagas de la guerra civil han cubierto con un velo funeral esta desgraciada nación. El sol de prosperidad que empieza a brillar para nosotros, se ha eclipsado con su aurora: doquiera que se dirijan nuestros ojos, sólo encuentran horror, tinieblas, desolación. ¡Leonor, Leonor! ¿qué será de nuestra pobre España? (Se levanta).

Leon.—Por Dios, Eduardo, serénese V. ese estado de exaltación continua en que V. se halla, no puede menos de ser muy perjudicial a su quebrantada salud.

Eduar.—(Se sienta). En efecto; yo ya no sirvo más que para lamentarme como una mujer; para llorar los infortunios de la patria, sin poder remediarlos; además yo solo ¿qué podría hacer?

Leon.—V. ha cumplido ya en toda su extensión, sus deberes de ciudadano. En la flor de la vida ha derramado V. su sangre por la patria... pues bien; ¿esta convicción profunda no debe servir de gran consuelo en los infortunios, Eduardo?

Eduar.—¡Oh! esas palabras son un bálsamo de vida para mi corazón.

Leon.—A lo menos, deben servir para que V. se tranquilice.

Eduar.—Mire V., amiga mía; el cielo sabe que ahora y siempre hablaré con V. como hablaría delante del tribunal de Dios. Aunque todavía soy joven, muy joven—aunque todavía me hallo en la edad del candor, de la buena fe; sin embargo, son tantos los desengaños que he sufrido en esta vida, que nadie tendría ya bastante confianza para revelarme mis más íntimos pensamientos, los secretos más profundos de mi corazón. Pero en V. la tengo, Leonor. V. es un ángel enviado por el cielo para sembrar de flores lo poco que aún me falta que recorrer en la senda de la vida.

Leon.—¡Siempre ideas de muerte! ¿Por qué?

Eduar.—La he visto tantas veces y tan cerca, que no es extraño haya llegado a familiarizarme con ella.

Leon.—Bien: pero esas ideas se irán disipando con el tiempo.

Eduar.—¡Jamás! Han echado en mi alma raíces harto profundas, Leonor: he sufrido demasiado para conformarme a vivir mucho tiempo. Además, los dolores del cuerpo y los dolores aun más agudos del alma, me anuncian que se acerca el término de mi vida.

Leon.—¿Tiene V. algún remordimiento, por ventura? ¿Está V. descontento de sí mismo?

Eduar.—¡No: lo juro! A V. sola puedo decírselo, amiga mía; pero cuando pienso en lo que he sufrido, creo sinceramente que pocos hombres han hecho por su patria tanto como yo. Por eso también, pocos hay tan desgraciados como yo. Este es el mundo, Leonor; esta es mi suerte.

Leon.—Pero ese infortunio pasará pronto, y el consuelo de haber cumplido todos vuestros deberes será eterno.

Eduar.—También lo serán las amargas sensaciones que han dejado en mí los tristes sucesos de mi vida. Uno sobre todo —jamás, jamás se borrará de mi mente su fatal memoria.

Leon.—Ya sé de qué suceso habla V., Eduardo, y me aflige que lo recuerde ahora para aumentar sus pesares. Siempre es doloroso separarse de un padre querido; pero a lo menos sabe V. que está en seguridad.

Eduar.—(Pensativo y levantándose lentamente). Sí: me acordaré toda mi vida; estábamos solos en la playa; él, disfrazado de marinero, fijando en la arena sus ojos húmedos de lágrimas; un bote que debía conducirlo a Gibraltar, le esperaba amarrado en la costa. Estaba el cielo cubierto de estrellas y a lo lejos resonaba el tiroteo de los sitiadores y el estruendo de las bombas que caían sobre la ciudad. Cuando llegó el momento de la separación —momento terrible, ¡Leonor! una mortal palidez, por la triste claridad de la luna, cubría el rostro de mi padre, dándole un aspecto lúgubre como el de un cadáver: cuando toqué sus manos, las hallé húmedas y frías, como la losa de un sepulcro. Mucho debía sufrir el infeliz en aquel momento, porque su alma era fuerte, enérgica, y sin embargo lloraba entonces como un niño. Había entrado ya en el bote y uno de sus pies hollaba todavía las arenas de la playa. “¡Hijo mío! ¡a Dios! me dijo alargándome la mano con ternura; piensa en la patria; piensa en la libertad... ¡viva la libertad! ¡Adiós! ¡Adiós!” Entonces se separó el bote de la orilla; cortaron los remos las sonoras aguas, y el viento próspero que le impelía hacia las rocas de Gibraltar, trajo a mis oídos las palabras de ¡PATRIA! ¡LIBERTAD! medio sofocadas por la distancia y por el lejano estruendo de la artillería.

Leon.—¡Triste recuerdo!

Eduar.—Pasó el bote casi por medio de la escuadra ene-

miga, y como la noche estaba bastante clara, hubieron sin duda de descubrirle los centinelas del castillo. Al principio sólo oí algunos tiros; luego una descarga cerrada; y en fin, pronto conocí que estaban desde algunos buques disparando cañonazos contra el frágil barco, mientras una multitud de lanchas le perseguían de cerca. ¡Qué horror!

Leon.—Fué una expedición atrevida la que hicieron ustedes aquella noche; y un verdadero milagro del cielo es que no nos haya costado muchas lágrimas aquella imprudencia.

Eduar.—¿Y qué podíamos hacer en aquella triste situación? Los víveres se acababan en la ciudad; y aunque el valor, el entusiasmo eran siempre los mismos en el pueblo y en la guarnición, era imposible resistir mucho tiempo. Todos conocían que la ruina de la ciudad era segura, si alguno, más atrevido o más desesperado que los demás, no se sacrificaba por todos, pasando a Gibraltar a reclamar del Gobernador inglés en nombre del gobierno español —de la libertad— de todo lo más sagrado que hay para los hombres, que de un modo u otros, se intrdujesen víveres en Cádiz. Esta heroica ciudad no tenía ya más recursos que rendir —pero la atrevida expedición de mi padre no produjo ningún resultado; y cuando ya se preparaba a volver a Cádiz, para pelear hasta morir en las filas de los valientes milicianos, supo que habían entrado los franceses en este suelo infeliz cuna y sepulcro de nuestra libertad. Entonces, perdida ya toda esperanza, acosados por una política egoísta y cruel, tuvo que decir un eterno adiós a su patria querida, e ir a arrastrar en extranjeros climas la amarga existencia de los proscritos.

Leon.—¿Y V. Eduardo, no quiso acompañarle? ¡Imprudente! Mi padre con su influjo hubiera podido obtener para V. un salvo conducto de la autoridad militar francesa. ¿Por qué no quiso V. salir de España, Eduardo?

Eduar.—¡Ingrata!

Leon.—¡Cuántas pesadumbres, cuántos sobresaltos nos hubiera V. evitado a sus verdaderos amigos! ¡A mí sobre todo.

Eduar.—¿Le es a V. enojosa mi presencia?

Leon.—¡Oh!

Eduar.—Pues entonces ¿para qué me pregunta V. lo que sabe tan bien como yo mismo? ¿Dice V. por qué no he salido de España? ¡Dios mío! ¡Y V., Leonor, V. es quien me lo pregunta! ¡Cruel!!!...

Leon.—Basta: mudemos de conversación.

Eduar.—V. lo sabe, amiga mía: siendo aun muy niño, perdí las dulces caricias de mi madre; y este primer infortunio, este principio de aislamiento total, sólo sirvió para reconcentrar todos los afectos de mi alma en el amor de la patria y el de mi padre. ¡Ellos fueron el objeto de todas mis esperanzas en este mundo, hasta que la conocí a V., Leonor!... Entonces penetró en mi corazón otra esperanza de felicidad. Creí por algún tiempo que esta iba a desvanecerse para mí como todas. Carlos, su hermano de V., mi mejor amigo, abrazó el partido contrario del que yo defendía, y lo sostuvo con las armas en la mano en el ejército de la fé, con una intrepidez digna de mejor causa. La suerte hizo que cayera prisionero en mis manos; y cuando, atropellando las leyes crueles de la guerra, le puse en libertad, salvándole la vida a costa de la mía, esperé que este sacrificio conmovería el corazón de su padre de V., y que acabada la guerra, cuando tranquilo ya por la suerte de su hijo, pudiera pensar en la de su hija querida, recompensaría tal vez mi ternura. ¿Me habré engañado, Leonor?

Leon.—¡Dios mío!

Eduar.—Si así fuera, este suceso rompería el último lazo que me une a la vida.

Leon.—¡Oh! no, ¡eso no!

Eduar.—Hasta ahora todas mis esperanzas se han desvanecido como un sueño. Ya sólo me queda una.

Leon.—Y si yo le dijera a V. que esa esperanza es ilusoria, Eduardo: si yo le dijera a V. que es menester renunciar a ella para siempre, ¿dejaría V. por eso de amarme?

Eduar.—¡Jamás!

Leon.—Pues bien, renuncie V. a esa esperanza.

Eduar.—¿A la vida?

Leon.—¡Insensato! Esa vida de que V. habla con tanta indiferencia, no se la dió a V. el cielo para que la consagrara exclusivamente al amor. La patria, Eduardo, la patria, a quien todavía puede ser útil, la reclama.

Eduar.—¡La patria! sí; es verdad.

Leon.—Y luego, ¿quién sabe? Puede ser que algún día... (Se oye en la calle ruido de trompetas). ¿Pero qué es esto?

Eduar.—¿Qué ha de ser? Algún regimiento de libertadores, que entra en la ciudad. Veamos.

Leon.—¡Imprudente! ¿qué va V. a hacer? (deteniéndole). Si le ven a V. desde la calle, estamos perdidos.

Eduar.—Pues bien: asómese V. sola.

Leon.—Es un regimiento de lanceros, rodeados de un inmenso gentío.

Eduar.—Y sin embargo no se oye una sola aclamación. ¡Silencio sublime! ¡Cádiz! ¡patria mía! ¡pueblo generoso! Con orgullo puedo llamarme tu hijo.

Leon.—¡Carlos!... Allí va. Allí va. ¡Carlos! (Saludándole desde la ventana con el pañuelo).

Eduar.—¡Carlos! ¡mi amigo!

Leon.—Por Dios, retírese V.

Eduar.—¡Carlos! ¿quién sabe si tú también verás en mí un enemigo!

Leon.—No. No. (Llaman a la campanilla) ¿Llaman? ¿Quién será? ¡Eduardo!

Eduar.—Sí; voy a retirarme. (Vase).

Entra un criado, y se va después de haber dado una carta a Leonor.

Leon.—Ya puede V. salir: es una carta de mi padre:

(lee) "Hija mía: tu hermano va a llegar de un momento a otro; prepara todo lo necesario para él: cuarto, cama —en fin, todo. Corren malas noticias, se prepara una contra revolución— hay una conspiración— la tropa va a ponerse bajo las armas. Prudencia, prudencia en todos los de mi casa: ¿estás? Yo me quedo a esperar a Carlos". ¡Cielo! ¿Qué sucederá?

Eduar.—"Se prepara una contrarrevolución... hay una conspiración", (leyendo).

Leon.—¡Prudencia por Dios!

Eduar.—¡Alguna loca tentativa; tal vez alguna intriga para sacrificar nuevas víctimas!

Leon.—Eduardo ¿me promete V. suceda lo que suceda, no salir de casa? Aquí está V. seguro, ¡y fuera!... ¡Sólo pensarlo me horroriza! ¡Ah! oigo ruido (llanan a la campanilla), de armas. ¡Cielo! ¡mi hermano!

Eduar.—¡Carlos!

ESCENA CUARTA

Dichos. — DON RICARDO. — CARLOS, con uniforme de lanceros.

Ric.—¡Aquí está... aquí está nuestro héroe!

Carl.—¡Leonor mía! ¡Y tú también, Eduardo, tú aquí!
(Se abrazan)

Ric.—Todos, todos aquí.

Eduar.—¡Mi libertador! ¡Mi amigo! ¿quién había de decirme cuando me cogiste prisionero junto a Lerma, que ahora habías de ser tú mi prisionero en Cádiz?

Ric.—Ea: a no perder tiempo. Tú tienes que volver al cuartel dentro de un momento.

Carl.—No: dentro de un cuarto de hora.

Eduar.—¿Pues qué hay?

Carl.—Nada: que quieren que estemos sobre las armas. Dicen que algunos milicianos tienen tramada una conspiración. (Eduardo, tengo que hablarte). (Al oído)

Eduar.—(¿Qué será?) Bien.

Ric.—Supongo que antes de irte tomarás un tente en pie: para dar sablazos no hay como tener la panza llena. Con que, muchacha, haz que le preparen inmediatamente algo para tragar: unas magras con huevos; un par de pollos; unos chorizos; cualquiera friolera.

Carl.—Pues; un bocadillo.

Ric.—Y el cuarto para luego: buena cama. Quítanos un colchón a cada uno. ¡Estarás rendido! ¡ya se ve—un guerrero! ¡y después de una campaña!

Carl.—¡Y qué campaña! (Con ironía).

Ric.—Por supuesto. Vamos, vamos, despacha. Yo también voy a ayudarte. Con que... hasta luego.

Leon.—A Dios.

Carl.—A Dios, prenda. (Se dan la mano).

ESCENA QUINTA

EDUARDO — CARLOS

Eduar.—Supongo, Carlos, que lo que tienes que decirme no será desagradable ni para uno ni para otro.

Carl.—Así lo espero; pero ante todas cosas exijo de tí el más profundo sigilo. Es muy importante lo que voy a decirte, y no quiero que mi padre ni mi hermana sepan una palabra de ello por ahora.

Eduar.—Bien, Carlos.

Carl.—Pues para ahorrar palabras, te diré redondamente el asunto de que se trata. Es cosa que tú no te esperas, Eduardo; y que acaso te haga formar una idea de mí poco favorable, si conservas todavía aquellos principios rígidos... pero no importa. Cuando conozcas mis motivos, tú me disculparás. Tú me disculparás. De poco tiempo a esta parte han variado mis opiniones políticas.

Eduar.—¿Qué dices? (Con alegría).

Carl.—Sí. Pero antes de condenarme, escucha mis razones. Tú sabes que después de haberse proclamado la Cons-

titución, fui a reunirme con una de las facciones del Norte... Por convicción, lo juro; y tú sabes que yo nunca juro en falso. Bajo las órdenes de mi jefe, hice la guerra como buen soldado a los enemigos de mi causa. Una guerra terrible, Eduardo, como todas las guerras civiles; pero, al menos por mi parte, una guerra noble, de partido a partido, en que con las armas en la mano, defendí lo que creía justo. Al principio la suerte de las armas fué poco favorable a los míos; el partido constitucional obtenía continuamente nuevos triunfos. Yo lo sentía, porque pensaba que de nuestras victorias dependería la felicidad de la patria; pero el cielo sabe que siempre me opuse con una tenacidad, que mil veces estuvo a punto de serme funesta, a toda idea de intervención extranjera. Yo hubiera querido vencer, pero que hubiéramos vencido solos. Entonces todos éramos españoles, Eduardo... las victorias y las derrotas podían ensalzar o abatir un partido; pero no podía humillar a la nación, y la nación era el ídolo de los suyos, como era también el ídolo de mi corazón. Pero toda mi resistencia fué inútil; voces más poderosas que la mía se levantaron pidiendo un auxilio; que podía darnos la victoria; pero la gloria, no. Llegó este auxilio, cien mil bayonetas extranjeras penetraron en nuestro suelo, y las que antes eran partidas errantes de facciosos, se convirtieron en un ejército formidable, pero que nosotros mismos no nos atrevíamos a llamar español, porque realmente no lo era. ¡Oh! Si vieras ¡cuántas humillaciones, cuántos desaires tuvimos que sufrir los pocos que aún contábamos por algo a la España en aquella guerra!

Eduar.—Justo castigo del cielo, ¡Carlos! ¿Había de quedar impune semejante traición?

Carl.—Estas humillaciones, nuestro orgullo nacional continuamente ajado con los actos de nuestros nuevos aliados, todo contribuyó a hacer variar el orden de mis ideas; hacerme despreciar mi propio partido...

en fin, hacérmele tan odioso, como los mismos que venían de fuera a sostenerle. Empecé a conocer que la causa que defendíamos, podía muy bien no ser la causa nacional; en fin, Eduardo, me arrepentí profundamente de haber cedido a antiguas preocupaciones. Pero tú conoces el pundonor militar; las leyes terribles de la guerra, además, ¿qué podía yo hacer?

¡Los que pensaban como yo eran tan pocos!

Eduar.—Y en fin, ¿qué resolviste?

Carl.—En ninguno de los pueblos por donde pasé, conocí a nadie de quien fiarme. Toda mi esperanza se cifraba en Cádiz. —“En aquel pueblo donde me he criado, me decía, donde tengo tantos amigos, hallaré alguna alma que simpatice con los remordimientos de la mía; que me creía digno aún de pelear contra la causa de los extranjeros. Y si hay algunos que sientan con tanta energía como yo, todavía podré remediar muchos males, o lavar a lo menos con mi muerte el baldón que pesa sobre mí”.

Eduar.—Bien, Carlos, bien: (Dándole la mano). Esas ideas son dignas de un patriota. Pero dime, ¿cuáles son ahora tus esperanzas? ¿por qué has entrado en Cádiz con un regimiento francés?

Carl.—Conmigo han entrado bajo diferentes pretextos muchos jóvenes españoles animados de los mismos sentimientos que yo. Casi todos tienen en Cádiz secretas inteligencias con los principales patriotas de la ciudad, y su plan es dar un golpe de mano atrevido, inesperado. Para ello cuentan con la cooperación de este pueblo eminentemente liberal y con el noble entusiasmo que producirán en él los cantos patrióticos, la vista de los uniformes nacionales y los gritos de “¡VIVA LA LIBERTAD!”

Eduar.—Pero Carlos, ¿te parece realmente que ese plan es practicable? ¿Habéis calculado las fuerzas de los enemigos?

Carl.—Mira... entre los mismos franceses que han entrado con nosotros, hay muchos... lo sé positivamente.

te, que ya que no nos presten un auxilio directo, permanecerán neutrales a lo menos... y esto es lo que deseamos. Nosotros solos y los patriotas de la ciudad bastamos para vencer.

Eduar.—¿Y quien te asegura que no es todo eso un artificio infame para sacrificar a la flor de los valientes? ¿Que no es acaso una invención de la misma policía? Carlos, tú no conoces a nuestros enemigos. Tus ojos no pueden penetrar los misterios de aquellas almas sanguinarias. ¿Has contado con su perfidia? ¿Has calculado los medios que poseen para ejecutar sus infernales tramas?

Carl.—Yo nada he calculado, Eduardo, sino que estoy resuelto a morir por libertar a la patria de la indigna tutela en que se halla.

Eduar.—Piensa en las consecuencias de esta tentativa desesperada, Carlos; considera mi situación, que tal vez mañana será la tuya. Ya lo ves; yo no he hecho más que lo que tú intentas hacer; y mis esfuerzos han sido inútiles, y me hallo condenado a la muerte infame de los traidores. (Carlos se muestra abatido). Tú tienes un padre, Carlos; tienes una hermana.

Carl.—¡Mi hermana! Sí; ¡Pobre Leonor! Pero... si no me engaño, mientras tú vivas, no le faltará sobre la tierra un protector, o por mejor decir, un esposo.

Eduar.—¡Yo! ¡su esposo! ¡Ah!

Carl.—¡Pues qué! ¿habrás tú variado de opinión en punto a amores, como yo he variado en punto a política?

Eduar.—No, Carlos... Pero no hablemos más de eso. Tu padre no concederá jamás la mano de Leonor a un rebelde.

Carl.—¿Qué dices? No; eso no será así. Cuando vea en su hijo un rebelde, conocerá que no es tan fiero el león como le pintan. Cuenta conmigo.

Eduar.—Bien. Pero mira, Carlos; yo no apruebo ese plan de que has hablado antes, porque estoy seguro de que será inútil, y de que costará muchas vidas. ¡Carlos! ¿me prometes renunciar a él?

Carl.—Silencio. Mi padre.

ESCENA VI

Dichos. — DON RICARDO. — LEONOR

Ric.—Ea, señorito: ya están las magras y los huevos y los pollos; con que, a abrigar el estómago.

Leon.—Yo misma te he hecho el almuerzo y la cama.

Carl.—¡Querida mía!

Ric.—Vamos, vamos, que el tiempo se pasa, y hace un hambre...

Carl.—Sí, vamos. ¿Pero qué?... (Se oye tocar generala).

¡El toque de llamada! (Se pone el sable y el chacó precipitadamente). A Dios, a Dios.

Ric.—¿Te vas?

Carl.—Es preciso.

Eduar.—¡Carlos, por Dios! no olvides lo que te he dicho.

Carl.—Bien, bien, A Dios.

Ric.—¿Y por qué no le han de dejar almorzar? Pues está bueno caramba.

A C T O S E G U N D O

La misma decoración que en el anterior.

ESCENA PRIMERA

Leonor, junto a una ventana

Leon.—Ya ha cesado el ruido en la calle y parece que todo está tranquilo. ¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿en que pararán estas terribles discordias? ¿Cuándo acabarán nuestras inquietudes? Dos meses de un sitio cruel habían sumergido ya a esta desgraciada ciudad en el colmo de la aflicción, pero a lo menos nos quedaba por única recompensa la tranquilidad... ¡la tranquilidad de los sepulcros!... cuando ahora amenazan renacer de nuevo todos los horrores de la guerra. (Vuelve a la ventana). Pero ya nada se oye... puede que todo se haya acabado. ¡Ojalá!

ESCENA II

LEONOR — DON RICARDO

Ric.—Pero en fin, ¿qué hay? ¿qué sucede? Yo estoy en Babia; yo me vuelvo loco.

Leon.—Nada, papá. Parece que ya todo se ha acabado. Habrá sido algún motín.

Ric.—Preciso, alguna rebelión de esos alborotadores. Eso de que ellos se han de estar quietos... Imposible.

Leon.—¿Qué sabemos lo que habrá sido?

Ric.—Deseando estoy que vuelva Eduardo.

Leon.—¿Eduardo?

Ric.—Sí; a ver qué nos cuenta de nuevo.

Leon.—¡Eduardo, papá! ¡Eduardo! ¿Habla V. de veras? ¿Ha salido?

Ric.—¿Pues no lo sabías?— Toma, y es verdad, ahora que me acuerdo, que me pidió por todos los santos del cielo que nada te digera. ¡Pues me he lucido!

Leon.—¡Dios mío, Dios mío!

Ric.—Mira... ya que lo sabes, no hay inconveniente en decírtelo. El pobre muchacho, como tiene tan buen corazón, apenas se oyó bulla en el pueblo, no pudo contener su impaciencia por saber qué era de Carlos en aquella zalagarda. Yo bien quise detenerle; ¡pero qué!... Se pone la chaqueta bordada de Perico, su sombrero calañé, se emboza en la capa hasta las cejas, y sale por ahí a ver.

Leon.—¡Y V. le dejó salir! ¡Oh! ¡nunca lo hubiera creído de V.!

Ric.—¿Pero qué había yo de hacer?

Leon.—¿Qué? (levantándose). Lo que hubiera V. hecho por su hijo en igual caso. Haberlo impedido con súplicas, con lágrimas, con la fuerza, si preciso fuera... ¡Oh! yo soy una débil mujer y ya hubiera sabido impedirlo!

Ric.—Pero tú no sabes quiénes son esos liberales... tú no sabes lo tenaces, lo testarudos que son. En di-

ciendo una vez sí... si ha de ser contra viento y marea. ¡Oh si fueran como nosotros!... nosotros nos dejamos manejar como unos borreguitos.

Leon.—¿Pero es posible, papá? ¿Ha tenido valor para dejarlo salir? Y precisamente hoy cuando hay alboroto en el pueblo.

Ric.—No: me prometió que no se metería en nada.

Leon.—Pero si llegan a conocerle... ¡Oh! la menor imprudencia puede costarle la vida. ¿Pero dónde ha ido? ¿dónde está?

Ric.—Y con tanto pensar en él, ni aun te acuerdas de tu hermano.

Leon.—Mi hermano está en seguridad.— Pero él... ¡Dios mío! Le habrán cogido. Es menester enviar a alguno que se informe por todas partes... ¿Hace mucho que salió?

Ric.—Sí, ya hace un buen ratillo.

Leon.—¡Oh! no hay remedio: su imprudencia de V. le ha costado la vida. ¡Qué horror! (Llaman). ¿Quién será? ¡Ah! ¡Eduardo!

ESCENA III

Dichos. — EDUARDO, vestido de majo y embozado en su capa.

Ric.—¿Y Carlos? ¿qué es de él?

Eduar.—No hay que asustarse: está en seguridad.

Ric.—¿Cómo?

Eduar.—Pues qué ¿no saben ustedes nada?

Ric.—Hombre... cuéntanos... ¿pues qué ha habido?

Eduar.—Una imprudencia de Carlos, que hubiera podido sernos muy funesta a todos: una verdadera calaverada. Mientras estaba antes aquí hablando con nosotros, corrieron voces por el pueblo de que algunos patriotas habían tomado las armas en diferentes puntos

de la ciudad. Cierta o falsa, esta noticia llegó a oídos del gobernador militar, quien al punto mandó tocar generala, y que todas las tropas se pusiesen sobre las armas.

Ric.—Pues: aquellos tambores que oímos. Adelante, adelante.

Eduar.—Carlos acudió como todos a reunirse a sus banderas... pero con ideas muy locas, Don Ricardo, muy funestas para la tranquilidad de su familia.

Ric.—¡Ay, ay, ay!

Eduar.—En una palabra, al salir del cuartel, Carlos, rodeado de algunos pocos oficiales y soldados españoles, se adelantó en sus filas con espada en mano, gritando con toda la fuerza de sus pulmones... cosas que en el día no se pueden gritar sin ponerse bajo la jurisdicción del verdugo.

Ric.—Eduardo, tú sueñas.

Eduar.—Los pocos españoles que lo acompañaban, gritaron también con él “¡VIVA LA LIBERTAD!” y excepto los pocos que en el primer arranque de sus caballos, lograron salir de la formación, todos los demás se vieron en un momento rodeados de infinitas bayonetas, y algunos... los más... regaron el suelo con su sangre.

Leon.—¡Oh!

Ric.—¿Y Carlos?

Eduar.—Carlos no fué de estos últimos. Montado en un excelente caballo, salió de las filas al frente de los primeros, con el sable en la mano, y gritando más que todos... ¡Pobre Carlos! No favoreció la fortuna su generoso designio: cayó su caballo al suelo atravesado de una lanzada, y el pobre muchacho, abandonado de casi todos sus compañeros, hubiera sucumbido al número de sus enemigos si... si el cielo no lo hubiera dispuesto de otro modo.

Ric.—¡Hijo mío! ¿Y ahora qué es de él? ¿Dónde está?

Eduar.—Ahora está en seguridad. Un amigo de V. le ha dado un asilo en su casa como V. me lo dió a mí en

circunstancias semejantes. Yo le he visto: sé que no corre ningún peligro, y vengo a disipar la inquietud en que deben estar ustedes por su larga ausencia.

Ric.—¡Dios mío! ¿qué es lo que me sucede?

Eduar.—Temía que algún imprudente, alguno de esos hombres que no tienen otro oficio que el de dar malas noticias se adelantara a contar a ustedes la desgracia de Carlos. Esta es la verdad, D. Ricardo; deponga V. toda inquietud por la suerte de su hijo.

Leon.—¡Amigo generoso!

Ric.—¡He aquí los efectos de las malas compañías! ¡He aquí el resultado de tratar con botarates sin juicio, sin pizca de lealtad!...

Leon.—Por Dios, papá.

Ric.—¡Calla no me irrites. Y V. señor D. Eduardo, ¿así se paga el cariño, la hospitalidad de un antiguo amigo? ¿Así se corrompe el corazón de un joven sin experiencia, calentándole la cabeza con ideas de rebelión, de bullanga? ¿Así se le expone a una muerte afrentosa, sepultando a una familia entera en las lágrimas y la desesperación? ¡Porque lo sé... es inútil... disimularlo... tú... usted es quien le ha inspirado una acción tan... usted!... ¡conducta digna de un revolucionario, de un liberal!!...

Leon.—¡Padre mío!

Ric.—Mírale, mira como sonrío orgulloso de su proeza...
Si no mirara... ¡Ingrato! ¿Merecíamos eso de tí?...
Y ¿eres tú el que amabas a Leonor? Primero...

Leon.—Pero, señor...

Ric.—Cállate.

Eduar.—Déjele V. hablar, Leonor; déjele V. que me haga con su injusticia agotar el cáliz de la amargura. ¡Estoy tan acostumbrado!...

Ric.—Mi injusticia... ¿Pues qué puedes decir en tu defensa?

Eduar.—Ahora nada, Don Ricardo, porque no quiero exponerme a la afrenta de que un hombre dude impunemente de mi sinceridad.

Leon.—¿Quién puede dudar de ella, Eduardo? ¡Oh! diga usted toda la verdad... siquiera por mí.

Eduar.—Pues bien; por V. la diré, Leonor, aunque ella haga recaer toda la culpa sobre mi amigo. Yo no he tenido parte alguna en la descabellada resolución de Carlos, no por otra cosa, sino porque me pareció inoportuna. Esta es la verdad bajo mi palabra de honor.

Leon.—Ya lo oye V., papá.

Eduar.—No sólo no he tenido parte en ella, sino que he procurado disuadirle de su loco designio con todas mis fuerzas; y el cielo sabe que si no le acompañé al cuartel cuando salió de aquí, no fué por miedo de los peligros a que me exponía, sino porque no le creía bastante insensato para llevarle a cabo. En prueba de ello, a la primera señal de tumulto que llegó a mis oídos, salí de esta casa hospitalaria, resuelto a hacerle mudar de resolución, o a morir en defensa de mi amigo, del hermano de Leonor... de vuestro hijo, señor Don Ricardo.

Ric.—Hombre... como yo no sabía.

Eduar.—Esta es la conducta de un buen amigo... es la conducta de un revolucionario... de un liberal.

Ric.—Eduardo, supongo que no me guardarás rencor...

Eduar.—Rencor... a nadie. Pero tengo que mudar de vestido y la excursión extraordinaria de hoy me ha rendido sobre manera. Si V. me lo permite, voy a tomar algún descanso para reponer mis fuerzas; acaso tendré hoy que emplearlas de nuevo en obsequio de la vida.

Ric.—Mira... échate en la cama de Carlos... es la más blanda. Lo mismo se hunde uno que...

Eduar.—Gracias.

ESCENA IV

RICARDO — LEONOR

Ric.—He aquí un muchacho, que si no fuera así... tan liberal!... tendría excelente corazón.

Leon.—Liberal y todo, no ha dudado en exponerse a los mayores peligros por nuestro Carlos.

Ric.—¡Carlos! Pero sabes que si es cierto lo que nos ha dicho...

Leon.—¿Pues no ha de serlo?

Ric.—Pues dígame que de todo lo que nos ha contado, resulta que el chico es un desaforado revolucionario... Que no hay más... Sobre que se ha hecho un liberalón... ¡Hay picaruelo!

Leon.—Se habrá convencido de que su conducta hasta ahora no ha sido la más gloriosa. Con harto dolor lo digo, porque al fin, V. sabe que nadie en el mundo le ama con más ternura que yo.

Ric.—Sí señor: se ha hecho un jacobino, un... ¿Pero ha visto qué travieso? Pues mira; eso mismo prueba su buen corazón: ahora que los vé caídos, se une a ellos. ¡Bien, bien! eso es una prueba de generosidad, de nobleza de alma.

Leon.—Generosidad y nobleza que hubiera podido costarle la vida.

Ric.—Pues hubiera sido una tropelía, una maldad, una infamia. ¡Pues qué! ¿No ha de poder un hombre decir lo que quiera? Las opiniones son libres; y al fin y al cabo, no es tan gran delito ser poco amigo del poder absoluto.

Leon.—Tiene V. razón. ¡Ojalá hubiera V. pensado siempre de ese modo!

Ric.—Todos los pueblos del mundo, así antiguos como modernos, han celebrado la libertad como cosa apetecible y santa. Y sobre todo, Carlos dice bien que lo que le hacen a uno tomar por fuerza, nunca le sabe tan bien, como cuando lo toma uno por su gusto, y porque le da la gana. A nadie le puede gustar ver su pueblo lleno de gentes que arman un guirigai, y la echan de amos y... Yo mismo, sin ir más lejos, cuando veo tantas bocas que piden pan y no lo piden en español, me da un gusto como si me escaldaran.

Leon.—Pues esas son las ideas de Eduardo, papá.

Ric.—Ya... pero Eduardo es otra cosa... Eduardo es... es... (llaman) un... ¿Quién será? Anda a ver.

ESCENA V

RICARDO — Luego LEONOR — Luego CARLOS

Ric.—Cuanto más pienso en ello, más me convenzo de que lo que ha hecho Carlos no pasa de ser una locurilla de muchachos... ¿Pero qué?... ni aún eso. Una acción generosa, si señor, una acción generosa. ¡Qué diablos! ¡La patria, la independencia antes que todo!

Leon.—Papá, papá... adivine V. quién es... Carlos.

Ric.—¿Cómo? ¿Qué? (Quiere salir).

Leon.—Espere V., espere V.: se está quitando las barbas.

Ric.—¡Loca! si no las tiene.

Leon.—Y los manteos y los hábitos y la coronilla... ni más ni menos que un huevo pasado por agua... ¡Viene vestido de capuchino!

Ric.—¡Hijo mío!

Carl.—¡Papá! ¡Leonor! (Dándoles las manos). Qué impaciencia tenía por ver a ustedes. Al fin, gracias a Dios, ya estoy aquí.

Ric.—Pero como te has atrevido a venir por ahí, después...

Leon.—¿Pues no se lo digo a V.? Vestido de capuchino.

Carl.—Tiene razón mi hermana. Este cuerpo indigno se ha ceñido con el santo cordón de San Francisco: en esta cabeza que ha de comer la tierra, ha brillado la venerable tonsura de los que viven en el Señor, humildes siervos. Solamente, papá, que los hábitos no eran míos, y que la tonsura era postiza.

Ric.—¡Muchacho! (Riendo).

Carl.—Su amigo de V. don Anselmo, en cuya casa he hallado un refugio, después de esta terrible zarracina, tenía un hijo fraile que, apenas estalló la revolución del año 20, salió del convento y se metió a soldado. Pero por un escrúpulo muy natural en un jovencito

tan digno como él, no quiso llevarse los hábitos al ejército, y se los envió a su padre muy bien empaquetados, juntamente con el cilicio y las disciplinas. Estos son los hábitos que ahora me han servido para atravesar las calles con seguridad, y satisfacer la impaciencia que tenía de dar un abrazo a las personas que más amo en este mundo.

Ric.—¡Hijo mío!

Carl.—Aunque D. Anselmo y su mujer y sus hijas... por más señas que creo que una de ellas me miraba con buenos ojos.

Ric.—¿La Juanita, no?

Carl.—Esa.

Ric.—¡Qué demontre de muchacha! Lo mismo hace con todos los hombres.

Carl.—Pues como digo, aunque no querían dejarme salir, no hubo remedio; endoso los hábitos, me calo la capucha hasta las cejas, y cárame en la calle echando bendiciones, y edificando a cuantos me veían con mis ojos bajos a lo novicio, y mi porte grave lleno de beatitud y mansedumbre apostólica.

Leon.—¿Pero si llegan a descubrir que estás aquí?

Carl.—Lo mismo lo hubieran descubierto en cualquiera otra parte, y aun más fácilmente; porque al fin, ¿como diablos han de ir a imaginarse que sea bastante torpe para refugiarme en casa de mi padre? Apuesto que aunque se lo digan no lo creen.

Ric.—Tienes razón: lo mismo digo yo.

Leon.—Pero... vaya: cuéntenos todo.

Carl.—¡Amigos míos! He corrido un verdadero peligro... un peligro inminente y a fé que es un milagro que esté yo aquí para contarlo. A no ser por mi excelente amigo Eduardo... ¿Supongo que está en casa, eh?

Ric.—Sí. ¿Pero qué? Cuéntenos.

Carl.—¿Pues no saben ustedes?...

Leon.—No. Eduardo sólo nos ha hablado de tí, de tus peligros.

Carl.—¡Eduardo! ¡Generoso Eduardo! ¡Qué nobleza de alma la suya! Pues sepa V., papá, que a él, sólo, debe V. el abrazar ahora a su hijo.

Leon.—Bien, Eduardo. ¡Bien! (Entusiasmada).

Carl.—Cuando cayó al suelo mi caballo atravesado de una lanzada, quedé yo por tierra desarmado, dolorido, y viendo ya de cerca las puntas de cien espadas dirigidas contra mi pecho. Miraba ya mi muerte como segura, cuando de repente vi un hombre junto a mí, vestido de majo, con la capa arrollada en el brazo izquierdo, y menudeando cuchilladas a todos lados que era una delicia el mirarlo. Al principio no le conocí, ya fuera por su traje, ya por la turbación de ánimo en que yo me hallaba. Pero al reconocer a Eduardo... yo no sé lo que sentí entonces en mi corazón. Un valor sobrenatural me animó de repente; sentí triplicarse las fuerzas de mi brazo; y uniendo mis esfuerzos a los de Eduardo, al cabo de poco logramos salir de aquella baraunda; pero no hubiéramos tardado en ser cogidos prisioneros, si la mucha gente que acudió al sitio de la pelea, viendo que éramos españoles y que íbamos a perder la vida, no se hubiese arremolinado con una destreza singular para impedir el paso a nuestros enemigos. La caballería no se atrevió a dar una carga por temor de irritar al pueblo, que permanecía neutral; y así pudimos continuar nuestro camino. Ni un solo momento se separó Eduardo de mí hasta dejarme en seguridad en casa de D. Anselmo, donde ningún enemigo nos había visto entrar; pero todas mis súplicas fueron inútiles para convencer a Eduardo de que se quedara allí conmigo. Por única recompensa del servicio que acababa de hacerme, sólo me pidió que le dejase venir a esta casa a tranquilizar a Leonor... y a V. Se embozó en su capa, caló el chapeo hasta las cejas, y salió con aire matón asustando gentes por esas calles, hecho un contrabandista de la Serranía de Ronda.

Ric.—¿Dónde está, dónde está, Eduardo? (Llorando). Que

quiero abrazarle, apretujarle entre mis brazos. ¡Qué! Si se me saltan las lágrimas como a un chiquillo!

Leon.—¡Carlos! ¿Has visto en tu vida una conducta más noble, más generosa? ¿Una amistad tan pura no es capaz de conmover un corazón de piedra?

Carl.—Con que se enterezca uno, que seguramente no es de piedra, seremos felices tú, Eduardo y yo. ¡Leonor! yo espero que ese corazón se enternecerá. Todo lo sé.

Leon.—¿Qué quieres decir?

Carl.—Nada. Cuando te digo que lo sé todo... Eduardo me lo ha contado. En medio de los peligros que a ambos nos cercaban, el pobre muchacho sólo pensaba en tí.

Ric.—¿Qué es eso? ¿Qué habláis por lo bajo? alguna conspiración. ¡Revolucionarios!

Leon.—Sí, para conspiraciones estamos. Tengo una inquietud por tí, Carlos... Si llegan a descubrir que estás aquí... ¡Dios mío!

Carl.—No; no creo que lo descubran. En todo caso, tú, Leonor, asómate con disimulo al balcón del comedor que da a la calle, y apenas veas que rondan la casa, vienes corriendo a avisármelo. Esta vigilancia es indispensable. Además, tengo que hablar a solas con papá... de tí, Leonor... Eduardo.

Ric.—Sí... ve... y no te separes del balcón.

Leon.—No hay cuidado.

ESCENA VI

DON RICARDO — DON CARLOS

Ric.—¿Con que realmente no tienes ninguna inquietud?

Carl.—Por mí, ninguna. Pero la tengo por otra; por una persona que es para mí tanto como un hermano; en una palabra, por Eduardo.

Ric.—¿Corre algún peligro?

Carl.—Eduardo sufre, y V., que tanto le debe, puede aliviar sus amarguras. Eduardo es desgraciado, y una

palabra de V. puede hacerle feliz. ¡Padre mío! ¿tendrá V. la crueldad de no pronunciar esa palabra? ¿Podrá V. hacer eternamente desgraciado al joven a quien yo debo la vida, y V. y Leonor un hijo y un hermano? No, no lo puedo creer. Conozco demasiado al buen corazón de V. para imaginarlo.

Ric.—Pero, hombre, tú no reflexionas que Eduardo...

Carl.—Es nuestro mejor, nuestro único amigo verdadero. Sus opiniones políticas le parecen a V. un obstáculo para darle el nombre de hijo... Pues bien... igualmente puede V. renunciar a dármele a mí, porque sus opiniones son las mías.

Ric.—¡Carlos!

Carl.—Sí; hoy lo he probado: hoy he dado a mi ciudad natal una prueba de la mudanza de mis opiniones. Ahora ya nadie puede dudarlo. Dos heridas recibí esta mañana en defensa de la libertad. (Señalando el pecho). Aquí están, aquí las conservo con orgullo para recordar a mi patria ofendida, que ya soy digno de ser su hijo. Este bautismo de sangre lavará mis culpas pasadas, lo espero; y esta esperanza es para mí la felicidad suprema.

Ric.—Te han herido... ¡Pobre Carlos! ¿Y quién ha sido el bribón?...

Carl.—No: yo bendeciré estas heridas, si a ellas deben algún día su felicidad mi hermana y Eduardo. Las he recibido defendiendo la causa misma que siempre defendió Eduardo. ¿No bastará esto para que V. ame esa causa, padre mío, o a lo menos para que no crea que son traidores todos los que la defienden?

Ric.—Pues señor, está visto... tú ya no piensas como yo... Leonor tampoco... ¿Qué ha de resultar? Como si lo viera... ¡Tendré yo también que mudar de opiniones y echarme a alborotador!... ¡Yo con sesenta años!

Carl.—No, papá; V. pensará como quiera, y no por eso sus hijos lo amaremos menos. Pero en fin, ¿consiente V. en que sea Eduardo feliz? ¿en que lo sea Leonor?

Considere V., papá, que uno y otro son dignos de serlo.

Ric.—¿Cómo hemos de pensar ahora en esas cosas?

Carl.—No; no digo que piense V. ahora en ello... pero cuando yo obtenga lo que espero no sin fundamento... cuando todos juntos celebremos fuera de España...

Ric.—¡Emigrar! ¡Yo emigrar! ¡mi familia emigrar! ¡Primero... Viajar, correr mundo, establecernos en otro país, santo y bueno. ¡Pero emigrar! ¿Pues qué hemos hecho nosotros para emigrar?

Carl.—V. olvida, papá, que yo soy un traidor.

Ric.—¡Un traidor! no, un patriota.

Carl.—Traidor o patriota... todo es uno en el día.

Ric.—Además que de algo te han de servir tus méritos pasados.

Carl.—¡Mis méritos! Pues si lo que he hecho hoy no bastara para borrarlos, volvería a hacerlo mañana, hoy mismo... Pero no mudemos de conversación... En nombre de Leonor, en el mío... en el de mi gratitud, ¿concede V. a Eduardo el título de hijo?

Ric.—Bien: ya hablaremos de eso.

Carl.—No; ahora mismo. ¿Pero qué dudo conociendo el buen corazón de V.? Estoy seguro de que V. lo desea tanto como yo mismo. — Eduardo, Eduardo.

ESCENA VII

Dichos — EDUARDO

Eduar.—¡Carlos! tú aquí.

Carl.—Ven a abrazar a tu padre.

Eduar.—¿Es posible, Don Ricardo? ¿Puedo creer lo que me dice Carlos? ¡Ah! si fuera cierto...

Carl.—Sí, sí, es cierto; pero déjalo ahora; no insistas. Cuando esté más tranquilo por nuestra suerte, él cederá.

Eduar.—Tienes razón. ¿Cómo ha de estar tranquilo ahora? Tú, Carlos, has cometido una imprudencia en venir

aquí. Si algún espía te hubiese visto entrar... ¡Oh Dios mío!

Carl.—No lo creo: y en último resultado ¿qué podría suceder? Que uno y otro moriríamos gloriosamente por la patria.

Eduar.—¡Morir! calla, calla. ¡Oh! ¡Si vieras cómo amo la vida en este momento! Yo también la he despreciado, Carlos: he deseado la muerte, más de lo que puedes tú desearla, las crueles palabras de tu padre me quitaron toda esperanza de felicidad. Entonces hubiera bendecido la mano piadosa que me arrancara esta miserable existencia, condenada a un eterno infortunio. ¡Pero ahora, Carlos! ¡después de lo que acabas de decirme! ahora defendería mi vida como el más precioso de los bienes, porque estoy seguro de que mis últimos momentos en la situación en que se halla ahora mi alma, serían una serie de profundas agónias.

Ric.—Dice bien; dice bien.

Eduar.—¡Oh, no hables de morir, Carlos! vivamos para ser felices. ¿De qué serviría a la patria nuestra temprana muerte? Demasiada sangre preciosa ha corrido ya en esta funesta guerra: demasiada sangre todavía en desagravio de la libertad mal defendida. ¡Oh! ¡no hables de morir, Carlos! tus palabras me despedazan el corazón.

Ric.—Eso es hablar con juicio, eso. Tú siempre serás un tarambana.

Carl.—Pues entonces pensemos en los medios de evitar los peligros que nos amenazan.

Eduar.—Dices bien; pensemos en ellos. Cualquier medio con tal que nos salve la vida, será bueno. Salgamos cuanto antes de España.

Carl.—Eso mismo he pensado yo. Cuento con una esperanza, que probablemente no me saldrá fallida; y si mi impaciencia por venir a ver a mi padre y a mi hermana, no me hubiera hecho olvidarlo todo, tal vez hubiera traído buenas noticias.

Ric.—¿Cómo?

Carl.—Cuento con la protección de...

ESCENA VIII

Dichos. — LEONOR que entra precipitadamente.

Leon.—No hay que perder un momento. La casa está rodeada de paisanos y soldados, y a lo que he podido conocer por sus movimientos, parece que hablaban de entrar aquí.

Ric.—¡Dios mío!

Carl.—¿Qué dices? Algún traidor me ha conocido al entrar y viene a buscarme: acaso a tí también, Eduardo.

Leon.—Por Dios, no hay que perder un momento. Escóndete en cualquier parte.

Eduar.—¡Ah! ¡Todo se acabó! (Se sienta).

Ric.—¿Pero qué hemos de hacer ahora? ¿Dónde podéis esconderos? ¡Dios mío, Dios mío, qué va a ser de nosotros? ¡Pobre Carlos! ¡y tú, Eduardo!

Eduar.—No: estoy seguro de que a mí no me han conocido.

Ric.—¡Egoísta! y el pobre Carlos... le van a prender.

Carl.—¡Calle V., papá: no diga eso por Dios! Yo nada temo por mí. Con sólo que pueda ganar tiempo... salir a la calle...

Eduar.—(Pensativo y hablando consigo mismo). De un modo u otro, mi vida no puede durar mucho tiempo. Apenas empieza a brillar para mí algún vislumbre de felicidad, al punto se desvanece como un sueño. ¡Oh! ¡No me hizo el cielo para ser feliz!

Leon.—¡Silencio!

Eduar.—Está decretado por el destino... Pues bien; cúmplase mi suerte, y que a lo menos, la mujer a quien con todo mi corazón amo, bendiga eternamente mi memoria. Esta esperanza me consolará en mis últimos instantes.

Ric.—Pero en fin, ¿qué se determina? ¿Qué se hace?

Eduar.—Serenidad, señores. (Levantándose). Tú, Carlos escóndete en alguna pieza retirada... yo me esconderé también, y puede que el cielo tenga compasión de nosotros.

Ric.—Triste recurso es.

Eduar.—Pero no hay otro. Haz lo que te digo, Carlos, sin perder un momento: la menor dilación puede sernos muy funesta. V. Don Ricardo, quédese aquí para recibirlos si suben... Y V. también, Leonor.— Sobre todo, valor y serenidad suceda lo que sucediere. Es lo único que puede salvarnos en esta terrible situación.

Ric.—¡Generoso amigo! Yo no sé lo que me sucede; pero me siento tan animado... Pues señor, haz lo que dice: a esconderte. Mira; en el camaranchón.

Eduar.—No: escóndete en algún sitio que tenga salida a cualquier parte.

Leon.—¿Qué ruido es este? ¡Ay, que suben!

Carl.—Voy a esconderme. Yo conozco muy bien todos los escondrijos.— Pero tú, Eduardo...

Eduar.—Vé, ve: déjame. Yo también me esconderé. ¿Dudas? Carlos, en nombre de tu padre, en nombre de tu hermana, obedéceme. (Vase Carlos).

Leon.—Sí, yo te lo pido.

Eduar.—Ahora, Don Ricardo, haga V. lo que he dicho. Niegue V. redondamente que está Carlos aquí, y acaso no exista.— Ud. Leonor, tampoco olvide lo que la tengo recomendado. Serenidad, valor. (Se oyen pasos) Ea, ya están aquí. (Vase).

ESCENA IX

RICARDO. — LEONOR. — UN OFICIAL. — SOLDADOS

Ric.—¡Ya lo sabes, hija mía!

Leon.—Psit.

Ofic.—Caballero... señorita... perdonen ustedes esta violencia; pero ha sido indispensable. Usted sin duda es Don Ricardo Zarela.

Ric.—Servidor de usted.

Ofic.—Pues en nombre del Rey vengo a apoderarme de la persona de su hijo de usted Don Carlos Zarela, teniente de lanceros en el ejército de la fe, que llegó esta mañana a Cádiz, agregado a un regimiento francés, y se halla actualmente escondido en esta casa.

Ric.—Mi hijo no se halla en esta casa; además, aunque se hallara en ella, ignoro qué delito sea el suyo para que se haga con él semejante tropelía.

Ofic.—En primer lugar, no me cabe duda de que su hijo de usted se halla aquí. Lo sé positivamente, y es inútil negarlo. En cuanto a su delito, no puede ser mayor. Ese joven ha propalado esta mañana en la plaza de San Antonio gritos sediciosos, acompañados de actos de violencia contra las tropas auxiliares de S. M. Este horrible delito le coloca en la categoría nada menos, que de reo de alta traición.

Leon.—¡De alta traición! ¡Dios mío! ¿no habrá piedad para él?

Ofic.—Eso es lo que no puedo decir a V., Señorita: a la Comisión militar extraordinaria que se acaba de reunir para juzgar y castigar con la debida prontitud estos delitos, le toca decirlo.

Ric.—Ya le he dicho a V. caballero oficial, que mi hijo don Carlos no se halla en esta casa. Como es de este pueblo y tiene en él muchos amigos, acaso se habrá refugiado en alguna otra.

Ofic.—Esa negativa es inútil, Don Ricardo, e indigna de su carácter de V. Sé que Don Carlos se halla en esta casa, y mi deber exige que no salga de aquí sin él. Espero, pues, de la discreción de V., que no me obligará a recurrir a una violencia, que me sería muy desagradable.

Leon.—¡Oh! ¡Oh! ¡piedad, piedad!!!

Ofic.—Crea V., Señorita, que esto no depende de mí, y que si dependiera... Pero un militar no tiene más voluntad que la de sus jefes. Permitan ustedes que pase con algunos soldados a registrar la casa.

Leon.—Oh! ¡Por amor de Dios! (Va oscureciendo).

Ofic.—(A dos soldados). Ustedes queden ahí de centinela, y que no salga ni entre nadie. (A otros soldados). Ustedes vayan delante.

Ric.—¿Pues no le he dicho a ustedes ya?...

Leon.—Por el amor del cielo, piedad, piedad de nosotros! Considere V., su juventud...

Ric.—No está; lo juro por lo más sagrado, que no está.

Ofic.—Adelante. (A los soldados).

ESCENA X

Dichos. — EDUARDO

Eduar.—Basta ya de fingir, padre mío; esa disimulación es tan inútil como indecorosa.

Leon.—¡Oh!!

Eduar.—Caballero oficial, excuse usted registrar la casa, y hacer una ofensa a una familia honrada. Yo soy Don Carlos Zarela, y me entrego voluntariamente a la justicia.

Ofic.—Hacéis bien. Yo haré presente esa circunstancia a los miembros de la comisión militar.

Eduar.—Supongo, caballero, que no correrá tanta prisa el cumplimiento de vuestras órdenes, que no me deje lugar para decir algunas palabras de despedida a mi padre y a mi hermana.

Ofic.—Bien, pero no alarguéis inútilmente estos crueles momentos. Entre tanto yo me retiraré a esa pieza inmediata con mis soldados.

(Se retira el oficial a una pieza inmediata dejando abierta de par en par la puerta del foro, por detrás de la cual se les ve pasar lentamente también a los soldados).

Leon.—¡Dios mío!

Eduar.—Leonor, no hay que abatirse: este momento es cruel, para mí sobre todo; pero piense V. en su hermano, amiga mía, en ese hermano querido. El vivirá,

y cuando todos ustedes se hallen seguros en algún clima extranjero, cuando ya no quede de mí más que mi nombre, Carlos y V. pensarán alguna vez en este amigo que les ama tanto, y darán alguna lágrima a mi memoria.

Leon.—¡Dios mío, Dios mío! Tened compasión de mí.

Eduar.—(La toma las manos con ternura). ¿Para cuándo es la virtud, Leonor, para cuando es la fuerza de alma, sino para estos amargos momentos de la vida? Más tarde, más temprano, yo debía morir pronto; aún no hace mucho que se lo dije a V. Leonor. La desesperación ha echado en mi alma raíces demasiado profundas; la suerte me ha tratado desde mi infancia con demasiada crueldad para que pudiera yo esperar días serenos de calma y felicidad. Ahora a lo menos sucumbo a tiempo: mi muerte puede ser útil a un amigo, a un hermano. ¿No vale esto más, Leonor, que morir en un suelo extraño donde todos pasarían con indiferencia delante de mi sepulcro, viendo esculpido en su losa un nombre extranjero, desconocido? ¿No vale esto más que arrastrar por algunos años todavía una existencia inútil, dolorosa para mí?

Ric.—¡Eduardo! Hijo mío!

Eduar.—Y V. Don Ricardo, V. que siempre ha sido para mí un segundo padre, piense V. también en mí alguna vez; y si acaso un día encuentra V. en el suelo hospitalario de la Inglaterra al hombre desgraciado que me dió el ser, dígame V. que su hijo murió como buen español; que jamás olvidó los dulces nombre de ¡PATRIA! ¡LIBERTAD! que su voz hizo por última vez sonar en mis oídos sobre las arenas de la playa en la noche terrible de nuestra separación.

Leon.—¡No, no, Eduardo! Tú no morirás, sería una infamia. ¡Yo lo descubriré todo!

Eduar.—¡Calla, imprudente! ¿Olvidas que ahora soy Carlos, tu hermano? ¿Qué ganarías con descubrirlo? Perder a Carlos sin salvarme a mí. Leonor, vida mía,

tú le abrazarás en mi nombre. Y ahora a Dios. (A Don Ricardo). Cuando venga aquí Carlos, prométame V. Don Ricardo, bajo su palabra de honor, no dejarle salir a desmentirme y a acusarse a sí mismo. Lo ruego, lo exijo... y la última voluntad de un hombre, que va a morir, es sagrada como la palabra de Dios.

Leon.—Pero tú no morirás; no. Yo me echaré a los pies del gobernador, de la tropa, de todo el mundo. No, no, tú no morirás.

Eduar.—¡Si Carlos también fuera a hacerlo!... (Hablando consigo mismo). Me han prometido que no le dejarán salir; pero... ¿quién sabe? No, esto es mejor.

Ofic.—El tiempo se pasa, Don Carlos, y esa escena dolorosa...

Eduar.—No debe prolongarse más tiempo: tiene V. razón, caballero oficial, (llamándole a p.) tengo que pedir a V. un ligero favor y estoy seguro que no se lo negará a un compatriota desgraciado. Sé que ya no me queda ninguna esperanza, y que la comisión militar al instante me sentenciará a muerte.

Ofic.—Yo no sé...

Eduar.—Yo le agradezco a V. ese consuelo que quiere darme; pero es inútil: tengo bastante fuerza de alma para soportar la idea de la muerte. Mi padre o mi hermana en el exceso de la desesperación, puede salir de aquí, seguirme; y esto sólo produciría una escena dolorosa, sin serme además de ninguna utilidad. El favor que tengo que pedir a V. es que, hasta que esté ejecutada mi sentencia ponga V. un centinela a la puerta de la calle que no deje salir a nadie.

Ofic.—Lo haré; lo prometo.

Eduar.—Gracias. Don Ricardo, apenas salga yo a la calle, haga V. que suba Carlos al piso segundo y se esconda; porque al fin, apenas lleguemos al cuartel, no pueden menos de conocerme y volver por él. Entre tanto, tiempo tiene para subir a otro cuarto, y estar escondido allí por si vienen. Que se escape por la azotea y se refugie en otra parte. Sobre todo, que no sal-

ga por la puerta que da a la calle. ¡No lo olvide V. por Dios!

Ric.—Bien, bien. (Todo esto en voz baja).

Eduar.—Ahora, ¡padre mío! ¡hermana! (Los abraza) ¡a Dios, a Dios para siempre!— Vamos.

ESCENA XI

LEONOR — DON RICARDO

Leon.—¡Cielo santo! (Se sienta llorando amargamente).

Ric.—¡Pobre Eduardo! ¡Ah! ese sacrificio me parte el corazón! ¡Pobre muchacho! (Se arrima al balcón). Allí vá; mírale, Leonor allí vá en medio de los soldados, tranquilo, sereno, como si caminara a una fiesta! ¡Qué pálido está! ¡Cuánta resignación respira en sus miradas! Ahora dirige la vista hacia aquí. Adiós, a Dios, (Saludándole con el pañuelo).

Leon.—No mire V. eso por Dios, papá.

Ric.—Dices bien: ese espectáculo es capaz de hacerle a uno aborrecer a los hombres. Ahora falta saber dónde anda Carlos. Leonor, ¿no piensas en él? Mira que es tu hermano, hija mía.

Leon.—Sí; tiene V. razón. (Distráida).

Ric.—Tú quédate aquí por si acaso vuelven. ¡Ah! lo que me dijo Eduardo al darme el último abrazo! Voy, voy allá.

ESCENA XII

LEONOR, luego RICARDO

Leon. — ¿Hay más desventuras que caigan sobre mí? Eduardo, querido Eduardo! tú a lo menos no vivirás para llorar como esta infeliz; tú pronto dejarás de padecer. ¡Ojalá muriera yo también contigo! ¡Oh! para una desventura como la mía no hay alivio en el mundo, no hay resignación que baste para poderla

sobrellevar con serenidad. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo para ser tan desgraciada? ¡Eduardo, alma mía! Acaso en este instante estás escuchando tu sentencia de muerte. ¡Qué horror! ¡Dios mío! tened compasión de mí. (Cae de rodillas).

Ric.—Leonor, ¿sabes que no encuentro a Carlos en ninguna parte? No sé dónde ha ido.

Leon.—¿Qué dice V.? Esto sólo nos faltaba ahora.

Ric.—He preguntado a la criada y a Perico y nada saben.

Leon.—Somos desgraciados, papá: lo somos muy de veras. ¿Qué podemos hacer contra la suerte?

Ric.—Si yo no me vuelvo loco hoy, es porque Dios no quiere. Carlos seguramente habrá salido de casa, y vaya V. a saber dónde estará... o si le habrán cogido.

Leon.—Sí; ¡quién lo ha de saber! (Muy abatida).

Ric.—¿Te acuerdas la puerta aquella que da a la escalera... aquella por donde se sale al patio... que no tiene llave ni se usa hace más de cien años... aquella... ¿Pero tú no me oyes?

Leon.—Sí, sí.

Ric.—Pues me la he encontrado abierta y toda deserrajada; conque la habrá echado abajo de un empujón, o qué se yo. ¿Pero dónde habrá ido ese chico?

Leon.—Puede que esté en seguridad si ha encontrado quien quiera darle un asilo.

Ric.—He aquí las terribles consecuencias de las guerras civiles. Ese muchacho, en su mismo pueblo, acaso no encuentre quién consienta por piedad darle un asilo. Acaso alguno... ¿Pero qué veo?... ¡Carlos. (Sale por la puerta de la izquierda).

(Leonor está tan abatida y distraída, que no le ha visto entrar).

Leon.—¡Carlos!

Ric.—¡Qué pesadumbre nos has dado! y tú andarías por ahí...

Leon.—¡Mientras el pobre Eduardo!...

Carl.—No: V. no me hace justicia, papá, V. no sabe las

noticias que le traigo. Leonor, enjuga esas lágrimas, escúchame con atención.

Ric.—será muy bueno para luego; pero ahora no hay que perder un momento. Eduardo me lo encargó. Puede que vuelvan...

Carl.—¿Y qué importa que vuelvan?... Aquí los espero: ya nada temo; nada. (Saca un papel). Tengo aquí mi pasaporte para salir de España.

Ric.—¿Cómo? Te han perdonado.

Carl.—Me escondí en el cuarto que sale a la escalerilla; ví la puerta jabelgada; empujo; empieza a ceder; empujo más; cae; salgo a la escalera; me acuerdo que por allí me escapaba yo de muchacho para ir a jugar a la calle. Me embozo en la capa de Perico; salgo al patio y llego a casa del gobernador francés... me echo a sus pies... se lo cuento todo. El gobernador es un caballero... un buen amigo... se compadece de nuestra situación, y este es mi pasaporte.

Ric.—¡Dios le bendiga!

Leon.—¡Y el pobre Eduardo!... no sabes que se lo han llevado preso; le van a fusilar.

Carl.—¿Leonor, no te he dicho que enjugues las lágrimas? ¿Te he engañado alguna vez? Aquí tienes también un salvoconducto para él. Su pasaporte para salir de España en el término de veinticuatro horas. El general francés autorizado por el decreto de Andújar, le reclama como prisionero de guerra —para ponerle en libertad.

Leon.—¡Dios mío! Acaso sea ya tarde para salvarle. Vuela, Carlos; vuela a buscarle. Se ha formado una comisión militar.

Carl.—¿Qué dices? ¡Oh! Allá voy. (Vase)

Ric.—Si... ve... salva a ese excelente amigo.

Leon.—(Asomándose a la ventana) ¿Qué es esto? ¡Un centinela a la puerta! Papá, venga V. a ver: no le dejan salir.

Ric.—(Llamándole). Carlos... no te obstines... Vuelve atrás.

Leon. — Silencio. Déjele V. que cumpla su obligación. ¡Eduardo no se volvió atrás... V. se guardó muy bien de decirle que se volviera atrás! (Todo esto con mucha energía).

Carl.—¡Oh! cada momento que pasa es un siglo de agonía. No hay remedio: no puedo salir. ¡Maldición! ¡Pero ah! la otra puerta... (Se encamina hacia ella).

Leon.—¿No puedes salir? ¡Eduardo pudo salir para tí, Carlos!

Carl.—Pues bien; aunque me atraviesen con las bayonetas, allá voy.

Ric.—Aguarda, Carlos. (Desde el balcón). Aquí vuelve el oficial que se llevó a Eduardo. ¿Qué querrá? Vendrá a prenderte, porque le hemos engañado. Aquí sube.

Carl.—¡Oh! ¡Gracias al cielo! Ahora todo se aclarará.

Leon.—¡Sí, Dios mío! puede que aun sea tiempo para salvarle.

ESCENA XIII

Dichos. — EL OFICIAL. — SOLDADOS

Ofic.—No creí, caballero, que una persona de respeto como V., me hubiese expuesto a un bochorno semejante, engañándome de un modo...

Carl.—Perdone V., caballero oficial; creo conocer la queja que tiene V. contra mi padre... y aquí nadie hay culpable sino yo. Por lo demás, no puede V. menos que agradecer a la casualidad que le haga ser testigo de una acción tan heroica. Pero no perdamos tiempo. Aquí está mi pasaporte y también el de Don Eduardo Villalar.

Ofic.—¡El de Don Eduardo! Mucho me temo que sea ya tarde. La comisión militar acaba de sentenciarlo a muerte.

Leon.—¡Dios mío!

Carl.—¡A muerte! ¡Qué horror! ¡Oh! yo sabré impedirlo.

Ofic.—Si hubiese V. llegado un momento antes...

Carl.—¿Pues qué no es tiempo ya?...

Ofic.—Todavía no puede haberse ejecutado la sentencia; pero no tardará.

Carl.—¡Infeliz! Voy volando.

Leon.—¡Sí... vé... vé por amor de Dios!

Carl.—Fía en mí, Leonor. ¿Pero qué es esto?

Se oye tocar un redoble de tambores: todos quedan en la mayor ansiedad. Un momento después se oyen a lo lejos cuatro tiros, y el toque de una campana.

Leon.—¡Oh! (Aterrada).

Ofic.—Pidan ustedes a Dios por su alma. (Vase con los soldados. Es enteramente de noche).

Carl.—¡Horror!!! ¡Esclavos! ¡Derramad la sangre del libre! ¡Sí, esa sangre preciosa, ese santo rocío fecundizará nuestro suelo; hará brotar en España el árbol de la libertad!!! ¡¡VIVA LA LIBERTAD!!!

**PROCLAMA DEL ALCALDE DE NUEVA YORK CON
MOTIVO DEL 156º ANIVERSARIO DEL NATALICIO
DE DUARTE**

P R O C L A M A

Por cuanto: el 156º aniversario del nacimiento de Juan Pablo Duarte, Libertador de la República Dominicana, se cumple el 26 de enero de 1969. Este prominente patriota consagró su vida, su trabajo y su fortuna a la causa de la libertad y la democracia, estableciéndose así la República Dominicana el 27 de febrero de 1844.

Casi doscientos mil dominicanos residen en la ciudad de Nueva York y contribuyen con su esfuerzo y su cultura al engrandecimiento y progreso de nuestra gran ciudad. Un distinguido grupo conocido como la Organización Juan Pablo Duarte, deseoso de conmemorar en lo adelante el nacimiento del Libertador de la República Dominicana planea la creación de su estatua en la Plaza de las Américas, en el Parque Central de Nueva York.

Es grandemente adecuado a la promoción de los ideales profundamente democráticos y patrióticos de Juan Pablo Duarte, los cuales son caros y de interés mutuo para todos los americanos, que nosotros honremos su memoria,

Por tanto, yo, John V. Lindsay, Alcalde de la ciudad

de Nueva York, de acuerdo con una resolución adoptada por el Consejo, proclamo el 26 de enero de 1969 como

"DÍA DE JUAN PABLO DUARTE"

en la ciudad de Nueva York, y pido a nuestros ciudadanos rendir tributo apropiado a este gran líder de la causa de la libertad.

En fe de lo cual firmo la presente de mi puño y letra y le aplico el sello de la ciudad de Nueva York.

(fdo.) John V. Lindsay,
Alcalde de la ciudad de Nueva York.

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. JOSE AUGUSTO PUIG ORTIZ AL INSTALARSE EN
PUERTO PLATA EL CENTRO DUARTIANO**

Distinguidos visitantes,

Damas y Caballeros:

Cuando el grupo duartiano de Puerto Plata, por insinuación del INSTITUTO DUARTIANO, se reunió el día 22 de abril pasado, para constituirse en CENTRO DUARTIANO y formar su directiva, con generosidad que compromete y obliga nos honró con su presidencia, a no dudar por nuestra labor en la integración del mismo.

En reunión posterior el CENTRO DUARTIANO extendió sus favores atribuyéndonos las palabras de recepción en este solemne acto, en el cual una Comisión del INSTITUTO DUARTIANO instalará, y le dará carácter dentro de sus cánones, al CENTRO DUARTIANO DE PUERTO PLATA.

Cientos de kilómetros, muchos no cómodos, ha recorrido la Comisión para llegar hasta nosotros. Mayor es, pues, la gentileza que tenemos que agradecerle.

Y, ya cumpliendo, aunque abrumado por la escasez de nuestras luces, fervorosamente con el encargo cordial de nuestros compañeros, de primera intención expresamos que abundar en consideraciones de orden moral, histórico, patriótico, filosófico, sentimental y hasta religioso —en el sentido de fiel y exacto en el cumplimiento del

deber— para afirmar la obligación que debemos tener todos los dominicanos para con el Padre Inmaculado de la Patria, rebasa nuestro cometido, pero no excluye la sagrada enunciación de los deberes aludidos.

Tuvimos la dicha de que el Padre de la Patria nos visitara en los albores de nuestra vida independiente. De su estadía aquí, como se consigna en el Programa, nos hubiera hablado con su palabra docta el Dr. Enrique Patín Veloz, Secretario distinguido del INSTITUTO DUARTIANO, pero razones imprevistas lo han impedido asistir y por Telegrama recibido ayer tarde por nosotros, él pide a todos sus excusas. Pues bien, ese lapso histórico, Duarte en Puerto Plata, de aproximadamente cincuenta días, es manojito de semanas que nos honra, pues culpa no tuvimos de la prisión en que culminó, queriendo los puertoplateños ser, por el contrario, proclamando a Duarte, la cuna del civismo en la República...

Al dar la bienvenida a nuestros deferentes patrocinadores, nos creemos en el deber de hacer ligeras interpretaciones sobre ciertas motivaciones en el desenvolvimiento del presente acto.

Como es sabido, Duarte fué Masón. Más aún, los veinte días que pasó en Hamburgo —o 30, según el Maestro en su libro Duarte— cuando abandona el lecho en que estuvo postrado los cinco primeros días, por las fiebres contraídas en el Cibao, tuvo uno de los pocos alientos de su vida: fué invitado de honor, el 5 de noviembre de 1844, a un banquete que le ofreció la "Logia Oriente", de la masonería hamburguesa. Gracias a las relaciones derivadas, conoce a Hamburgo, visita sus monumentos artísticos y sus plazas ornamentales; estudia, y se inicia en las nociones de la lengua alemana. Cuando abandonó el proscripto a Hamburgo se fue acompañado, como él mismo lo ha dicho, "del recuerdo de los que lo honraron con su amistad".

La Respetable Logia Restauración No. 11, conocedora de esto y de la justicia que conlleva todo acto de enaltecimiento a nuestro santo peregrino, desde el inicio de las

gestiones del Centro Duartiano de Puerto Plata, con elevado espíritu cívico, le brindó su salones. Anteriormente para nuestras reuniones, hoy para el presente acto.

El escritor, filósofo e historiador don Pedro Troncoso Sánchez, Presidente del INSTITUTO DUARTIANO, en uno de sus interesantes artículos dados a la prensa hace unos meses, habla de los días de Duarte en Hamburgo y tenemos entendido que se localizó la casa donde Duarte residió allí y que una placa, gestionada por el Instituto, dará constancia de ello.

Hemos dicho que fue Duarte un santo peregrino y en efecto, levantó su tienda el ilustre proscrito, por décadas, bajo el amparo de otros cielos. En plena selva venezolana, en la aldea de Río Negro la mayor parte del tiempo. Por una coincidencia o asociación de ideas, el primer canto con que nos obsequiará el coro que hoy hace por primera vez su presentación, es de peregrinos, anónimos, que desde otras tierras vinieron a América a sembrar la semilla de la fe. Su título es: Dime por qué? Su último verso, de corte sencillo como toda la composición, es: Porque Dios te hizo es que te amo a tí. Palabras que sugieren, al hablar de Duarte, a propias palabras de éste, consignadas en su diario, ante la actitud digna, de doloroso silencio, de su ciudad nativa cuando su viacrucis camino del puerto, del exilio: "Por eso os amo, dijo, por eso os he amado siempre, porque vosotros no tan sólo me acompañasteis en la Calle de la Amargura, sino que también sufristeis conmigo hasta llegar al Calvario"... Del mismo canto el sexto verso habla de que "Dios hizo la flor"... La flor que, como el espíritu, la luz, el trino de las aves y las simientes... está entre las excelsitudes de la creación. La flor que, reverenciada, está en el origen de la religión oriental... Y, casualmente, de una flor oriental: el Jazmín del Malabar o de oriente, la Gardenia, se sirvieron hace más de un siglo nuestros patricios y patricias del espíritu para ostentar su adhesión a nuestra sacrosanta Trinitaria y su protesta al imperio del sable que se inició, pública y políticamente, en la antigua Plaza

Office of the Mayor
CITY OF NEW YORK



Proclamation



Whereas: THE 15TH ANNIVERSARY OF THE BIRTH OF JUAN PABLO DUARTE, LIBERATOR OF THE DOMINICAN REPUBLIC IS OBSERVED ON JANUARY 26, 1965. THIS OUTSTANDING PATRIOT DEVOTED HIS LIFE'S WORK AND FORTUNE TO THE CAUSE OF FREEDOM AND DEMOCRACY, THIS ESTABLISHING THE DOMINICAN REPUBLIC ON FEBRUARY 27, 1844.

NEARLY TWO HUNDRED THOUSAND DOMINICANS RESIDE IN THE CITY OF NEW YORK AND CONTRIBUTE THROUGH THEIR LABOR AND CULTURE TO THE GROWTH AND PROGRESS OF OUR GREAT CITY. A DISTINGUISHED GROUP KNOWN AS THE JUAN PABLO DUARTE ORGANIZATION DESIRES OF FURTHER COMMEMORATING THE BIRTH OF THE LIBERATOR OF THE DOMINICAN PEOPLE PLAN THE ERECTION OF HIS STATUE AT THE PLAZA OF THE AMERICANS IN NEW YORK'S CENTRAL PARK.

IT IS MOST FITTING THAT IN FURTHERANCE OF THE PROFOUNDLY DEMOCRATIC AND PATRIOTIC IDEALS OF JUAN PABLO DUARTE IN WHICH ALL AMERICANS HAVE MUTUAL INTEREST AND CONCERN THAT WE HONOR HIS MEMORY.

NOW, THEREFORE, I, JOHN V. LINDSAY, MAYOR OF THE CITY OF NEW YORK, IN ACCORDANCE WITH A RESOLUTION PASSED BY THE COUNCIL DO HEREBY PROCLAIM JANUARY 26, 1965, AS

"JUAN PABLO DUARTE DAY"

IN NEW YORK CITY, AND ASK OUR CITIZENS TO PAY APPROPRIATE TRIBUTE TO THIS GREAT LEADER FOR THE CAUSE OF LIBERTY.

IN WITNESS WHEREOF I HAVE HERETO SET MY HAND AND CAUSED THE SEAL OF THE CITY OF NEW YORK TO BE AFFIXED.



John V. Lindsay
MAYOR, THE CITY OF NEW YORK

de Armas de la ciudad de Santo Domingo el 12 de julio de 1844 justamente dos días después del Pronunciamiento de Puerto Plata en favor de la Presidencia de Duarte.

Los Trinitarios y sus "comunicados" solían usar la Gardenia en el ojal de la solapa izquierda del saco, como símbolo del ideal duartiano en los días de sus afanes patrióticos. Desde la fecha anteriormente anotada, la del imperio del sable, "las señoritas partidarias de Duarte se colocaban en sus cabellos una flor blanca que denominaban Filoria, la misma que importó del extranjero doña Filomena Gómez de Cova". "Con este fino y desafiante alarde la mujer dominicana de aquellos días aurorales de la patria, respondió al grito de abajo los filorios, como jamás se ha respondido a una infamia", frase esta de nuestro prolífico historiador Emilio Rodríguez Demorizi en su Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco.

El acucioso historiador don Vetilio Alfau Durán, de la Academia Dominicana de la Historia y del Instituto Duarteano, en una serie de dos artículos aparecidos en el Listín Diario, de fecha 25 y 26 de abril del presente año, hace una interesantísima disquisición de La "Filoria" Flor Simbólica de la Trinitarios. De estos artículos inferimos que fue en la tercera década del siglo pasado cuando, desde Caracas, importó Doña Filomena la Gardenia.

Como un homenaje a los apóstoles y héroes liberales que nos dieron libertad y las fieles damas duartianas, adornamos nuestra mesa con la Gardenia que "por su blancura irreprochable, aterciopelada, disputa a la azucena su pureza simbólica".

Para la época de la proclamación de Duarte en el Cibao, Sánchez dirigía la Junta Central Gubernativa, dominada por los liberales. Intentó adueñarse del Ejército del Sur y comisionó al Coronel Esteban Roca para que se hiciera de las tropas del sur concediéndole a Santana licencia que había solicitado desde hacía algún tiempo. Prevenido el futuro anexionista, por los conservadores Bobadilla y Caminero, al llegar Roca al campamento del Sur, el Coronel Manuel Mora salió al paso del enviado del Gobierno

y, rebelado, en nombre de todos sus compañeros de armas protestó enérgicamente de la entrega del mando por Santana.

La tropa vitoreó a Santana y los liberales no pudieron alcanzar el control de las tropas y por consiguiente de la situación...

Un año después, este mismo Manuel Mora fue condenado, en San Cristóbal, por un Tribunal Militar presidido por el General Felipe Alfau, por insubordinación y alta traición: connivencia con los haitianos aseguran algunos... Fue condenado Manuel Mora a encierro perpetuo en la Fortaleza San Felipe de Puerto Plata. Duarte estuvo prisionero por dos o tres días en la Sala Sur de nuestro Castillo o Cubo, primitiva Fortaleza. Mora estuvo por diez largos años enclaustrado en la Sala Norte, con puerta tapiada, en el mismo torreón o Castillo, Sala y mismo torreón a los cuales desde entonces también se les nombra como el Cubo de Mora. En sus diez años de enclaustramiento, Mora no vió la luz de nuestro sol ni fue oreado por nuestras auras. Duarte, en cambio, en los días de su prisión en nuestra Fortaleza, todas las mañanas, aunque a través de rejas, fue besado por nuestra aurora que se filtraba por la ventana Este del Castillo que es la de la Sala Sur, se filtraba alba para desde ya aureolarlo en santidades! También fue refrescado Duarte por nuestro terral que lo bañaba a través del enrejado portalón sur del Castillo, el cual está frente a nuestra montaña; sí, nuestro terral lo refrescaba, lo fortalecía en su martirio! Y, nos preguntamos ¿sería la mano de la justicia divina la que haría pagar en Puerto Plata, bajo el mismo techo, al traidor de lesa patria, por cada un día de prisión de nuestro más grande ciudadano y fundador de la Patria, cinco años sin ver la luz del sol...? Respuesta es ésta que no puede penetrar el pensamiento...

Señores: todo lo referente a Duarte es para nosotros sagrado, pero, sin embargo, sólo tenemos para mostrar una reliquia: El "Libro Primero de Correspondencia Oficial de la SOCIEDAD PATRIOTICA "JUAN PABLO

DUARTE" que, con el propósito de cooperar a la erección de una estatua al Fundador de la República, se fundó el día 3 de Octubre del año corriente (1897), en los salones de la Sociedad "Amigos del País", en la ciudad de Santo Domingo. Pertenece a la Colección Spignolio. A esa primera sociedad de carácter nacional que llevó el nombre del Fundador de la Patria, del Inmaculado Duarte, Puerto Plata fue la primera ciudad del interior que se adhirió, instalando el "CENTRO DUARTE", según correspondencia de fecha 4 de noviembre de 1897, firmada por el Sr. Don Ramón Alvarez Blanco, Presidente del "Centro Duarte". La carta original de la Sociedad Patriótica "Juan Pablo Duarte", de fecha 12 de octubre de 1897, estaba dirigida, en Puerto Plata, a los señores Don Américo Lugo y Don Ramón Mella, además del Sr. Alvarez Blanco.

Señores: Perpetuar en el corazón del pueblo el recuerdo de quien concibió, hizo viable, alumbró y dio sangre de pureza a la Patria; de quien predicó, practicó y sufrió el martirio..., es sólo parte de nuestro deber. Bajo su palio, obligadamente tenemos que ser probos, justos, conscientes y agradecidos, y luchar por la integridad nacional que él como nadie defendió!

Señores miembros de la Comisión del Instituto Duarteano: al daros la bienvenida, de antemano os decimos que estamos dispuestos con vosotros a exultar, bendecir y recordar la obra magna de la independencia de nuestra Patria, en la cual refundimos al héroe sin mancha, a nuestro santo peregrino, al excelso Duarte!

Señores Comisionados, estáis en vuestra casa.

José Augusto Puig Ortiz.

Puerto Plata, 18 de mayo de 1969.

ACTA DE LA FUNDACION DEL CENTRO DUARTIANO DE LA VEGA

En la ciudad de La Vega, a los treinta y un día del mes de mayo del año mil novecientos sesenta y nueve, siendo las cinco horas y treinta minutos de la tarde, previa convocatoria del Prof. Don Ramón del Orbe y del Orbe, Miembro del Instituto Duarteano, por encargo de dicho organismo cívico, se reunieron en el local de la Biblioteca Municipal "Dr. Guido Despradel Batista", las personas siguientes: Prof. Don Bolívar Abreu Fernández, Prof. Don J. Ramón Gómez Fernández, Dr. Don Luis Manuel Despradel Morilla, Prof. Don Julio Lara Fernández, Dr. Don Domingo de la Mota Moya, Dr. Don Buenaventura Brache Almánzar, Dr. Don José Gilberto Concepción Lara, Dr. Don José Alejandro Salcedo López, Poeta Don Francisco A. Alvarez Almánzar, Mario A. Concepción, Prof. Doña María Virgilia J. de Espínola, Prof. Doña Estela Despradel de Brache, Prof. Srta. Amantina Grullón García, Prof. Doña Petronila de la Cruz de Matos, Prof. Srta. Judith Hernando de la Mota, con el objeto de constituir el Centro Duarteano.

El Prof. Del Orbe y del Orbe abundó en el móvil de la reunión, refiriéndose a la vinculación que tuvo La Vega con el Padre de la Patria, Don Juan Pablo Duarte, razón por la cual se ha escogido a esta ciudad como sede de una de las filiales del Instituto Duarteano. Terminó dando a conocer los lineamientos de dicha institución, tanto

en finalidad como en su organización, que debe ser la misma a seguir por el Centro Duartiano.

Luego fue invitado a presidir la reunión, como el asistente de mayor edad, el Prof. Don J. Ramón Gómez F., para la elección del bufete directivo, que quedó formado así:

Dr. J. Gilberto Concepción Lara — Presidente;
Dr. Luis Manuel Despradel — Vicepresidente;
Sr. Mario A. Concepción — Secretario;
Prof. Srta. Amantina Grullón G. — Tesorera;
Prof. Estela D. de Brache — Vocal;
Dr. José Alejandro Salcedo L. — Vocal;
Sr. Francisco A. Alvarez Almánzar — Vocal;
Prof. Ramón del Orbe y del Orbe — Asesor.

Luego de un cambio de ideas, se convino en principio que la instalación del Centro tenga efecto el 25 de junio del año en curso, aniversario de la llegada de Duarte a esta ciudad, en el 1844.

Excusaron su inasistencia a la reunión, Monseñor Dr. Juan Antonio Flores y Santana, Prof. Don Luis Despradel Piantini, Prof. Doña Domitila Grullón de Lora y Prof. Srta. Rhina Espailat Brache.

Fueron considerados miembros fundadores, a más de los mencionados anteriormente, los señores Lic. J. Alcibíades Roca Suero, Dr. José Ramón Johnson Mejía, Dr. Jovino A. Espínola Reyes, Dr. Sergio Sánchez Gómez, Lic. Ariosto Montesano Minervino, Dr. Hugo Francisco Alvarez Valencia, Dr. Antonio Jiménez María, Dr. Federico Guillermo Sánchez Gil, Prof. Srta. Graciela Inocencia Brache Ramírez, Prof. Doña María Teresa Julia de Sánchez y Prof. Doña Antonia Alvarez Abreu.

El Prof. Del Orbe y del Orbe manifestó su satisfacción por la fundación del Centro, y el Presidente de éste, Dr. Concepción Lara, expresó que oportunamente convocará a fin de tomar los acuerdos necesarios para el acto de instalación.

De todo lo cual se levanta la presente acta que firma el Secretario que certifica.

Mario A. Concepción,
Secretario.

Visto bueno:

Ramón Del Orbe y del Orbe,
Comisionado Fundación.

J. Ramón Gómez F.,
Presidente ad-hoc.

Dr. J. Gilberto Concepción,
Presidente Electo.

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. G. GILBERTO
CONCEPCION LARA, PRESIDENTE DEL
CENTRO DUARTIANO DE LA VEGA**

Damas y Caballeros, Señores:

Por formulismo procolar debo decir unas cuantas palabras y no un discurso como reza en el programa. Discurso no, porque los distinguidos letrados que harán uso de la palabra, tienen la doble misión de ser artífices del buen decir y verdaderos valores por todos los ángulos de la vida nacional y amantes incansables del Ideario de Duarte, que luchan por llevar a la meta justa y ennobecedora, la vida y la obra del único fundador de la República Dominicana: Juan Pablo Duarte y Diez.

Era tiempo ya, que el hombre dominicano que ama a Dios, porque ama su escudo, el que defiende sus libertades, porque quiere su bandera, el que se enorgullece de su nacionalidad, porque trabaja para su Patria, recogiera de las cenizas del olvido, la vida inmaculada y ciclópea de Juan Pablo Duarte, para enristrar con verdadero valor dominicanista, la obra sin tacha y tantas veces menospreciada por todos, de lo que significa Duarte en el nacimiento mismo de esta República Dominicana.

Señores: Sean mis palabras la más cordial bienvenida a todos y cada uno de ustedes, pero muy especialmente a los Miembros del Instituto Duartiano de esta Vega de todos nuestros amores y todos nuestros anhelos, la que

sintió en un día de glorias latir en el mismo centro de su corazón, las pisadas y las huellas indelebles de Duarte por el mismo valle encantado de La Vega Real y más aún la que se cubrió con el manto de la victoria, cuando enarboló por primera vez en estas ubérrimas tierras de la campiña cibaeña, la enseña tricolor hechura de Duarte y fabricada por las valerosas hermanas Villa.

Muchas gracias a todos los que nos honran con su presencia y a todos lo que han cooperado para la cristalización de este acto. Pero antes de terminar quiero decir las palabras finales del Juramento de Maimónides con algunas variantes para los Miembros del Centro Duarteano de La Vega: "¡Oh Dios, que nos has elegido para velar por la vida y por la muerte de Juan Pablo Duarte y Díez, henos aquí dispuestos para nuestra vocación de honrar su vida y su Patria". Y ahora manos a la obra!

Muchas gracias!

3 Agosto de 1969.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. ARISTIDES
ESTRADA T. EN LA INSTALACION DEL
CENTRO DUARTIANO DE AZUA

Señores Delegados del Instituto Duarteano

Compañeros de la Filial de Azua;

Damas y Caballeros:

Si buscáis en la Historia a un hombre puro, intachable, con una vida consagrada a un ideal hermoso y desinteresado, hallaréis, en una constelación muy limitada, el nombre inmaculado de Duarte. Y no me refiero a la Historia Patria, sino a la Historia Universal. Sin asomos de pasión patriótica tenemos que convenir en que es difícil encontrar a quien sin ser un místico, sublimizara tanto su vida en la consecución de un ideal puramente humano. De ahí que Duarte resplandece entre los grandes del mundo.

Desde el comienzo de nuestra vida institucional hasta la fecha se han cometido graves pecados contra la justicia, contra el orden y aun contra la Patria misma; pero las virtudes de Duarte pueden equilibrar esos vicios y errores si se colocan en la inmensa balanza histórica en que se sobrepasan el bien y el mal. Esto me hace recordar la ocurrencia de un humorista, quien afirma que las inglesas generalmente son feas, pero que cuando una de-

cide ser bella, redime a las demás del pecado de fealdad. Podemos aplicar el caso a Duarte y sus conciudadanos en cuanto a virtudes cívicas se refiere.

Es extraordinario el caso de este hombre singular, libre de máculas no obstante una larga vida activa llena de alternativas inquietantes. Su entereza moral no flaqueó ni aun en los momentos más sombríos y desdichados.

Qué difícil era en aquellos tiempos de la incipiente República no enlodarse en la política mal entendida, la llamada despectivamente "politiquería", monstruo que nació junto con la Patria para enroscarse a ella y asfixiarla! Mentees privilegiadas y espíritus templados cayeron vencidos por ella, dejando en el esplendor de sus hazañas girones de su grandeza. Sin embargo Duarte pasó impoluto por la revuelta ciénaga. En un país en donde campea la ambición sin límites, Duarte procura desprenderse de su patrimonio, arrastrando en el sacrificio a sus hermanos, para dedicar esos bienes al servicio de la Patria; en donde el poder es instrumento de prebendas y la satisfacción de vanidades, Duarte lo concibe sólo como un medio de garantizar las libertades de la República y dar la felicidad a sus conciudadanos; aquí, en donde la dignidad humana ha sufrido tanto menoscabo por los que pretenden encumbrarse sobre la honra y aun la vida de sus compatriotas, Duarte dignifica con la prédica y el ejemplo su respeto por la condición del hombre, y su concepto de la libertad y la justicia. He ahí el compendio de la vida de este hombre extraordinario, que pasó sobre el escenario de nuestra Patria, iluminándolo.

Su ejemplo en el exilio fue una lección de estoicismo y de fortaleza de carácter: la gloria conquistada no pudo ser humillada por las estrecheces económicas de su expatriación. Cuanto más lo cercaban las llamas del sufrimiento, cuanto más lo hería el tedio del abandono, mayormente esplendía la virtud de su alma. Ni aun la torpeza y la ingratitud de sus compatriotas lograron ensombrecer la estrella que iluminaba su corazón; y cuando

la ignominia se derramó sobre la República eclipsando el sol de la libertad en el acto incalificable de la Anexión, el Apóstol, ya viejo, cansado y lleno de amarguras, templó su cuerpo flácido e hizo vibrar la fuerza de su espíritu para ofrendarse nuevamente en la dura lucha por la reivindicación nacional.

Aun el destino parece que influyó para que este abanderado de la libertad no descendiera de la cumbre de su gloria; que su ideal quedara siempre en el plano de la espiritualidad; que sus acciones estuvieran en todo momento tocadas de un halo casi místico. Y es que no pudo terciar en los combates no obstante sus pretensiones de dar en la lid su vida por la Patria. Su sino fue más alto y luminoso que el del guerrero; sus manos no podían mancharse de sangre aunque la espada fuera reudentora: su misión era de ser un Moisés antes que un ángel vengador; su luz era la de la estrella que orienta y no la del rayo que destruye. He aquí su grandeza: terció siempre en las regiones reservadas a los místicos y los grandes de espíritu, porque la inclinación al sacrificio, la rectitud del corazón en todas las circunstancias, el desprecio a los bienes que da la riqueza, y la mirada fija constantemente hacia un ideal noble y justo, lo consagran entre los escogidos por la inmortalidad como primicias de la humanidad.

Por desgracia, qué poco hemos aprovechado los dominicanos la palabra y el ejemplo de ese Apóstol! Nos fascinó más la espada arbitraria y patricida de Santana que la moral de Duarte. El viento cálido y fuerte de las circunstancias históricas torcieron la raíz de nuestro nacimiento como pueblo: la que iba a ser la Atenas del Nuevo Mundo degeneró en un antro de discordias e injusticias. La voz de Duarte, el sacrificio de Sánchez, el anhelo de Mella, la intrepidez y las admoniciones de Lupeón, la abnegación y filantropía del Padre Billini, el civismo de Espaillat, fueron voces y acciones perdidas en la frenética convulsión de nuestras guerras fratricidas. Y en este suelo propicio, a los grandes sucesos, campeó la

injusticia y se enseñoreó la tiranía. Ahora es difícil enderezar ese árbol torcido, sustentado por la savia de iniquidades y malos hábitos seculares. Los que confían en resolver nuestros graves problemas ancestrales con la rigidez de un sistema político cualquiera tendrán que enfrentarse a la frustración. Las ideologías exóticas se estrellarán en una urdimbre de miles características sociales y económicas, con fisonomía propia, y por consiguiente tendrán que distorsionarse dejando solamente algunos principios aprovechables. Un país es bueno en la medida en que lo sean individualmente sus habitantes, y el venero de las ideas sanas, de educación y de comprensión políticas es lo que lo hace grande, principalmente si los problemas se resuelven ateniéndose a factores de ambiente, necesidades, raza, educación y tradiciones: es decir, anteponiendo un nacionalismo bien entendido a toda otra consideración. Los sistemas políticos no pueden hacer milagros. Ha dicho un pensador francés: "Siembra un árbol de especie amarga en medio del Paraíso, y el árbol te manifestará su naturaleza, y te dará un fruto amargo". Esto es aplicable a lo que podría obtenerse de cualquier sistema político, aun el mejor de todos, si el árbol que se siembra en él no está exento de la amargura del odio, de la plaga de la venganza, de las malezas de la ignorancia. Es muy cierto que hay problemas de alta prioridad y de soluciones urgentes, como el de arraigadas injusticias sociales, mayormente ahora cuando la población aumenta desenfrenadamente; pero es necesario recordar que aún la justicia, cuando la arrastra la violencia, pierde su majestad. Si queremos conservar cierta estabilidad política y social es preciso que todos los dominicanos, aunados, en un supremo esfuerzo, depongamos intereses espurios, fanatismos y venganzas, quedando la cizaña de la discordia. Ahora o nunca, parecen decir los signos de los tiempos! Las convulsiones sociales, si están bien encaminadas, logran a veces acortar caminos, pero son siempre peligrosas: la furia de las multitudes no tiene metas. Es precisamente en estos momentos en que es preciso oír la voz de nuestros grandes hombres. "Teneis a

Duarte, respetad su memoria y haced vigente su ideario" nos advierte el Genio de la Historia!

Las generaciones jóvenes de nuestro País están dando pruebas de generosidad, de patriotismo, de desprendimiento y aun de sacrificio en pos de convicciones arraigadas, valederas o no para nuestro medio. El peligro de un fanatismo nocivo; la inconveniencia de la sustentación de ideas en contradicción con nuestra formación ética y religiosa; la equivocada sustentación de principios que no encuadran en nuestro medio ni pueden resolver nuestros problemas; el cambio de un nacionalismo sano por una mística dura y estéril, nos convence de la necesidad de encauzar esa ansia de justicia, de libertad y de progreso que tiene nuestra juventud por un camino en que la dignidad humana sea realzada y defendida. Es preciso que en el sendero a recorrer por esas generaciones jóvenes se hallen ideas inspiradoras, y no el vacío y la negatividad. En estos momentos en que parece que profundas transformaciones sacudirán a la humanidad es cuando mayormente se necesitan los grandes maestros y los pensadores. Sí... De las ejecutorias y el pensamiento de un hombre sabio y noble puede sacarse toda una filosofía política, pues los axiomas fundamentales no cambian en esa disciplina, y son derivados del instinto gregario de los humanos. Libertad limitada por los atributos del derecho ajeno, justicia para todos, armonía entre los deberes y los derechos, y sobre todo respeto por la soberanía efectiva del pueblo, son los verdaderos pilares de todo buen gobierno, y son los cánones invariables de toda buena política.

Ahora necesitamos más que nunca la idea y el anhelo de Duarte. Que sea para nosotros un fanal la vida del patricio en estos instantes de confusión y pruebas. Acerquémonos al calor de aquella remota llama que se hace más límpida e intensa a medida que pasan los años, e iluminados por ella trabajemos y luchemos por la Patria.

Por todas estas razones, señores, es por lo que nos

regocijamos y nos sentimos orgullosos al formar la Institución que es filial del Instituto Duarteano Nacional, y obtener de manos de su Presidente, el Dr. Pedro Troncoso Sánchez, el reconocimiento que nos confiere el título constitutivo. Agradecemos, además, la entrega de los Estatutos y el retrato del prócer. Ese reconocimiento corre parejas con nuestro entusiasmo.

El fervor y la devoción que pongamos en hacer conocer la vida y las ideas de ese Apóstol de la Libertad, recompensarán en beneficio para la Patria todos nuestros desvelos. Ya lo dije antes: el Genio de la Historia nos señala las sombras, la luz y el camino.

Dr. Arístides Estrada T.

OMISION

En el BOLETIN anterior, página 43, involuntariamente se omitió decir que la Bibliografía Duarteana que se ofrece en esa página y siguientes, salvo los doce últimos párrafos, fué tomada de la biografía de Duarte publicada por Pedro L. Vergés Vidal, Editora del Caribe, C. por A., Santo Domingo, edición de 1966.

Se hace la advertencia aunque el buen lector habrá encontrado esa información en la página 29, en donde se habla de dicho trabajo y de su autor.

El Instituto se propone publicar de tiempo en tiempo una bibliografía duartiana puesta al día, para de este modo facilitar el estudio del prócer-Fundador.

